# LA ADOLESCENCIA DE MARTI

(NOTAS PARA UN ENSAYO DE INTERPRETACION PSICOLOGICA)

POR

Antonio Martínez Bello

1944
IMPRENTA: P. FERNANDEZ Y CIA., S. EN C.
OBISPO 113 - HOSPITAL 619
LA HABANA

# LA ADOLESCENCIA DE MARTI

(NOTAS PARA UN ENSAYO DE INTERPRETACION PSICOLOGICA)

POR

Antonio Martínez Bello







1944

IMPRENTA: P. FERNANDEZ Y CIA., S. EN C.
OBISPO 113 - HOSPITAL 619
LA HABANA

# INTRODUCCION

*El estudio psicológico de la adolescencia ha sido objeto de interés vivísimo por parte de investigadores modernos, de indagadores del espíritu humano y aún de sociólogos, dado que estos últimos han podido observar cómo, en frecuentes ocasiones, en los años de la adolescencia se trazan y fijan las directrices de algún tipo de conducta humana que más tarde habrá de influir, de una manera determinante, en la orientación y estructura social y política de un país. Esta circunstancia es con evidencia contemplable en José Martí, el Apóstol de la libertad cubana y de nuestra América. Ya en los gestos iniciales de su adolescencia, en sus prematuras rebeldías contra la Metrópoli tiránica, en sus mismas pugnas con el padre conservador, en su poema "Abdala" o en su magnífico trabajo sobre "El Presidio Político", se revelaban embrionarias pero evidentemente las mismas orientaciones y aristas fundamentales de su personalidad y de su carácter, aún considerado éste en la plena madurez del Apóstol. (Véase la nota A. página 11). La madurez, en efecto, aportó al maestro caudal de cultura, vivo acervo de experiencias y de observaciones sobre el espíritu del hombre, sobre el espíritu de las cosas y del mundo; pero todo este global tesoro de conocimientos adquiridos, no hizo más que reafirmar unas veces, depurar otras, enaltecer o abrillantar las más, aquellas cualidades que eran sin vacilación perceptibles en su personalidad adolescente.*

*De este modo, podemos asegurar que los años adolescentes de Martí fijaron las normas esenciales e inconmovibles en el tiempo y en el espacio, que habrían de polarizar su conducta de hombre maduro, si bien esta última pudo añadir rasgos iluminadores, detalles de calidad impresionante, raíces aseguradoras, frondas de cultura y de creación artística, que en apariencias fungieron de rectificaciones o modificaciones del carácter; pero que, en realidad, no sólo no modificaron en esencia las orientaciones de sus años adolescentes, sino que las robustecieron y enaltecieron en grados óptimos.*

*De modo paralelo y en cierto modo causal, el hogar de Martí —donde afloró su adolescencia— era no más una reproducción en pequeño y un tanto benigna de la situación cubana ante la Metrópoli española —situación colonial contra la que él luchó— tal como habremos de recordar en los capítulos ulteriores.*

*En el hogar, Martí presenció una especie de dualidad Madre-Padre en cierto modo asemejable —no identificable, conste a través*

*de toda insistencia— con la dualidad contemplada, en los años adultos, de Patria-Gobierno Español.*

*La madre era afectuosa, comprensiva en numerosos momentos, afín con el hijo y admiradora de sus méritos —sobre todo cuando éstos allegaron consagración continental—.*

*Su figura pícnica como la de la madre de Goethe, quien a su vez tantos puntos analógicos guarda con Martí— y cuantos datos de ella tenemos, nos dan la noción de una mujer austera, enérgica, valerosa y tenaz; de mentalidad directamente pragmática, poco dada a las exaltaciones idealistas, directamente práctica y utilitarista, si bien era de ponderársele cierta finura de sensibilidad que la hacía sentir difusamente, o si quiere presentir, —sin perfiles conscientes concretos— los valores de la obra del hijo. Su aguda intuición de mujer, inclusive, la hacía percibir posibilidades que escapaban a la observación de su marido y quién sabe si al propio razonamiento apostólico —y como tal, energizado de suprema buena fe y confianza en la intrínseca bondad humana— del hijo genial. Inclusive, podríamos asegurar que éste derivó de Doña Leonor varias cualidades: su tenacidad, algunos factores congénitos de su extraversión temperamental, su austeridad, energía y valor; su "espíritu de sacrificio", que él mismo confiesa y su penetración intuitiva de las cosas, ensamblada con ciertas condiciones de organizador práctico y calibrador realista de la realidad circundante, que para él era la revolucionaria.*

*Cuanto al padre, quizás de él derivó hereditariamente su capacidad de sufrir y de resistir en el dolor sin doblegarse ni prostituir la inteligencia; su raíz impávida ante la adversidad o ante la prueba decisiva para la consistencia de la virtud; ese sentido de la perseverancia incorruptible que Don Mariano bien pudo recibir de tal vez lejanos ancestros semíticos; quizás la entereza de su alma invulnerable por el fracaso o el enemigo poderoso; su sencillez aparente; su modestia a veces silenciosa; sus gestos magníficos reveladores de grandeza moral; su transparente franqueza; su pureza individual; la castidad de su espíritu, ya que no la física....*

*Reincidiendo en la influencia de Doña Leonor, tornaremos a recordar que ciertamente fué contradictoria. Según documentos fehacientes, ella hizo todo esfuerzo posible por impedir que el hijo prosiguiera sus trabajos de insurrecto separatista; y por otra, según el propio Martí, la explicación que la Madre le hiciera de ciertos fenómenos colonialistas, fué por lo menos uno de los orígenes de sus ideales revolucionarios. Contaba, en efecto, Martí a la Sra. Catalina Aróstegui, Vda. de Colás, que "viendo (él) la sumisión de aquellos hombres (los soldados españoles) y nunca en sus labios una sonrisa; viendo cómo temblaban a cualquier llamada de sus oficiales... me colmaba el deseo de ser el jefe de aquellos soldados y acabar con esa tiranía y esclavitud. Después de una corta temporada en el campo, donde vi la libertad de las aves y los insectos, al volver a aquel ambiente de esclavos sufrí aún más. Y un día, abismado en mis reflexiones, A MI MADRE LE PREGUNTÉ POR QUÉ ÉLLA NO ME TRATABA COMO TRATABAN A ESOS SOLDADOS, por qué ella para mí tenía aquella suavidad,*

*RESPONDIÉNDOME ELLA QUE YO ERA LIBRE Y ELLOS ERAN SUBORDINADOS Y SÚBDITOS DEL REY. ASÍ NACIÓ, QUIZÁS, EN MI LA IDEA DE LA LIBERTAD, EL INSURRECTO QUE HUBO DE FORTALECERSE MÁS OYENDO, AUN COMO ADOLESCENTE, LAS NOBLES FRASES DE MI MAESTRO MENDIVE, LOS CANTOS A LA LIBERTAD DEL HOMBRE, BROTANDO DE LOS LABIOS MATERNALES DE SU BUENA ESPOSA Y COMPAÑERA MICAELA NIN".*

*Es decir, tal vez de modo involuntario, la Madre influyó en las ideas separatistas del adolescente. Sin embargo, cuando lo ve al borde de peligros y sufrimientos, su egoísmo materno —biológico, si se quiere— y su misma impreparación cultural la fuerzan a aparecer en actitud contraria a las iniciativas innovatorias del vástago. Su amor de madre la hacía conservadora o refractaria a los impulsos juveniles demasiado drásticos o riesgosos; dado lo cual, por una parte era adicta a los ideales del hijo, mientras por otra hacía pensar en una contraposición de ambas perspectivas ante la vida y el mundo.* (1) *Amaba al hijo con la misma pasión con que éste la amaba; existiendo en el fondo de todas las circunstanciales disidencias un sustrato de amor entrañable y de comprensión inconmovible. Sobre todo en la madurez martiana, pudo seguir creyendo equivocado tal vez al hijo, pero adquiere la máxima percepción orgullosa de la genialidad de éste.*

---

(1) El temor de la madre ante los riesgos mortales que el hijo podría correr en la conspiración y rebelión armada contra la metrópoli, sirvió también de motivo inspirador al poema "Abdala" del adolescente.

De ahí que viabilizara la carnación de Doña Leonor en la madre del guerrero ilustre: la temerosa y doliente Espirta. Si, pensando el novel poeta en Cuba, sueña proféticamente, en una premonición de Monte-Cristi o de Playitas:

*"¡A la guerra, valientes! ¡Del tirano*
*la sangre corra, y a su empresa osada*
*de muros sirvan los robustos pechos*
*y sea su sangre fuego a nuestra audacia!*
*...¡A la guerra corred! ¡A la batalla,*
*y de escudo te sirva ¡oh ,patria mía!*
*el bélico valor de nuestras almas!"*
*O bien. más proféticamente aún:*
*"¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere*
*luchando, audaz, por defender la patria!".*

Sin duda recuerda a Doña Leonor cuando hace gemir la voz de Espirta con palabras que espejan la voz de la primera:
ESPIRTA: *"¿A dónde vas? ¡Espera!...*

*...¡Detente, Abdala!....*
*Pues si exige el honor que al campo vuelas,*
*tu madre hoy que te detengas manda!....*
*...¿Y aunque sublime fuera, acaso debes*
*por ella* (por la patria) *abandonarme? ¿A la batalla*
*así correr veloz? Así olvidarte*
*de la que el ser te dió? ¿Y eso lo manda*
*....¿No te quedas por fin y me abandonas?...*
*...Por mi amor... por tu vida... no... no partas!".*

*Martí amó a su patria con un amor filial casi identificable, no con el amor al padre, sino con el amor a la madre inerme y débil a quien debía defender, redimir, amar y proteger. Al padre se ama con un cariño que muchas veces tiene algo de secreta raíz interesada, porque ve en él el niño una fuerza protectora, digna de su gratitud y de su amor admirativo. Con este amor, si bien ya maliciosa y conscientemente interesado (con un interés intencionado y explotador) es que aman o dicen amar algunos políticos a su patria, no viendo en ella a la madre a quien salvar, querer y amparar con propio sacrificio, sino al padre fuerte y dispensador de gestos protectores, a costas de la libertad individual inclusive. No a esta clase de políticos, sino a la del ciudadano genuino que ama su tierra como a la madre, perteneció José Martí; y fué amado y comprendido con modo materno por su Patria en múltiples aspectos de su conducta, si bien en otras ocasiones (es decir, en ciertos sectores de la Nación) Martí fué objeto de manifestaciones adversas o contrarias a sus determinantes iniciativas.*

*Autonomistas y conservadores de genuina buena fe llegaron a disentir de los ideales del Apóstol, bien por misoneísmo, por egoísmo o por impreparación de algunos núcleos de la opinión pública que no supieron aquilatar en sus cabales proporciones la visión liberadora del Apóstol; de modo más o menos análogo a cómo la madre, unas veces por conservadorismo y otras por egoísmo biológico, impreparación o influencia de sus ancestros españoles, hubo de sentir hondas divergencias respecto a las ideas del muchacho. Ya establecida la República, la madre Patria admira y ama unánimemente al hijo egregio, esté o no de acuerdo con sus ideales, o bien saturada de ellos y orientada en la vida práctica por los resplandores de los mismos.*

*Si forzamos el paralelo, veríamos en las hermanas de Martí (un tanto indecisas, imprecisables en su proyección definitiva en uno u otro sentido dentro de las tendencias polares del hogar; como diluídas en una atmósfera desdibujada en el orden psíquico) ciertos representativos*

---

Algo por el estilo, no tan poético, pero sí más efectivo y hasta razonable en cierto grado, escribía Doña Leonor a Martí:

"Con respecto a lo de gran pensador. te felicito por lo que de honra tiene; pero te confieso, que en esto soy un poco egoísta, y si quisiera pensaras menos en los demás, para que te quedaras más tiempo, para pensar en los tuyos que bien lo necesitan";

"Mientras tú no puedas alejarte de todo lo que sea política y periodismo, no tendrás un día de tranquilidad, y yo no viviré tal vez lo suficiente para tener el gusto de verte tranquilo y vivir solo del trabajo de tus asuntos nada más";

"Que sacrificio tan inútil hijo de mi vida, el que estás haciendo de tu tranquilidad y de la de todos los que te quieren, no hay un solo ser que te lo sepa agradecer, el que más achaca tu sacrificio al ansia de brillar, otros, a la propia conveniencia, Y NADIE EN SU VERDADERO VALOR".

Este pasaje es doblemente significativo por cuanto, a la vez que trata de evitar el ingente sacrificio del hijo, reconoce todo el valor de su obra, la verdad que la misma entraña. Parece inclusive, recordar la grandeza y martirio de Jesús, cuando evoca ante el hijo, presintiendo quizás lo de Dos Ríos:

"El que se mete a redentor, sale crucificado".

*de la opinión pública cubana de aquella época, que pese a su honestidad y buena fe no sabían, ni querían ni podían tomar partido decisivo entre las ideas revolucionarias y las conservadoras. El padre, tal antes dijimos, representaba simbólicamente al Estado Español, sobre todo en lo que el país ibérico tenía de más honesto en su conservadorismo, de más leal en su repulsa a la independencia cubana. Reconociendo a Don Mariano, como reconoció encomiástica y amorosamente Martí, las virtudes y sumas calidades morales (de buena fe, de rectitud moral, de incorruptibilidad en su costumbres) (1), es indudable que el padre se opuso al principio con energía muchas veces a la vocación literaria o artística del hijo, y sobre todo a sus ideas de independencia total de nuestra Patria.*

---

(1) Como habremos de anotar más tarde, padre e hijo llegaron a compenetrarse entrañablemente, sobre todo a partir del "día amarguísimo aquel" en que D. Mariano pudo ver y llorar sobre las llagas abiertas en los tobillos de José por los grilletes del Presidio Político: "¡qué día tan amargo aquel en que logró verme, y yo procuraba ocultarle las grietas de mi cuerpo, y él colocarme unas almohadillas de mi madre para evitar el roce de los grilletes, y vió, al fin.... aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo... Y al fin, estrechando febrilmente la pierna triturada, rompió a llorar".

Tiempo más tarde, Martí da fe en sendas cartas de la admiración devota que la virtud y comprensión definitiva del padre le inspiran: escribe a Fermín Valdés Domínguez:

"Mi padre acaba de morir, y gran parte de mí con él. Tú no sabes cómo llegué a quererle *luego que conocí* bajo su humilde exterior toda la entereza y hermosura de su alma. Mis penas, que parecían no poder ser ya mayores, están siendo, puesto que nunca podré, como quería, amarle y ostentarlo de manera que todos lo viesen, y le premiara en los últimos años de su vida aquella *enérgica* y *soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía fué puesta a prueba*".

A su cuñado José García, dice en 1887 también:

"...Yo tuve puesto en mi padre un orgullo que crecía cada vez que en él pensaba, porque a nadie le tocó vivir en tiempos más viles, ni nadie, a pesar de su sencillez aparente, salió más puro en pensamiento y obra de ellos. Jamás, José, una protesta contra esta austera vida mía que privó a la suya de la comodidad de la vejez... En mis horas amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiera resistir y padecer. Yo con toda mi costumbre de las palabras y con toda mi ternura, no podría pintarle mejor que como Ud. me lo pinta: UN ANGEL CON CANAS".Y se duele de que el padre "haya muerto antes de que pudiera yo pregonar la hermosura silenciosa de su carácter y darle pruebas públicas y grandes de mi veneración y mi cariño".

Y a su hermana Amelia, en los días en que vivía aún D. Mariano:

"....Tú no sabes, Amelia mía, toda la veneración y respeto tiernísimo que merece nuestro padre. Allí donde lo ves lleno de vejeces y caprichos, es un hombre de una virtud extraordinaria. *Ahora que vivo, ahora sé todo el valor de su energía* y todos los raros y excelsos méritos de su naturaleza pura y franca... Ese anciano es una magnífica figura".

Y en otra carta a Amelia también, repite:

"Papá es, sencillamente, un hombre admirable. Fué honrado, cuando ya nadie lo es. Y ha llevado la honradez en la médula... Ha sido más que honrado: Ha sido casto".

*Podemos, pues, desarrollar siquiera sea sobre epidermis el paralelo imaginativo entre la pugna Martí-Padre y la lucha Martí-Estado Español.*

*En el propio hogar, Martí aprendió a rebelarse pacíficamente contra el poder del que manda.*

*Más tarde, ante el Gobierno español, exaltó a grados cimeros la rebelión contra el mando injusto y dominador. Este paralelo, de aspecto un tanto audaz y si se quiere arbitrario —sobre todo cuando se pretende interpretar nuestro propósito, no como una semejanza remota y posible, sino como una identificación— adquiere condición de hipótesis al contralor de la teoría explanada por Freud en su "Totén y Tabú".*

*No pretendemos asegurar que la teoría de Freud sea irrefutable, ni por lo tanto habremos de suponer que el apoyo de la misma habrá de aportar solidez a nuestra tesis. De todos modos, la idea de Freud es sugestiva, quizás aceptable en alguna de sus sugerencias, y es indudable que el prestigio del insigne psíco-analista vienés habrá de inspirar, si no más firmes sillares, sí atractiva luz a nuestro pensamiento. Según Freud, el niño, haya o no sido castigado por el padre severo, siente hacia éste una instintiva enemistad en lo hondo de su subconsciencia, causada por el complejo simbólico de Edipo. Rememorando al famoso rey de Tebas, que mató al padre en una lucha y casó con la madre, Freud ve en cada niño un inconsciente y hasta si se quiere inocente Edipo: instintivamente atraído por la madre, y por lo mismo situado con cierta secreta hostilidad respecto al padre.*

*Freud imagina que, en la familia primitiva, al cabo los hijos se rebelaron contra el poderoso padre monopolizador de todas las mujeres de la tribu; y el gran psiquiatra desaparecido imaginó que esa originaria aversión al padre usurpador de todas las hembras y dominador de todos los hombres, habría de traducirse más tarde, durante la gradual evolución de la sociedad, en la pugna irreductible entre el ciudadano y el gobierno estatal, con peculiaridad en ocasión de las formas injustas y despóticas de éste. Nosotros podríamos imaginar que, bien sea por el freudiano complejo de Edipo —que pudo vincular a Martí con el arquetipo Madre—, bien por otra causa cualquiera de diferente índole, pudo sentir en sus años de adolescencia una cierta inconformidad frente al Padre. Esta discordancia rectificada y eliminada por los años posteriores (cuando padre e hijo se sintieron identificados, en plenitud) hubo de permanecer intacta, con toda su antítesis, en la subconciencia del joven y del hombre maduro, si bien traducida al exterior, como todos los complejos sublimados, en formas superiores y altruístas, en una batalla generosa contra el Estado Español tiránico y por la libertad de todos los cubanos y de todos los pueblos de América y del Mundo.*

*Este paralelo a marcha forzada, se complementa con la circunstancia de que, así como el clásico sujeto del complejo de Edipo se rebeló contra el padre por amor a la madre, Martí con ulterioridad batalla contra el Estado Español por amor a la Patria. Si bien Martí se contradice con el padre, hombre conservador y hostil en el principio a*

*las ideas del hijo, también Martí se insubordina contra el Gobierno Español por ser éste reaccionario y adverso a las ideas de independencia del pueblo cubano. (Nota: B). Por último, así como el padre, ya vertida por el hijo la primera sangre redentora en el presidio de la Metrópoli, con el vástago se reconcilia e identifica; también una vez comprada con sangre del pueblo cubano la Independencia de éste, el Estado (ahora Estado Cubano) se identifica total y amorosamente con el ideario del Apóstol.*

---

NOTA: A.—:"Bastantes lecciones me ha dado para mi vida, que auguro que ha de ser corta", dijo en admirable presagio.

"Tengo 16 años, y muchos me han dicho que parezco un viejo. Y algo tienen de razón; porque si tengo en toda su fuerza el atolondramiento y la efervescencia de mis pocos años, tengo en cambio un corazón tan chico como herido".

NOTA: B.—:Del mismo modo que, pese a sus divergencias, Martí, reconoció las virtudes del padre y su filial cariño a éste, también Martí encomió las calidades del pueblo español y cantó su adhesión afectiva al mismo.—Recordemos:

*"Para Aragón, en España,*
*Tengo yo en mi corazón*
*Un lugar todo Aragón,*
*Franco, fiero, fiel, sin saña.*

*Si quiere un tonto saber*
*Por qué lo tengo, le digo*
*Que allí tuve un buen amigo,*
*Que allí quise a una mujer.*

*Allá, en la vega florida,*
*la de la heroica defensa,*
*por mantener lo que piensa*
*juega la gente la vida.*

*...Amo los patios sombríos*
*Con escaleras bordadas;*
*Amo las naves calladas*
*Y los conventos vacíos.*

*..Amo la tierra florida*
*Musulmana o española,*
*Donde rompió su corola*
*La poca flor de mi vida".*

## CAPÍTULO I

# INFLUENCIA DEL AMBIENTE ECONÓMICO Y SOCIAL DEL HOGAR EN JOSÉ MARTÍ

a) Influencia de la mísera economía doméstica en la severidad del padre.
b) Adolescente burgués.— Adolescente proletario.
Los tipos de Jung y las "Formas de Vida" de Spranger.

c) Psicología general, desde el punto de vista de la tipología Jungniana, de los revolucionarios y conservadores en Cuba durante la guerra de 1895.

d) Actitud objetiva e imparcial, desde el punto de vista psicológico y social, en la distinción de los tipos políticos.

### *A) Influencia de la mísera economía doméstica en la severidad del Padre.*

Quizás en el paralelo señalado en la introducción exista más subjetividad de ensayista que objetividad de historiador. En cambio, la objetividad aumenta y la subjetividad decrece cuando, más que a la descripción fenoménica e imaginativa de los dualismos antes apuntados, nos ceñimos a la denuncia de los caracteres comunes al hogar del adolescente y al gran hogar patrio del adulto. Miseria y dolor del hogar paterno eran no más reflejo y reducción a proporciones domésticas del dolor y miseria que agobiaban a Cuba sometida a la Metrópoli. Cuando Martí, rebasada la adolescencia, afrontó el espectáculo de la sociedad cubana, vió reproducidas, con las dimensiones mayúsculas de la nación, el estado de penuria y duelo que en el hogar había empezado a conocer.

Por otra parte, es posible teorizar sobre la influencia que la deprimente situación económica de la familia de Martí ejerció en el rigor de los padres sobre el hijo. Quizás, tuvo clara conciencia de que en el trato árido del padre existía la razón causal de la ausencia de educación, motivada ésta por la pobreza imposibilitadora de instrucción moral e intelectual. Tal vez, si el padre hubiese vivido dentro de un régimen económico-social más equitativo, no habría sufrido el hijo los pesares de que hoy nos hacemos eco. Quizás en la excesiva austeridad del padre influyera la pobreza, excitadora de natural indisposición de ánimo e irritabilidad reflejadas en palabras y actos. Nada tan exacerba-

dor de las reacciones airadas, como la miseria y la íntima convicción de incapacidad para superarla. Un régimen económico propiciador de la vida decorosa del trabajador, tal vez habría atenuado la amargura que hoy entrañan aquellos recuerdos infantiles.

La incondicionalidad del padre al Gobierno español, ¿acaso no tendría raíz en la angustiosa necesidad de unos mendrugos para la familia? La represión de las ideas liberales del hijo, ¿no tendría una fuente más en el espanto de que las autoridades españolas se enterasen, y en consecuencia como represalia le retirasen hasta esos míseros mendrugos, ganados a duras penas? Sobre todo, la indiferencia del padre a que el hijo adquiriese cultura y sus desvíos ante las primicias poéticas y literarias del adolescente, ¿no registrarían entraña causal en la necesidad que aquella familia tenía de que las actividades de todos sus miembros se orientasen hacia la dolorosa búsqueda del pan, cada vez menos accesible?

Dentro de un sistema económico social más justiciero, donde el hombre de trabajo pudiese tener el seguro resguardo del pan fresco y abundante, al mismo tiempo que las horas necesarias para el recreo espiritual y el cultivo de las disciplinas de la mente, ¿acaso no habría él, Martí adolescente, podido cultivar con amor el verso y la belleza, contando inclusive con la aquiescencia devota del padre comprensivo? (1) Es de este modo cómo en la adolescencia de Martí se sugirieron en parte generosas ideas de justicia y de reivindicación social que, inspiradas tal vez por el espectáculo de la miseria en el hogar y de las injusticias morales que la pobreza origina, más tarde habrían de ser aplicables al panorama unánime de la patria, de América y del Mundo, donde la injusta pobreza causa resultantes análogas en el dolor y en la degradación de los hombres. Los ideales de justicia y bien social, sentidos por vez primera en el hogar, fueron discurridos y superados a dimensiones supremas en la madurez, frente al gran Hogar de América y del Mundo.

Antes de pasar adelante, habremos de hacer somera observación que nos servirá para justificar, no sólo el anterior discurso interpretativo sobre la vida del Apóstol, sino también los sucesivos.

En notas precedentes hemos intentado comenzar una indagación en la conducta del adolescente Martí a través de métodos deterministas, relacionados con el ambiente externo —moral y material sobre todo— en que el mozo genial hubo de desenvolverse. Pero también, y alternándolo con aquéllos, hemos apelado y sobre todo apelaremos al esbozo de las raíces psicológicas, o mejor aún psicoanalíticas de las proyecciones vitales y sociales del Maestro. ¿Existe contradicción en esta aparente duplicidad de métodos, en la conjunción de puntos de vista al parecer antitéticos?

---

(1) Como en el caso de Heredia, hijo de padres acomodados, instruidos, comprensivos de los esfuerzos literarios del joven José María, y estimuladores fervientes de los mismos. Martí recordó repetidamente el "caso Heredia". "Sus versos— dijo del Cantor del Niágara— eran la religión y orgullo de la casa... ¡Otros (y parece que habla de sí mismo) han tenido que componer sus primeros versos entre azotes y burlas..!".

Creemos que tal contradicción no existe. El hombre, aún en las más albas manifestaciones de su espiritualidad, es resultante de las fuerzas que, desde el interior y el exterior de sí, obran simultáneamente sobre la manifestación vital, que no es en modo alguno un producto pasivo de las fuerzas materiales y externas que sobre él gravitan, ni es tampoco hechura exclusiva desde dentro de sí, de sus congénitas, hereditarias y libres energías individuales. Ambos factores endógenos y exógenos, confluyen y se ensamblan en su conducta, fenómeno éste perfectamente corroborable en la producción militante de Martí.

John Strachey podría dar colofón a estas consideraciones nuestras: "La principal conclusión que debe deducirse del estudio de la teoría psicoanalítica es, según mi parecer, de que la aparición de un tipo particular de conciencia —conjunto de diversas opiniones políticas, religiosas y científicas, es decir, una ideología determinada— no debe concebirse como la reflexión pasiva de un medio social dado. Debe considerarse, más bien, como la interacción del medio social con ciertos impulsos subjetivos y dinámicos que actúan dentro del hombre mismo".

Y este colofón esclarecedor, podría tener la rúbrica de R. Osborn:

"El psicoanalista y el materialista enfocan el mismo fenómeno desde ángulos diversos. El primero acentúa la importancia de los factores subjetivos; el segundo, la de la situación externa. Sin embargo, ambos puntos de vista son compatibles entre sí, y unidos se enriquecen mutuamente".

*B) Adolescente burgués.— Adolescente proletario.*

Se nos hace viable contemplar la existencia de una cierta relación de causalidad entre el ambiente económico-social del hogar del adolescente y la ulterior conducta de éste ante el espectáculo de las luchas políticas y sociales que deciden el devenir de la humanidad.

El niño de casa ubérrima y consentidora, halagado y mimado por todos en sus deseos y caprichos, complacido por propios y extraños, estimulado más que nada en sus instintos egoístas y dominadores, acostumbrado a sacrificar con frialdad los sentimientos de sus convecinos a sus personales y egocéntricas impulsiones, en general desarrolla en su psique un tono afectivo de egoísmo, de voluntad despótica, de indiferencia ante el sufrimiento del prójimo, en su deseo de satisfacer los menores apetitos, y de olvido integral de los intereses de los demás, para insistir tan sólo en el recuerdo exclusivo del propio "yo" y del interés personal. (1).

El niño de casa trabajadora tiene que vivir, en el orden físico y espiritual, en la más frecuente adaptación a las circunstancias ambientales de índole económica y social. Sus deseos son en general frustrados o, por lo menos, limitados por los reducidos recursos de la hacienda doméstica; ante sus ojos, sus oídos y en la propia carne se plan-

(1) En cambio, dice Martí, "el muchacho campesino que vive en más directo trato con los trabajadores, y ha de esforzarse más en obtener lo que desea, es noble especie de hombre, que a singular astucia junta un ciego y grandioso ímpetu" etc.

tean, desarrollan y resuelven golpe a golpe los problemas más vitales de la vida económica. En más de una ocasión, el adolescente pobre tiene que ayudar al sustento familiar con el propio esfuerzo, en la casa o fuera de ella, coadyuvando con su labor diaria a la conquista del pan cotidiano. Es de este modo y de otros muchos más, que el hijo de hogar modesto y laborioso vive con la preocupación de su redor, en correlación irrecusable con el mismo, en asimilación con sus condiciones imperativas, en armonía forzosa con su ambiente. Y si toda esta dura vivencia no le causa algún trauma patológico en la psique; si su temple moral e intelectual es de calidad bastante para que tales represiones o frustraciones no le desvíen su psiquismo hacia aberraciones y anomalías, casi siempre ese muchacho deviene un tipo psicológico extravertido.

La misma educación en general propiciada al adolescente burgués, tiende o ha tendido en cierto modo a recluírle en sí o por lo menos a alejarle de su mundo circundante y de sus vigentes angustias y vibraciones. Aníbal Ponce señala que "la burguesía exigía en el terreno de la educación... otra forma de enseñanza... en que el saber seguía siendo libresco y grande la distancia que lo separaba de la vida"; en tanto que en las escuelas de medio más pobre o más modesto alumnado, "la orientación era francamente práctica, e impregnada a una intención utilitaria". La educación a recibir, pues, en los planteles destinados respectivamente a la enseñanza de adolescentes de diversa condición económica y social, constituía —y aún en más de un caso constituye— un factor decisivo en la relación viva y constante del sujeto con su medio, o en su alejamiento irremediable del mismo: es decir, en sus respectivas posibilidades de introversión o extraversión. Cierto es que el temperamento constituye una condición congénita y glandular en cierto modo (1); pero la alimentación, el medio ambiente y la educación son factores determinantes en el desarrollo o atrofia de ciertas proyecciones temperamentales y aún en la integración original de nuevos tonos de reacción vital.

De modo general, Kurt Koffka viene a darnos razón al explicar: "Nuestra percepción es un producto de la evolución... y la evolución depende del medio entero, sobre todo de las condiciones sociológicas del medio. Levy Bruhl concede gran importancia a este último punto; precisamente porque el hombre crece como miembro de una sociedad... Toda su evolución, y por tanto también la de su percepción, depende de esta sociedad".

Pero es Jung quien nos corrobora concretamente:

"Como ya he admitido en diversas ocasiones —dice— introversión y extraversión no constituyen en absoluto caracteres, sino mecanismos que, por decirlo así, pueden ser conectados o desconectados a voluntad. Sólo en virtud de su predominio *habitual* se desarrollan ulteriormente los caracteres correspondientes. Cierto que la predilección se funda en una cierta *disposición innata,* pero no siempre es ésta absolutamente decisiva. He podido observar que con frecuencia el *influjo del medio puede ser casi tan importante*".

---

(1) Kretchmer habla de "dos grandes grupos químicos de hormonas; uno corresponde a la escala afectiva... psicoestésica" propia del esquizotímico.

Como solía, en sus geniales atisbos, Martí se anticipó en cierta medida a estas conclusiones de la ciencia moderna al admitir que se puede "reformar la misma naturaleza, que tanto puede el hombre".

"Disposición innata" e "influjo del medio" ambiente —hogareño, escolar o nacional— determinaron la definición extravertida del temperamento martiano. ¿Por qué hacer esta ubicación tan específica, preguntará el lector? Y el lector mismo sin duda arribará a aquélla una vez que compare y coteje la descripción que Jung hace del tipo psicológico extravertido y la descripción que directa o indirectamente hace Martí de sí, de sus inclinaciones y preferencias.

Jung empieza por caracterizar al tipo introvertido como egocéntrico, desrealizado, asocial, dominador y desdeñador del medio y del interés u opinión de los demás: es el "misáutico y filáutico" que dice Weininger, que, de acuerdo con Jung, "tiende a desarrollar en sí los pensamientos, desentendiéndose por completo de toda realidad exterior". Y no puede ser más elocuente la proyección de Martí contra esa dirección de la psique: Condena "aquella ceguera que suele ir con la mucha individualidad, por donde el hombre, de puro mirar en sí y sentirse hervir la sangre, no ve afuera cuanto puede, ni entiende que sea su tiempo diverso de cómo se ve él, que es para sí la realidad suprema".

Por otra parte, Jung afirma que el tipo introvertido asume una postura conservadora de "desafío al cambio", en tanto que el extravertido "se encuentra a sí mismo en el cambio". Para Martí, recordémoslo, "la revolución es un aspecto de la evolución", dando así su convalidación a ambas formas del devenir. Fácil es ver en la existencia martiana su "dimensión prospectiva", afán y tensión hacia el futuro.

Jung señala que el pensamiento extravertido "emplea ideas.... tomadas del ambiente espiritual de una época"; y Martí confiesa que "hay una política universal, y ésa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas", porque "el primer deber de un hombre de estos días, ES SER UN HOMBRE DE SU TIEMPO".

Jung diagnostica, por así decirlo: el extravertido "lo ve todo desde el terreno del acaecer objetivo"; y Martí sentencia:

"La personalidad individual sólo es gloriosa y útil a su poseedor cuando se acomoda a la utilidad pública", pues "ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación".

Por ello no tuvo reparos el Apóstol en manifestar sus simpatías por Emerson, quien también disertó sobre "los grandes hombres, es decir, los más embuídos con el espíritu de la época", análogamente en tal sentido al ruso Gogol, quien decía de unos sabios antiguos que "eran más ignorantes que los demás porque estaban separados de la realidad".

Para Jung, el extravertido "supone una consciente exclusión de lo contingente y no racional"; y Martí similarmente asevera que "contra la razón no puede haber verdad".

Si Jung estima en el extravertido su "tendencia a subordinar su manifestación vital a conclusiones intelectuales que en último término se orientan siempre sobre la base de lo objetivamente dado"; Martí aplaudió a los hombres que saben "salirse de sí y ponerse en los

demás, que es el don esencial y el deber continuo de los hombres patrios".

Juzga Jung que "el pensar introvertido evidencia una peligrosa tendencia a forzar los hechos, conformándolos a su imagen, o bien a ignorarlos para poder desplegar la imagen de su fantasía"; por lo que subraya "la decisión y la rigidez del juicio subjetivo, supraordinado a priori a todo lo objetivamente dado, bastando para dar la impresión de una fuerte *egocentricidad*".

Y el propio Martí se pronuncia contra "los místicos" que, "con la mirada hacia adentro, quieren conformar locamente el mundo al concepto que en sí tienen de él". Por ello juzga que "el egoísmo es la mancha del mundo... En este mundo no hay más que una raza inferior: la de los que consultan, antes que todo, su propio interés, bien sea el de su vanidad o el de su peculio; ni hay más que una raza superior: la de los que consultan antes que todo el interés humano."

Jung expresa que el "introvertido no se con-siente en la psicología del prójimo, sino que se con-siente hacia dentro, en sus propios problemas teóricos"; y, frente a este tipo de genio torre marfiliano, Martí recuerda que "los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba antes tanto su estatura... El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluye, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa, lo que no placerá a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso".

"Este tipo —el extravertido, continúa Jung— puede, como *reformador,* como *público admonitor* y depurador de las conciencias o como *propagandista de innovaciones importantes,* representar un papel *útil para la vida social",* y en esa labor altruísta *"se descuida la salud,* la posición social, y *la familia es a menudo perjudicada* en sus intereses más vitales... *en aras del ideal".*

¿No creéis que habéis leído o escuchado la descripción del propio Martí? ¿No nos dijo antes:

"¿A qué hablar de mí mismo, ahora que hablo de sufrimientos, si otros han sufrido más que yo? Cuando otros lloran sangre ¿qué derecho tengo yo a llorar lágrimas?" Por ello auguró:

"Siento que jamás cesarán mis luchas. *El hombre íntimo está muerto* y fuera de toda resurección, que sería *el hogar franco y para mí imposible,* a donde está la dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí... y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y *mejorarlos".*

Por ello, Martí parece de modo consciente situarse en oposición al tipo introvertido, y en condición afin al extravertido, cuando advierte que:

"así como el alma se aparta con disgusto de los de corazón frío, y mente calculadora y reservada, así se entrega con júbilo y sin rebozo a los de espíritu sencillo y ardiente, mano acariciadora y *pensamiento abierto".*

"Así se es hombre: vertido en todo un pueblo".

## LAS "FORMAS DE VIDA" DE SPRANGER

Hemos limitado esta indagación tipológica a un mero esbozo, dado que, no obstante la notoria precocidad intelectual y temperamental de Martí, su tipo psicológico no estaba concluso en la edad adolescente. Por ello, relegaremos a ulterior estudio —con aspiración exhaustiva— una elucidación más amplia de la dirección cabal del psiquismo martiano. En tal oportunidad trataremos de esclarecer la cualidad o potencia psíquica consciente que se hace extravertida sobre todo en sus años de madurez (a nuestro entender, la intelectual y cognoscitiva), así como la compensación experimentada merced a la siquiera sea parcial o aleatoria introversión de algunas cualidades polares (intuición, emoción estética, etc.) En su adultez plena, la producción representativa de su intelecto extravertido es, a más de la capacidad de organización revolucionaria, su obra literaria política, económica y social; y los más señalados exponentes de su interiorización estético-emotiva, son los "Versos Sencillos".

De todos modos, aunque no se encuentra definitivamente perfilado el tipo psicológico en la primera mocedad martiense, ya ésta nos adelanta datos bastantes para "diagnosticar" a distancia su dirección exteriorizada y social, acrecida y confirmada por los tiempos y espacios ulteriores. Obras de juventud y madurez no hacen más que ratificar ampliamente la proyección extravertida de su psiquismo, ya sugerida con énfasis en la adolescencia, y generada también, siquiera sea en la parte exógena de su determinación, en el ambinte material y espiritual —nacional y hogareño— de su niñez y mocedad.

Además, la precocidad del juvenil apóstol nos confiere la viabilidad de alegar citas bibliográficas de su producción póstuma interpoladas con las de su obra adolescente, a fin de hacer patente así la afinidad del tipo psicológico martiense con el extravertido y social en todas las edades de su vida.

Semejantes son la extraversión psicológica y la "forma de vida social" elucidada por Spranger. El "Homo Socialis", en efecto, según su máximo indagador, "no ambiciona otra cosa que servir de ayuda y de peldaño". (Martí casi repite, o mejor aún, anticipa: "Póngase el hombre de alfombra a su pueblo"; "el valor más grande es el de sacrificar los propios impulsos a las conveniencias de los demás"). En Martí, y lo diremos con palabras de Spranger que parecen a aquél destinadas: "todo acto de psíquica entrega es al propio tiempo un acto de propia intensificación". (El presunto destinatario, incide: "Es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da"). "Surge la aparente antinomia psicológica —dice Spranger— de que amar, hacer entrega de sí mismo y sacrificarse, es lo único que enriquece a las naturalezas verdaderamente amantes". ("No se empieza a poseer la vida —contesta la obra de Martí —hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra"). "El

Homo Socialis no conoce ni reconoce otro poder que el del amor''. (Y al hombre de ciencia, nuestro artista se adelanta: ''La única verdad de esta vida, y la única fuerza, es el amor''). ''El hombre en quien el amor constituye el centro vital, encuentra suficiente base de motivación en actuar *sub especie alterus,* en sentido ajeno, y en ello degusta al mismo tiempo su superior bienaventuranza''. (Al pensador nórdico, argumenta el del Trópico: ''El desinterés es la ley del genio y de la vida''; ''no hay goce como el de hacer gozosos'').

En consecuencia, en el ''Homo Socialis'', según su investigador, ''coinciden íntegramente el yo y el tú, el amor propio y el enajenamiento, el renunciamiento y la libertad''; y Martí se espeja en una página cuando reitera: ''Otros hombres aman a sus semejantes más que a sí propios'' y ''al bien seguro de la libertad''; ''quien vive para todos, continúa viviendo en todos''; ''procurando la felicidad universal venidera, se asegura y avecina la felicidad propia''.

Spranger señala en el Homo Socialis: ''puede llamársele también vidente, en cuanto tiene facultad de penetración, por lo que respecta a los más hondos y radicales valores''. Y todos los exégetas del Apóstol coinciden en reconocer la capacidad de previsión de éste. Él mismo pareció palparse ese don, al aseverar: ''los fuertes prevén''; ''para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos''.

Spranger revela, como si hubiese pensado en Martí: ''Cuando se concibe el amor en este sentido supremo, no puede haber odio en absoluto''. Y ¿no fué Martí quien explicó: ''los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen'': ¡''odiemos el odio!''? También para Max Scheler (''Ordo Amoris'') ''todo acto de odio se halla fundado en un acto de amor''.

''El odio (del Homo *Socialis,* según Spranger) se dirige entonces a lo nocivo, a lo falso, a lo feo y a lo impío puramente como entidad de valor, pero no a la persona''. Así procedió el Apóstol, al declarar su ''odio a la injusticia'' y que ''la indignación ante la infamia es la fuente más pura de la fuerza''.

El *Homo Socialis,* de acuerdo con su máximo investigador, ''cree encontrar (en el amor) el punto de enlace con el cristianismo primitivo''. También, para Martí, ''Cristo estaba lleno de amor para los hombres'', y añade sugiriendo quizás un más o menos remoto norte de sus ideas éticas y sociales: ''Cristianismo quiere decir semejante a Cristo... un hombre sumamente pobre, que quería que los hombres se quisiesen entre sí, que el que tuviera, ayudara al que no tuviera... que cada uno trabajase, porque nadie tiene derecho a lo que no trabaja, que se hiciese bien a todo el mundo y que no se quisiera mal a nadie''. Por ello, tal vez, presintió su propio gólgota cuando se preguntó: ''¿dónde, Cristo sin cruz tus ojos pones?''; o bien cuando confiesa ''llevar, en esta noche de las almas en que forcejeamos vanamente, la grave cruz al hombro''.

Sobre este fondo cristiano, religioso sin religión positiva, cobra ímpetu incontrastable la actividad social del Apóstol. El *Homo Socialis* se vincula en él entrañablemente con el *Homo Religiosus.* Éste, en cierto modo a semejanza del primero, y en consecuncia de Martí, ''abraza con su amor a los hombres todos y tiene un tributo de sim-

patía para todo lo vivo. Dispone de un entusiasmo que sólo la naturaleza del caudillo es capaz'', según Spranger. Este amor y entusiasmo le nacen porque ''en todos los valores positivos de la vida encuentra gérmenes de lo divino''. ''No hay ningún aspecto de la vida en que no halle algo divino''. Por su parte, Martí no anda lejos de esa dirección cuando ''ama a un Dios que lo penetra y pervade todo''; ''hay una fuerza divina: todo''; ''el ser tiene a Dios en sí'': ''el ser continuo que puebla en formas varias el Universo''. Es decir, piensa y sobre todo siente a Dios en todas las formas y criaturas. Es así que la religiosidad martiense tiene, como se dice en otro aparte de este libro, un contenido panteísta, o si se quiere panenteísta.

Spranger destaca la posibilidad de un ''panteísmo naturalista'' en el *Homo Religiosus*. El martiano tiene, inclusive, cierta afinidad con un ''panteísmo espiritual'' más o menos próximo o remoto del de un Herder o Schleimacher, si bien en general más se aproxima —reiteramos— al de las doctrinas hindúes.

Si, según palabras textuales de Spranger, ''Dios está en nosotros como fuerza e impulso'', resulta sorprendente encontrar en Martí casi idéntica expresión: ''Theos vive como fuerza impulsiva, pura, magna''. Y si el primero alega: ''no está la redención en la entrega contemplativa... sino en el hecho de esforzarnos con ascensional impulso. Sólo sobre quien en la obra insiste, desciende la gracia''; también algo similar el segundo arguye: ''vuelven los tiempos de sacrificio grato y del dolor fecundo en que.. los héroes... batallan, luzcan, asombren, expiren'', pues ''asciende antes a la cúspide de la luz, donde el alma plena se embriaga de dicha, el que da su vida en beneficio de los hombres''.

''El hombre de esta índole mental —dice Spranger del *Homo Religiosus*— es por lo tanto universalista, naturaleza fáustica de anhelos infinitos que en todo ve un plus ultra''. Con cierta similitud, expresó el Maestro: ''El orden universal inspira el orden individual''; ''descontentase el ánimo noble de sí mismo y de lo que ve: necesita lo ilímite invisible... tiene ansia de lo extenso... inconformidad con la existencia actual'', o bien ''esa inspiración sagrada, esa insensatez divina'' que le conduce a presentir ''la vida culminante del universo... de que es esta vida de ahora mero retazo y áspero preparativo''.

Spranger señala que ''se puede ser explícitamente irreligioso por religión. Por lo regular, se observa en este caso una recusación de las religiones tradicionales de un círculo natural. ¿Qué religión conozco? Ninguna de las que me nombras. ¿Por qué? Por religión''. De modo paralelo se produce Martí cuando estima que ''las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido con los mismos vicios'': ''hoy las religiones se fundan en la religión'', etc.

Sin embargo, sobre todo en los años de madurez existe indudable disidencia entre la unilateralidad del *Homo Religiosus*— en veces antiobjetivo, antiempírico, meramente sentimental o intuitivo y refractario a los puntos de vista de mayor racionalidad, realismo o materialismo— y el polifacetismo psíquico, intelectual, objetivista y social de Martí. En éste, al menos en su plena adultez, no es de rigor, como en

el *Homo Religiosus*, que "incluso la historia y la sociedad son concebibles desde el punto de vista pan-religioso". Al contrario, Martí llega a poseer, ante la vida y el mundo, una racional, práctica y flexible perspectiva, en la cual la estimativa y la acción aparecen influenciadas por todos los sectores axiológicos y no sólo por la fe. Los puntos de vista de la moral, justicia, vitalidad, belleza, economía, política, equidad social, razón o verdad, determinan poderosamente algunos aspectos de su producción intelectiva y fáctica, en los cuales apenas tuvo en cuenta muchas veces el punto de visión sagrado. Sin duda creyó en Dios y que éste "pervade" toda manifestación del mundo y de la vida, pero esta mera creencia metafísica, esos concretos puntos de fe, no son la condición sustancial del *Homo Religiosus*, sino que lo es el punto de partida valorativo y factual, la perspectiva siempre unilateralizada, el sentido concretamente religioso impartido a cada producción espiritual o militante. Lo cierto es que, al menos en los respectos intelectuales y prácticos apuntados antes, Martí asumió con precisión puntos de referencia y de partida, estimativos y dinámicos, que poco o nada tienen de común con la interpretación mística ni contemplativa, sino con el objetivismo más realista y móvil, con la calibración económica inclusive de muchas situaciones, con una reflexión dialéctica de las mismas, cuando no percepción materialista de la realidad, si bien estas cualidades últimas son más observables en la madurez que en la adolescencia de Martí, en la cual tal vez la creencia religiosa, armonizada con la fe social, tuvo notoriedad extrema.

Sin embargo, aún en la adolescencia no dejó de intercalar en sus concepciones metafísicas otras nociones vitales e "ideas-fuerza" que diría Feuillee, de condición ajena a la esencia propia de la santidad, si bien no contradictorias con la misma. Tal diversidad de nexos axiológicos se debe, a mi juicio, a la proyección extravertida que en general se observa en el *Homo Socialis*, para quien, según Spranger, "las valoraciones y las disposiciones valorativas que determinan sus motivos... suelen encontrarse entremezcladas con otros grupos de valor".

Ya en su adolescencia, arribó Martí a la suprema intuición religiosa, Dios, no a través de la contemplación mística ni del aislamiento ascético, sino precisamente a través de una noción de amplia motivación social: lo moral, el bien: "Dios existe en la idea del bien", nos dice. El valor ético, pues, condiciona por no decir que vitaliza la idea religiosa, con toda su consiguiente implicación gregaria, pues "la conciencia moral es considerada en último término como heredado instinto social", etc. (Spranger). Así se integra, más que una "religiosidad ética" que dijo el psicoanalista, una "ética religiosa" en cuanto la ética es influenciada notoriamente por intuiciones metafísicas, si bien en harta oportunidad la práctica moral martiana no descansa en lo mínimo sobre perceptibles estímulos de fe.

Si nos aventurásemos a recordar en esta contingencia el símil jurídico de Kelsen, podríamos pensar en una a modo de "pirámide invertida", cuyo vértice sirve de pie y sustento a cada vez más anchas estructuras de valores, emociones, pensamientos y creencias religiosas inclusive, en redor de cada uno de los cuales la religiosidad —como tónica animadora, no como creencia dada— funge de aliento trans-

cendente, rebasador de la realidad objetiva, ambicioso de sentidos situados más allá de las cosas tangibles. Su religiosidad, pues, traduce el ímpetu temperamental, por lo menos en parte y en cuanto al tono exaltado de su reacción. El biotipo esquizotímico, al que aludimos en otra oportunidad, se caracteriza por esa proyección extrema e hiperbólica, que desborda la medida del estímulo o trascendentaliza la objetividad. Palpa y logra la realidad, pero su "tono" psíquico le impele más allá de lo real poseído. Por eso su religiosidad, si bien se cierne sobre los valores como un halo inefable, no contradice, mixtifica ni centraliza unilateralmente las esencias de los valores de moral, justicia, belleza, verdad, santidad o utilidad; sino que obra sólo como aura energética, que se adapta a la forma y sustancia de aquéllos, que obedece el sentido y dirección de los mismos, que con éstos cambia y evoluciona en el tiempo y espacio. Su religiosidad es "fuerza divina", "fuerza impulsiva, pura, magna", que a la vez energiza los valores, se acopla a la facción vital de ellos y los deja en interior autonomía. En todo caso, es la dirección extravertida o condición social de su psiquismo la que da base estructural a los demás valores y "formas de vida". Es decir, la religiosidad no presta a Martí dirección concreta a su temperamento ni sentido psicológico a su reacción; sino que se limita —y ya es mucho— a dar ímpetu o tono transcendental a su conducta y a viabilizarle el tránsito consiguiente a la existencia metafísica y a la coexistencia con la divinidad. Los pensamientos y sentimientos de valor ascienden hacia la circunstancia teológica, en la cual se disfuminan y confunden, a la vez que realizan a plenitud su función humanísima y social. Tal es la religiosidad martiense; otra cosa es su noción de Dios, su valoración de lo sagrado o su fe en lo santo, mera exteriorización o efecto de su religiosidad: por lo que ésta es causa de la específica creencia y habría por lo tanto existido de todos modos en Martí aunque a nada sobrenatural hubiese otorgado devoción.

Harta vez los demás valores dan notoria circunstancia a esta devoción. "El bien es Dios", nos dice con central sentido ético. O bien pariguala ambos: "el honor debe ser siempre una religión en nuestra alma". Y el sentido razonador, núcleo determinante del *Homo Theóricus,* condiciona su creencia en la divinidad, si bien no precisamente su ambiente psíquico religioso: "Los hombres libres tenemos ya una fe diversa. Su fe es la eterna sabiduría. Pero su medio es la *prueba.* Y con esta fe científica", etc. Más aún, a veces el criterio de la verdad supera el de la religión: "la religión, siempre falsa como dogma, a la luz de un alto juicio", etc. "No hay rito mejor de religión que el libre uso de la razón humana". Denuncia que la fe irracional "no es un medio para llegar a la verdad, sino que la detiene; no le responde, sino que la castiga; no la satisface, sino que la irrita"; y en definitiva aboga por un equilibrio que podríamos llamar igualitario: "aquella armonía del espíritu de religión con el juicio libre".

No sólo los valores de verdad y moral limitan la creencia religiosa, sino inclusive los sociales y hasta económicos. ¿Acaso no impugnó a la iglesia de su tiempo y su redor, entre otras razones, por ser "una Iglesia que ha venido a ser desdichadamente el instrumento más efi-

caz de los detentadores del linaje humano"?; ¿y porque "la iglesia no aprende historia, no aprende libertad, no aprende economía política"? ¿y porque juzga "el poder de la iglesia sobre las clases llanas como el valladar más firme a sus demandas de mejoras"?.

Aún el valor de belleza a veces viabiliza el religioso: "la religión... es eternamente verdadera como poesía... La religión no muere, sino se ensancha, y acrisola, se engrandece y explica con la verdad de la Naturaleza, y tiende a su estado definitivo de colosal poesía". Pudo decir, pues, como Hölderling: "lo más bello es también lo más santo".

Es preciso, en suma, destacar que, si importante es en Martí su "religiosidad sin dogmas", no menor es la importancia que en él lucen los valores de belleza, verdad, justicia, economía; aunque ninguno de éstos tiene en él la determinación extensa e intensa que el social.

En efecto, el *Homo Aesthéticus*, según Spranger, es aquél que "transforma todas sus impresiones en expresiones", lo cual es referible a la voluntad de forma estética dominante en la obra y aún la vida de Martí. "El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura", éste nos dice; "el arte no es más que la expresión del deseo humano de crear y vencer"; "ayudada de las artes, se salva la tierra"; "el arte ha de ser un culto".

Además, el Apóstol —y le transferimos palabras de Spranger alusivas al *Homo Aesthéticus*— "hace de su vida una obra de arte". Cúpole repetir, en consecuencia, lo que Hölderling en Hypherion "quiero conservarme puro, como conviene a un artista". También a Martí es referible en cierto modo lo que el psicólogo de las "Formas de vida" desvelaba en el tipo estético: "tiene un órgano especial para la comprensión del mundo, una especie de facultad de presentimiento o intuición simpática".

"Todo estético inconfundible, es inconfundiblemente erótico", dice Spranger. No es preciso recordar que, para Martí, "la fuerza de la vida, y su única razón, es el amor de la mujer".

Sin embargo, a pesar de su magna faceta artística, no integra Martí ni con mucho el típico Homo Aesthéticus de Spranger, sino que lo distancian de éste ciertos caracteres.

En efecto, según Spranger, el Homo Aesthéticus "no entra en contacto directo con la realidad", sino que "se encara al juego de imágenes de la vida... en gozosa contemplación". Martí, a la inversa, dijo que "para realidades trabajamos, no para sueños", y hemos dedicado un libro a señalar el profundo realismo de su actitud ante múltiples facetas de la vida. En el concreto orden de las ideas estéticas, éstas aparecen muchas veces influenciadas por factores ajenos a lo puramente calológico, y próximos al realismo social, económico o moral: "aún está en pañales la literatura servicial y fuerte"; "mejora y alivia el contacto constante de lo bello... Para ser bueno no se necesita más que ver lo bello", agrega estableciendo una función entrañable entre la belleza y el bien. "El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive", y "los pueblos han de cultivar a la vez el

campo y la poesía", señala otorgando a lo económico una misión tan *importante, por lo menos, como* la de la *creación* estética. "La verdad quiere arte... La verdad llega más pronto a donde va, cuando se le dice bellamente", arguye destacando una correlación entre lo bello y lo verdadero. "Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o que se está triste, sino para ser *útil* al mundo, enseñándole que... la vida es un deber... que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos, y madres", aduce con un hondo sentido social y moral del arte. Lógicamente, dista Martí de la unilateralidad del *Homo Aesthéticus,* para quien, según Spranger, "las esferas de valor en que se articula la vida humana son situadas unilateralmente en el foco del valor estético".

Es decir: aún sus propias ideas estéticas Martí las piensa, elabora o reflexiona en una dirección social y generosa, lo cual es antitético de la "forma interior" que asume en general el *Homo Aesthéticus.* Éste se caracteriza por "el individualismo —dice Spranger—. No impera el deseo de ser útil al prójimo en las necesidades prácticas y espirituales de la vida". ¿Y será acaso necesario repetir que para el Apóstol "la única gloria verdadera del hombre.. estaría en la suma de servicios que hubiese, por su propia persona, prestado a los demás"?

"El Homo Aesthéticus —alega su investigador— siente aversión contra lo conceptual"; y, para el Maestro, "donde la razón campea, florece la fe en la armonía del universo"; "sobre la tierra no hay más que un poder definitivo, la inteligencia humana".

Sin embargo, de esta exaltación martiense de la razón conceptual no se infiera que él es ubicable en el *Homo Theóricus* sprangeriano. En éste existe una "decisiva unilateralidad", antitética del polifacetismo axiológico y vital martiense. Para el hombre teórico, no hay "bello ni feo, útil ni perjudicial, sagrado ni profano. Sólo hay una cosa verdadera o falsa". Vimos antes cómo en Martí son de capital importancia los valores de utilidad social, de belleza, de santidad, de bien. Sobre todo, el teórico "desvaloriza la actitud estética", lo que no es compatible con el poeta según quién "por la pesquiza tenaz de la belleza en todo lo que existe, debemos hallar la verdad suma".

En contraste con la capacidad organizadora de éste, "la energía informadora —el sentido de organización, por ejemplo— no se incluye en el puro tipo teórico". En cambio, para el libertador cubano "pensar es abrir surcos, levantar cimientos y dar el santo y seña a los corazones".

"La simpatía hacia los demás es algo que se contradice casi con la actitud mental objetivamente fría del teórico". Y Martí, a la inversa, creyó que "pensar es servir", "es fundar", "es prever". Sobre todo, subraya los nexos de la razón con el bien, y de ambos con la belleza: "hermoso es el hombre terco en la virtud racional, piadoso en el corazón ceñido a juicio".

Empero, mayor es aún la distancia entre la "forma de vida" martiense y la del *Homo Económicus,* que "en todas las relaciones vitales antepone el valor de utilidad". Ya hemos visto que en Martí

son excepcionalmente importantes las motivaciones económicas, y que aún frente a algunas contingencias —peculiarmente las revolucionarias —asume un método estimativo y factual de indudable cariz dialéctico y aún materialista. Pero éste no es precisamente su ángulo de visión filosófico en general, y en esas propias contingencias recabadoras de su realismo crítico y militante, nunca los valores económicos aparecen como excluyentes o únicos, sino en todo caso como preponderantes; y en otras múltiples perspectivas de valoración y de conducta, los valores económicos lucen opacados por la capitalidad visible de los demás. "El decoro vale más que la hacienda", arguye; y arriba a la afirmación de que "hay un rey nuevo, que no consiente ya otros reyes: el espíritu humano". Además, el "*Homo Económicus* puro es egoísta", según Spranger y este dato solo basta para alejarlo definitivamente del Apóstol, para quien "el egoísmo es la mancha del mundo, y el desinterés su sol". En varios aspectos subordina la noción económica a la moral y aún a la estética: "el desinterés es lo más bello de la vida: el interés su fealdad". "Conservar su vida es su primera diligencia", dice de este tipo su indagador; y Martí fué —bien lo sabemos— de los hombres que "se exponen a la muerte por dar vida a la patria".

También incurren en error los que han tratado de ver en Martí el arquetipo del "político". Por lo menos, abismal distancia media entre aquél y el *homo políticus* que describe Spranger, para el cuál "el poder constituye el supremo valor", "aunque sea a costa de los demás". Si bien Martí soñó que "la política virtuosa es la única útil y durable", también se percató de que, "por desdicha, la política práctica no es más que la lucha por el goce del poder". En consecuencia, concluye en que "la Historia salda cuentas consagrando a los que lidian por el hombre y olvidando a los que lidian por el poder", pues a estos últimos, "los políticos de oficio, criminales repugnantes", "¡abatírseles debiera como a perros rabiosos!" ¿Acaso podría tener entraña martiana el *homo políticus,* en el cual "se tiene la sensación de una inaudita inmoralidad", según su investigador?

"No la ciencia, sino la retórica, es lo propio del estilo del *homo políticus"*. Al contrario, el Apóstol denostó la mera retórica, pues "las palabras deshonran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero": "yo aborrezco la elocuencia inútil".

Por último, el *homo políticus* —dice su expositor— es lo antagónico de la naturaleza social"; y hemos destacado la coincidencia de Martí con el *Homo Socialis.* Recordemos no más que, para él, "el exquisito tacto político viene de la majestad del desinterés y de la soberanía del amor". Inclusive, llega a subordinar lo político a lo económico: "va por buen camino el país que piensa más en la agricultura que en la política".

Reconoce los valores vitales: "así ha de reconocerse y observarse la ley del cuerpo, cuya armonía predispone a la espiritual, porque en lo corpóreo, como en lo del espíritu, la salud es indispensable a la belleza". Pero, además de señalar la preocupación suprema por el auge de los otros valores, otrora afirma que "hay una cosa más preciada que la vida: la vida honrada".

Por último, recordaremos al hombre *jurídico* descrito por Spranger: "no piensa en su conveniencia ni en formas fantásticas de vida, sino *sólo* en lo que debe regir, porque es *justo*, en uno u otro sentido". Efectivamente, Martí juzgó que "sea el triunfo de quien es la justicia": "la nación empieza en la justicia"; "en la justicia no cabe demora, y el que le dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí"; "no debe haber pasión sino por la justicia", etc. Pero el valor jurídico está en Martí condicionado por los demás: por el económico en cuanto habla de "derribar la justicia acumulada de los libros, porque no se administra en acuerdo con las necesidades del país"; por el moral y teórico o racional, pues "la razón es como brazo colosal, que levanta la justicia donde no pueden alcanzarla las avaricias de los hombres"; por el social en cuanto cree que "de amar lo perfecto en justicia viene generoso amor al pueblo", y otrora dice de "las clases que tienen de su lado la justicia"...

He aquí, en su constitución extravertida y social, la raíz profunda de su múltiple proyección axiológica y creadora. Su psiquismo se fundamenta en la directriz vital del *Homo Socialis*, y sobre él aparecen estructurados los demás valores, condicionados éstos últimos principalmente por el primero y también influenciado cada uno de ellos por las demás "formas de vida", armónicamente coexistentes en la conducta del Apóstol. En la mentalidad de éste, los valores guardan una relativa autonomía, si bien limitada por la interna función de aquéllos en su intuición y realización objetiva, a fin de omitir toda centralización exclusivista y limar cada arista incompatible con las de los otros convecinos axiológicos. El conjunto, pese a la aparente polaridad de los valores por los cuales muestra el Apóstol vocación simultánea o sucesiva, es de todos modos armónico en el orden del equilibrio lógico y, sobre todo, funcional. El valor religioso constituye, como antes sugerimos, un valor en sí más o menos autárquico, resultante no más de la energía trascendentalizadora de todos los valores, que advienen ambientados con un clima metafísico y panteísta. Por ello, cada vez que el Apóstol encara un dado aspecto de la vida y del mundo desde el ángulo capital de un valor, éste irradia una energía excepcional, que le hace aparecer como supremo o excluyente de los demás valores; a pesar de que la raíz del mismo está en íntima correlación con los otros y, sobre todo, con el social. Ese fenómeno de aparente centralización luce ante la primera mirada que se tiende a su obra. Si es una producción estética la que se contempla, creemos que es ella lo central de su vida; si es una defensa del bien, el bien parece la máxima aspiración de su obra; si es el criterio de la verdad el que indagamos, de pronto luce que la conquista y exposición de la verdad integran su ambición suprema. Sin embargo, a pesar de que el ambiente dinámico que penetra toda su obra, hace que cada sector de ésta, al ser aisladamente contemplado, parezca ser el fundamental, único o cimero; lo cierto es que todos lo son con análoga prestancia, pues todos están equivalentemente fundados sobre un impostergable y permanente espíritu de amor y generosidad social, y todos dinamizados por una común atmósfera de pura exaltación. De ahí el dramatismo —tan intenso, que confluye en lirismo

apasionado— de su vida en cada una de sus facciones y en su conjunto: vida "de alta nobleza y de rara hondura— y lo decimos con palabras de Eduard Spranger que parecen destinadas al Apóstol—. Quien le conoció, pide para sí a los poderes ocultos la misma pureza, la misma bondad y la misma humana exaltitud. Entonces, a la manera de Alois Riehl, podrá en sentido espiritualmente acendrado decir con Spinoza: "Sentimus experimurque nos aeternos esse".

.. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. ..

En pasaje anterior hemos aludido a la extraversión y proyección social de Martí, paralelamente, a su biotipo esquizotímico, en cuya descripción insistiremos en ulterior capítulo. Naturalmente, para quienes conozcan la clasificación de Kretchmer y la acepten de modo cerrado e inflexible, esa convergencia por nosotros señalada podría parecer incongruente. Sin embargo, parece hoy indudable, sobre todo después de las severas objeciones hechas al autor de "Kopobau und Charakter" por críticos autorizados como Pende, Emilio Mira López y Guillermo Uribe Aguayo, que la clasificación kretschmeriana no es inflexible ni absoluta. Es posible, de acuerdo con el primero, y, sobre todo, con Adler, que inclusive las condiciones del tipo corporal pueden ejercer influencia considerable sobre la personalidad y formación caracteriológica del mismo sujeto que las considera: en este caso el propio Martí, plenamente percatado de sus circunstancias somáticas.

Por otra parte, nada podríamos aducir en torno a la influencia de la alimentación insuficiente o a afecciones pulmonares. Tampoco podríamos, en consecuencia, aceptar la correlación de la astenia física martiana con el tipo bacilar de Landouzy. En cambio, sí nos es dable señalar en el tipo asténico martiano coincidencias con el clásico tipo "nervioso", con predominio del sistema nervioso-encefálico; sin que por ello en ningún momento pretendamos asegurar de modo dogmático que "todos los actos psíquicos están rigurosamente sometidos a las condiciones somáticas", como arguye Uribe, sino que a lo sumo "nadie podrá negar la influencia del estado físico sobre los fenómenos intelectuales y morales".

En consecuencia, tal vez nos encontramos ante la oportunidad de que el tipo extravertido de Jung y social de Spranger coincidan siquiera sea parcialmente con la constitución asténica y temperamental esquizotímica: esa coincidencia, tal vez excepcional, se revela en el tipo martiense, en el cual la dirección exteriorizada y extravertida es paralela con la sensibilidad hiperestésica y el impulso hiperbólico y excesivo en la reacción, del biotipo esquizoideo.

En cuanto esa convergencia es posible, nos es factible aventurar la coincidencia siquiera sea parcial también del último con el *hábito microsplánnico* estudiado por Pende. En el tipo longilíneo de éste, afín al de Martí, se observa el completo dibujo de la personalidad: hiperevolución morfológica, y, sobre todo, heperevolutismo psíquico, que tal vez confluyeron —si bien no es posible aducir datos en tal respecto— con hipertiroidismo y simpáticotonía.

*C) Psicología general, desde el punto de vista de la tipología junguiana, de los revolucionarios y los conservadores en Cuba, durante la guerra de* 1895.

La guerra de 1895 marcó un momento en la Historia de la sociedad cubana, en que se definieron clases perfectamente escindidas, lo que no es fácil señalar en la guerra de 1868. El propio Apóstol escribe al General Antonio Maceo:

"A mis ojos, no está el problema cubano en la solución política sino en la social";

y a Serafín Bello:

"Lo social está en lo político en nuestra tierra como en todas partes".

Durante esa lucha social desarrollada en Cuba a través de la guerra de 1895, era fácil observar en general que las clases pudientes eran reaccionarias (los integristas) o por lo menos anti-revolucionarias (los autonomistas); si bien es preciso conceder que hubo excepciones favorables a la revolución emancipadora. A la inversa, y contando también con excepciones, esta vez no tan honrosas, la mayor parte de las clases llanas de Cuba se decidieron en sentimiento, en idea o en hechos a favor de la revolución.

El propio Martí llamó a los conservadores y anti-revolucionarios "una cría de criollos ahitos", y a la inversa dijo de "la turba obrera" y "los pobres de la tierra" como la definitiva "espada de la patria": "tengo fe en mi pueblo y mejor mientras más pobre".

No es de extrañarse, pues, que Martí llegara a generalizar del modo siguiente: "el pueblo, la masa dolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones".

Todas estas incidencias martianas corroboran nuestro aserto en el sentido de que es en las clases populares muchas veces donde crecen los niños y adolescentes que luego serán los hombres revolucionarios. Para Martí, la "masa dolorida", en la que se cuentan los adolescentes proletarios, es el fundamental punto de partida de la revolución.

Es justificable así nuestra aseveración de que algunas —no todas, recuérdese— de las causas motivadoras de la proyección revolucionaria del Apóstol, se encontraban parcialmente al menos en la condición social de su hogar pobre y trabajador.

De esta manera nos permitimos generalizar en el sentido de que, no sólo en el caso de la guerra de independencia política en nuestra patria, sino de las grandes revoluciones modernas, es muchas veces de la adolescencia trabajadora de donde emergen los núcleos y masas insurrectos, rebeldes contra el estado de cosas injusto, caduco y opresor. A la inversa, los adolescentes plutócratas harta vez producen hombres maduros conservadores o no revolucionarios. (1).

---

(1) Las precedentes disquisiciones son referidas con exclusividad a los hombres que actúan de buena fe, por convicciones o por temperamento, ya en el sentido revolucionario o en el conservador. No aludimos, pues, a los imbéciles ni a los inmorales, cuyas reacciones son imprevisibles. Como anormales que son, no les son aplicables las previsiones viables en un hombre normal: de normal capacidad intelectiva y ética.

*D) Actitud objetiva e imparcial del punto de vista psicológico y social, en la distinción de los tipos políticos*

Esta discriminación no implica un elogio particular ni una desvalorización especial para ninguna de las clases sociales donde se generan rebeldes y conservadores. Con frecuencia, cada criatura de estas clases es no más involuntario e inconsciente instrumento de los intereses de su grupo; y no es válida ninguna inculpación contra aquellos individuos que, honestos y espontáneos productos de una clase, de buena fe y con pulcritud desde su personal punto de visión clasista defienden y propugnan los intereses que le han dado cuna, tónica a su carácter y molde vital a su conducta. En consecuencia, al señalar las diferencias entre las características del adolescente burgués y del adolescente proletario, así como sus correspondientes proyecciones políticas y sociales en la edad madura, no tratamos de desvalorar ni de sobre-valorar ninguno de ambos modos o tipos de conducta; sino que con objetividad les juzgamos válidos y legítimos (cada uno dentro de sus respectivos mundos de valores, de su peculiar panorama visual del mundo), como espontáneas, involuntarias e inimputables encarnaciones humanas del medio económico y social en que se producen.

En todo caso, la acusación enérgica debe ser referida a un dado régimen o sistema político, económico o social que, tras una etapa de evolución válida y de legitimidad, adviene caduco y opresor; tanto más opresor y cruel cuando se niega a sangre y llama a ceder el paso a un mundo nuevo y justiciero. De este modo, se hace perfectamente compatible el acerado ataque a un régimen político-social, con un amable, cortés y sincero reconocimiento de los valores morales e intelectuales de los hombres producidos por los regímenes impugnados. Es así que, al mismo tiempo, reiteramos nuestra devoción por el Apóstol (símbolo de un mundo nuevo, de libertad política y dignidad humana) y no escatimamos nuestra más profunda estimación cultural a los hombres que, frente a él, defendieron de buena fe un sistema político-social del que eran no más criatura involuntaria y válido instrumento. Y a la vez que revelamos con énfasis las motivaciones económico-sociales que influyen en determinados tipos de conducta pública, no desconocemos, sino que recordamos con insistente interés, sus demás causales de índole moral o espiritual: las otras impulsiones sentimentales que, por ser inefables e imponderables por la razón indagadora, escapan a la viabilidad de nuestros propósitos analíticos.

## CAPÍTULO II

a) La psique de Martí a la luz de la hebelogía.

b) El deber moral en la adolescencia martiana. Su dramatismo.

c) Protesta y ensueño del adolescente.

d) Integración del "yo" martiense.

e) Objetividad y subjetividad en la psique martiana.

### *A) La Psique de Martí a la luz de la hebelogía.*

Si bien existía en el Martí de los primeros años el deseo de llegar a hombre pleno, no lo ansiaba por la mera voluntad de dominio y poseer los goces egoístas de la edad meridiana, sino más bien por el deseo, unas veces impreciso y otras denunciado, de cumplir mejor con sus deberes para la sociedad y de contribuir así al triunfo de la integral dignidad del hombre. Del mismo modo, aún en la juventud y madurez martianas subsistió el espíritu de pureza auroral—un ímpetu claro, fecundo, infatigable y un tanto ingenuo—de su edad adolescente.

La consciencia que Martí poseyó siempre de esos sus deberes para su grupo, su pueblo y su tiempo, nos permite aplicar al caso martiano alguna noción de la filosofía de las generaciones; ya que el joven Martí, por lo mismo que fué cabal receptor de las directrices y urgencias de su época (inspiradoras de su conducta emocional, intelectual y práctica), por necesidad tuvo que pugnar con aquellos otros individuos que, como sus padres, no pertenecían a su generación, sino a otra ya caduca, grávida de también caducos puntos de vista intelectuales y prácticos ante la vida y el mundo. Es así como el joven Martí experimentó en más de una oportunidad la oposición epocal y aún cronológica del padre conservador y austero, con frecuencia incapaz de comprender y asimilar la natural rebeldía generacional del Apóstol adolescente.

Empero, es notorio que los métodos de la filosofía generacional no son siempre exactos, sino en todo caso verídicos en parte, pues muchas veces la antítesis entre el espíritu renovador y el conservador no es sinónimo de un dilema entre generaciones impenetrables, sino un simple (¡complejo!) fenómeno de índole entrañablemente espiritual,

moral y por consiguiente impermeable al análisis etiológico; si bien en otras oportunidades la lucha procede de una polaridad de clases sociales, esté o no cada una de estas clases integrada por la mayor heterogeneidad de individuos pertenecientes a generaciones diversas. En la época de Martí, como en la de nuestros días, muchas veces pertenecieron a la tendencia revolucionaria personalidades de edad madura o provecta, en tanto que también integraron más de un grupo conservador o reaccionario individuos de rostro lozano y años juveniles. Martí fué un revolucionario genuino en sus años adolescentes, como también lo fué en su juventud y madurez. Inclusive, Martí es tanto más revolucionario cuanto más maduro en edad; y así, si en sus primeros años fué más que nada un revolucionario moral y en su juventud un revolucionario político, en su madurez se revela además con rasgos de revolucionario social.

Sin embargo, podríamos asegurar que, salvo las inevitables excepciones, gran parte de la *juventud cubana* era de algún modo —por sus simpatías, sus ideales o sus actividades resueltas— afín a la causa revolucionaria .Es, al propio tiempo, oportuno observar —sin que a esa observación se asigne un inexistente propósito de desvelar causalidad alguna— que la mayor parte de los jóvenes cubanos del 95 pertenecía a las clases populares, pobres o empobrecidas. Los del 68 fueron ricos terratenientes en general, por lo que a ellos no son referibles los discursos analíticos acoplables a la juventud del 95. Eran acomodados los del 68 y fueron, no obstante, revolucionarios: no sólo en virtud de impulsiones espirituales o morales, y de indubitada generosidad y abnegación idealística, sino también por rebelión tácita o expresa contra la opresión y las bárbaras limitaciones económicas, fiscales y burocráticas que la Metrópoli acumuló sobre ellos y, más que nada, sobre el pueblo cubano, de cuyas necesidades y aspiraciones fueron irrecusable instrumento y portavoz fidelísimo.

En ellos fué posible, en virtud de circunstancias peculiares, la condición revolucionaria y la condición económica pudiente. Sin embargo, ya los hombres del 95 habían dejado de ser terratenientes y burgueses. A partir de la Paz del Zanjón, y como consecuencia de la llamada "Guerra Grande", la mayor parte de la riqueza y de la propiedad rural cubanas había pasado a manos españolas. De ahí que en general los descendientes de los acaudalados del 68 agruparan una adolescencia cubana modesta y trabajadora; y que ya en 1895 integrasen una juventud revolucionaria.

En términos genéricos, podríase afirmar que, en 1895, la mayoría de los exponentes juveniles de la cubanidad —fueran o no hijos de los cubanos ricos del 68, y fueran o no hijos de cubanos, simplemente— hubo de constituir un creciente núcleo de población revolucionaria, por sus simpatías o su militancia. En progresivo porcentaje, los adolescentes cubanos vivieron, sobre todo desde la guerra de 1868, un hogar modesto y trabajador; y a partir de 1895, en general estaba elaborada una juventud revolucionaria.

*B) El deber moral en la adolescencia martiana.— Su dramatismo.*

Si, como señala Marañón en "El deber de las Edades", *característica juvenil* es la rebelión generosa contra todo lo imperfecto de la vida, era natural que Martí se sintiera rebelde contra aquellas imperfecciones decisivamente rectificables por la acción revolucionaria. Es decir, Martí fué desde bien temprano un virtual insurrecto contra las aberraciones políticas, sociales y económicas de la Metrópoli. Otros adolescentes, en su idealista y anárquica rebeldía, se constituyen en incondicionales y sistemáticos rebeldes contra todo o casi todo su redor, pues el mundo y la vida son (en su generalidad y salvo contadas excepciones) informes complejos de imperfecciones y yerros. Adviene entonces el joven un inadaptado a ultranza, dado que muchas de esas imperfecciones son congénitas del mundo y de la vida, e irrectificables por la acción individual o gregaria. Martí, adolescente idealista y a veces candoroso, como lo fué inclusive en sus años maduros, tuvo también en su adolescencia mucho de madurez— es decir, de objetividad práctica, de racionalidad en la conducta, de lógica en su conciencia del deber, en la visión de aquellas imperfecciones de la vida y del mundo —las de índole moral, política, social, educacional, filosófica o religiosa— que eran próxima o remotamente modificables por la inconformidad activa y por la rebelión edificadora.

Esta vigilante actitud en el adolescente martiano —percepción de los objetivos lógicos y viables de su protesta—, y esta perenne práctica de su oposición a todo lo injusto subsanable, dieron a su vida desde bien temprano— y empleamos un término caro a Stanley Hall— un "prestigio dramático", henchido de ímpetus sentimentales y generosos, de ardores emotivos polarizados por los más diversos nortes, y de entusiasmos centrados siempre por claros objetivos de redención humana.

*C) Protesta y ensueño de adolescente.*

"El ensueño es fundamentalmente una protesta", nos dice Aníbal Ponce. "Un roce áspero, una decepción amarga, una esperanza fracasada bastan para provocar en los organismos predispuestos ese repliegue defensivo sobre sí mismo, en que el "yo" parece arrellenarse en su propio egoísmo. Al disminuir la apetencia por las cosas exteriores, las sensaciones pierden por eso mismo su nitidez, su agudeza, sus contornos definidos. El mundo que nos rodea se diseña apenas como un algo lejano, extraño y sin alcance, mientras que en cambio el tesoro infinito de nuestras imágenes reconquista un brillo inusitado". Tal es el "ensueño", palabra adoptada para designar "las fantasías de la imaginación despierta durante la vigilia". Durante ese estado de espíritu, el soñador construye "a sus anchas un mundo imaginario en el cual todo pueda disponerse a su capricho". Es decir —sugerimos— el adolescente tiene entonces lúcida vivencia de un mundo ideal, que en el caso de Martí habría de ser, para ser ideal o

perfecto, un mundo de libertad, de amor y de justicia. De ahí que las muestras que hoy habemos de sus ensueños de adolescente sean objetivaciones de un ensueño de liberación moral y material y del triunfo del bien y del amor sobre el mal y la tiranía. Como en la generalidad de los ensueños de esa edad, el paciente es a la vez sujeto activo, es decir, el centro focal del fenómeno semi-onírico, o en otras palabras el propio "héroe". Consciente o inconscientemente, Martí se volcó a sí propio, autobiografió su futuro en giro simbólico, al tomar carnación poética en el personaje Abdala. Sería válido señalar que, así como en Abdala el gesto insurrecto y la protesta armada del joven príncipe son reacciones ante el peligro que la patria corre de ser esclavizada y tiranizada por un opresor inclemente, del mismo modo la gran protesta que es el ensueño martiense se debe a su voluntad de liberar a Cuba un día u otro de la medieval dominación española.

También su ensueño surgía como una respuesta al "roce áspero" del ambiente familiar. (1)

Como, según antes apuntamos, el ambiente familiar fué para él la manifestación resumida y atenuada del ambiente insular, podríamos asegurar que fueron casi de una misma especie el estímulo negativo y "la decepción amarga" sufrida dentro y fuera de los hogareños límites. Un redor parecido de conservadorismo, limitación cultural, asimilismo españolista, y sobre todo carente de comprensión y cordialidad, le hería de modo análogo los sentidos —aparte las dimensiones proporcionales de un caso u otro, así como los matices especiales de cada uno— en el Hogar o en el Estado. En consecuencia, la reacción en ambas contingencias era análoga: vista la impotencia física y material de remediar ambas situaciones, en lo profundo de su subconsciencia unimismadas; sabiéndose en aquel momento incapaz de llevar a cabo la obra de la liberación en la patria y de las ideas y emociones en el hogar, el adolescente realizó el consiguiente "repliegue defensivo" sobre sí, aunque no precisamente sobre "su propio egoísmo" como en general sugiere Aníbal Ponce, sino sobre aquel caudal más generoso y humanitario de su psique: el integrado por sus aspiraciones de libertad y dignificación para la patria. Tal vez sea posible aducir rasgos de "yoísmo" en la autopersonificación de Martí en el héroe del poema; pero, de todos modos, el héroe parte a la pelea con el objeto de morir por el bien de los demás, no por el medro propio, y dispuesto a sacrificarlo todo al objetivo gregario

---

(1) *"Era yo niño*
*Y con filial afán miraba al cielo:*
*...¡Cuán tristemente*
*Bañado el rostro ansioso en llanto luengo*
*Con mis ojos hambrientos perseguía*
*La madre austera, el coro*
*De alegres niñas, y el doliente padre*
*Ya de andar por la tierra fatigado"...*

Y en carta a su hermana Amelia:

"Sangre invisible me ha caído dentro del alma a torrentes. En mí hay una especie de asesinado y no diré yo quién sea el asesino. Pero nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa"...

Otrora alude a "los lóbregos espacios de mi infancia".

de la reivindicación colectiva. Si ése es un modo de ser del "egoísta", queda naturalmente adulterado el concepto verdadero y castizo del egoísmo; a todo lo cual cabría añadir que entonces en poco se diferenciarían los egoístas de los altruístas más apostólicos, y que en definitiva el egoísmo constituiría la más generosa de las virtudes. Soñarse a sí mismo herido en la lucha o muerto en ella quizás por defender las libertades y decoro de los semejantes, y no soñar que sean otros quienes queden mutilados o exánimes en el campo de batalla por defender nuestra cómoda e inactiva independencia; soñar que se muere por el bien ajeno, y no que el prójimo perece para darnos una patria de la cual sólo sabremos el disfrute; soñar que se vive para los demás, no que los demás viven para el medro de nosotros; ese tipo de sueño tiene a mi entender más de altruísmo que de egoísmo: tónica humanitaria, ecuménica a veces, que rigió los sueños de Martí en su adolescencia... y en su madurez, pues muchos de sus hechos apostólicos fueron plasmación heroica de sus sueños, y muchos de éstos, a su vez, sobre todo cuando se volcaban en forma literaria, fueron con harta frecuencia una como secreta y lejana resonancia de sus ensueños de adolescencia.

Podríamos asegurar, en suma, que su "sueño" jamás deviene producto de una *introversión* temperamental. Su "repliegue en sí" en búsqueda de imágenes radiantes, siempre está condicionado o influído por el redor hogareño, patriótico, humano o epocal. Y el producto mismo de ese "repliegue en sí" siempre aparece en función de servicio humano, de beneficio social, de personal sacrificio sobre el ara hipotética de la redención ajena. Aún el ensueño, aún la introspección misma, actúan en Martí bajo el signo y dirección de la psique *extravertida*. Su sueño nunca es de felicidad y medro individual, sino de total entrega a la causa de los más del mundo.

### *D) Integración del "yo" martiense.*

A través de violentos tránsitos hacia los más diferentes estados de espíritu y circunstancias emocionales, constitúyese todo ese sugestivo caos de luces y de ardores que es la perenne evolución de su psique. Es de este modo que, a través de su juvenil renovación de emociones e imágenes, se va integrando el Yo Martiense; y su conciencia va teniendo cada vez mejor percepción de la personalidad y de los precisos contornos de su Yo.

Paralela a esta gradual sensación de sí en sus más profundas calidades y proyecciones, va apareciendo —y ésta es una observación derivada de las de Spranger— "la formación paulatina de un plan de vida" y el ingreso de Martí en las distintas esferas de la vida individual y colectiva. Martí adolescente, revierte su mirada en la interioridad espiritual, se descubre a sí propio con todas sus aristas inconfundibles, intransferibles a los demás del grupo: se aisla en su individualidad, si bien su individualidad poderosa es una razón más en él para ponerse al servicio de su redor humano. Durante esa edad moza, muchas de tales cualidades psíquicas no han sido todavía

definidas e integradas, sino que existen en latencia o embrión, por lo que el adolescente José Martí, al descubrirse a sí propio, todavía se ve como un difuso caos de luz y sombra entre las que busca con angustia "su" realidad integral.

Como esa realidad permanece un tanto en la penumbra y sólo a ratos se alumbra en parte con rasgos definidos, la visión de su Yo es para el Martí de aquella edad un espectáculo que a veces tiene más de artístico y aún fantástico que de observación objetiva o real. Por ello, cuando Martí adolescente indaga en su yo más hondo, nos habla aún en prosa con lenguaje poético y expresiones de lirismo emocionado.

La escisión observada entre su Yo y el mundo, lo fuerza a reflexionar sobre el mundo y sobre sí: bien en forma de prosas alusivas a su contorno político y social, bien en versos expresivos de sus más connotados estados de ánimo, bien en cartas denotadoras de los sentimientos que le nacen al relacionarse con el mundo del cual su Yo difiere. Sensible, emotivo, generoso, rebelde; con perfecta conciencia de sus deberes para sí mismo, para los de su grupo juvenil ,para su patria y la de América, va dando escorzo a un secreto "plan de vida", el cual tal vez la edad madura enriqueció y reafirmó, pero que en sus raíces más profundas, en sus contenidos morales de mayor sustancia, en sus bases espirituales crípticas ya estaba constituído en la psique martiana en los años de su adolescencia. Como consecuencia de ése su "plan de vida", trazado en general sobre la necesidad de realización de los valores morales, estéticos, religiosos y racionales; con ese índice inspirado por un íntimo impulso de servicio a sus semejantes, de liberación humana y de dignificación espiritual y material, es que Martí se adentra en las distintas esferas de actividad poniendo en práctica no más las directrices fundamentales de su "plan de vida" y las proyecciones más consecuentes de su personalidad. Ese encuentro de sí propio, su conciencia progresiva del deber, la práctica indeclinable de ese deber mismo, fuerzan a Martí, ya en la adolescencia, a ambicionar una libertad individual que habría de traducirse en una legítima ambición de libertad colectiva para su patria. Para realizarse a sí mismo y en los demás, deseó el adolescente independizarse de la vida hogareña, de los límites morales y materiales impuestos por la custodia familiar y por la ruda custodia colonial. A la vez, (análogamente a cómo señala Leta Hellingwoth) le incita el conocimiento y el afecto de las muchachas convecinas. Y con este conocimiento de sí propio y con el complemento que le dan la mujer y el mundo circundante, se le redondea la noción cada vez más intensa y segura del sentido de la vida y de la razón de ser de los hombres y el mundo.

### *E) Objetividad y subjetividad en la psique martiana.*

Su intelecto aún en formación equilibra ya la capacidad de la ideación simbólica y abstracta, la aptitud para manipular con practicismo los objetos sensibles y, sobre todo, la potencialidad intelectiva de relacionarse con los demás: de sentirse solidarizado con los dolo-

res, alegrías, necesidades y aspiraciones de cuantos constituían su grupo familiar primero, su grupo amistoso más tarde, su grupo nacional en años posteriores, el gran grupo de América y del mundo en sus años de madurez.

En la generalidad de las veces, el hombre de alta capacidad de ideación abstracta es un sujeto de exigua aptitud en el manejo de las cosas prácticas, a la vez que individuo de frecuente proyección introvertida, o por lo menos poco accesible a las relaciones sociales y a la preocupación cordial por los demás. En cambio, en Martí se armonizan el pensamiento especulador o teórico y una notoria capacidad de organización, objetivo conocimiento de la vida y del corazón humano; una originalidad personalísima en el orden intelectual y una perenne compenetración fecunda con las almas convecinas en el espacio y en el tiempo.

Es así como en Martí se destacan con simultaneidad el soñador lírico o filosófico y el hombre de acción pragmática; el corazón de profunda subjetividad sensitiva y la mentalidad altamente razonadora; la acción siempre tensa y fecunda en su proyección exterior y la acendrada vida interior de quien como el personaje de Strindberg, "teje constantemente la seda de su propia alma"; el intelecto lógico y razonador en alto grado, a la vez que el más riguroso sentido de la objetividad realista y probatoria.

Podríamos afirmar asimismo que Martí perteneció al grupo de los adolescentes superiores, con las características mentales de un gran poder de generalización y originalidad, que reafirman en él el sentido de la personalidad a la vez que el de la cordial cooperación con su grupo juvenil, su grupo patrio luego y su grupo continental y universal por último. De este modo, la intensa vida interior del adolescente fué salvada de la posibilidad de una introversión aisladora y exclusivista, así como del peligro consiguiente de una timidez paralizadora o inadaptación a la realidad viable. En el espíritu de Martí quedaron para siempre equilibradas la capacidad de interiorización reflexiva y sensitiva, y la de exteriorización factual y organizadora: el Yo y el No Yo, en la más luminosa síntesis de mundo y espíritu.

O sea: en Martí, ya en juvenil edad, comienzan a equipararse la sentimentalidad imaginativa y la lógica probatoria; el ensueño y la dialéctica; la sensibilidad para lo concreto y la vivencia de los valores sociales y universales. En relación con su capacidad dialogante y polémica, se le aparecen óptimas dotes de ironista, de impugnador agresivo y a menudo iconoclasta. La vida se le inquieta y angustia con frecuentes e incitantes objetivos de sueño y de lucha, de defensa y de ataque, de amor y de cólera, de ideal constructivo y amor universalista, junto a cóleras santas y legítimas ansias de destrucción.

Entre estímulos diversos y contrapuestos —experimentados consciente o inconscientemente— el alma adolescente duda y oscila como un liviano péndulo de luz y niebla.

Poco a poco, empero, los estímulos diversos se le van asociando y unificando en un objetivo global y unánime de dignificación humana, un tanto difuso y vago en los primeros años, ya más firme y

preciso luego, hasta asumir perfiles rigurosos de ideario y de doctrina en los años de madurez. Las dificultades, los dolores y combates crueles sufridos desde los primeros años, le maduran el espíritu y el cuerpo; y si bien ni adversidades ni circunstancias penosas le crean poder espiritual nuevo o inédito (ya que los caracteres mentales más firmes se le forman durante sus años mozos en los soterraños del espíritu) es indudable que los factores materiales y exteriores contribuyen a fijar, a perfilar y a ceñir en aristas de enérgico relieve, las directrices iniciales de su psiquismo. Sensible, vibrante e impresionable, aunque reflexivo, refinado y razonador; imaginativo, tierno, exaltado e impetuoso, a la vez que lúcido en la percepción de las cosas y de las almas; rebelde, sincero, desasosegado, vehemente, y al mismo timpo comprensivo, realista y con hondo sentido de lo económico y de la interpretación económica de ciertas circunstancias; mesurado y radical a un tiempo: así se nos aparece el temperamento de aspecto contradictorio, pero en realidad sintético y armonizador, del adolescente, del joven y del hombre José Martí.

Y hacia la raíz común o diversa de esas directrices anímicas, es preciso ir cuando se hace historia de un alma o de una vida como la de Martí; porque "no basta contar la vida del biografiado —dice Spranger—: es necesario comprenderle, adentrarse en la ley de su estructura íntima".

Lo realizaremos o no, pero nuestro empeño es éste.

## Capítulo III

# PRIMEROS AÑOS ADOLESCENTES

A) Fermín Valdés Domínguez: "El Hermano".

B) Las hermanas.

C) Personalidad y universalidad: El yo superior al servicio del "no yo".

### *A) Fermín Valdés Domínguez: "el hermano".*

Una de las personas que más influyeron en los sentimientos de Martí, fué su amigo Fermín Valdés Domínguez. Era hijo de un guatemalteco de posición económica desahogada, lo que no le impidió la amistad estrecha con el cubano pobre, dedicando a éste la más fervorosa de las adhesiones. Valdés Domínguez fué para Martí un verdadero hermano espiritual, más valioso y preciado cuando se considera las circunstancias adversas y hostiles, en el seno de la patria depauperada y oprimida por la Metrópoli, en que convergieron ambas afectividades.

Caso excepcional entre los jóvenes de su condición económico-social naturalmente conservadora, Valdés Domínguez se compenetró con las ideas de libertad de José Martí. Tal suceso corrobora el intenso poder de atracción y persuación que Martí, aún en aquella edad, ejerció entre las personas a él afines o cercanas, en anticipación de la ímproba labor de unificación que realizó entre los cubanos en el exilio o en la patria, sin que a tal deseo de vinculación sirviera de obstáculo la diversa u opuesta condición económica y social de muchos de los cubanos, convergentes en un solo ideal de independencia.

Es así como Fermín Valdés Domínguez viene, con su amistad fraterna, a robustecer y ratificar las ideas de justicia política y social del ya naciente Apóstol. Ambos amigos se solidarizan y con tal solidaridad refuerzan mutuas convicciones, en un único gran amor al bien, a la verdad, a la justicia, a la belleza, y en una aversión fecunda y creadora al mal, al error, a la fealdad o a la indignidad humana. Martí ofrece al amigo sensible y leal su luz apostólica y su visión desbrozadora de futuros; Valdés Domínguez, sin condición genial para reciprocar estos dones del espíritu, le apoya y le da ánimos superiores en los momentos dolorosos de la vida cotidiana, trabajada y su-

frida por el joven Martí. A veces le socorre con ayuda material, con préstamos de libros o le obsequia con la hospitalidad de su casa acomodada. Con esta mutualidad de obsequios amistosos, diferentes pero complementarios, se refuerzan ambas vidas juveniles y se integran en una gran fuerza creadora, símbolo unánime de la cubanidad.

El espíritu, con toda su potencialidad genial y alumbradora, tal vez habría sufrido ciertas limitaciones si hubiera carecido del aporte material otorgado por el amigo generoso; del mismo modo que el confort material de éste habría carecido de justificación óptima si Valdés Domínguez hubiese escatimado apoyo y punto de partida al espíritu creador del incipiente Apóstol. Empero, no se tergiverse el sentido de nuestras anteriores palabras, ni se quiera ver en ellas la afirmación de que el aporte amistoso de Martí fuera exclusivamente espiritual, en tanto que sólo de índole material fuese la dote amistosa otorgada por Valdés Domínguez. En el obsequio de espiritualidad hecho al amigo por José Martí, hubo sin duda mucho de energía corpórea o de trabajo físico; en tanto que en el regalo generoso y socorro cordial, muchas veces en el orden económico, de Valdés Domínguez a su compañero, se implicaba un caudal riquísimo de contenidos y gestos de la más aquilatada espiritualidad.

*B*) *Las Hermanas.*

¿Hasta qué punto las hermanas influyeron en Martí?

En pasajes anteriores aludimos a que las tres figuras capitales del hogar eran: Don Mariano, Doña Leonor y José. Las hermanas, junto a aquellas figuras poderosas, aparecen en un tono menor y casi desdibujado. Sin embargo, a pesar de la escasa influencia que pudieron tener en la estructuración ideológica de Martí y en la elaboración de su carácter, no podemos olvidar que las amó entrañablemente. Él también fué amado de los suyos, padres y hermanas, por hijo varón único, por único hermano, por su capacidad temperamental de hacerse querer de los afines: o simplemente, por hermano y por hijo, si bien quizás no pudo ser lo suficientemente comprendido y valorado en consecuencia —a causa de circunstancias económicas y aún temperamentales de sus allegados—; del mismo modo que tampoco pudo tener de ellos toda la manifestación afectuosa que su "avaricia de amor" ambicionaba. Empero, él los amó apasionadamente, con el amor y la responsabilidad moral que da saberse hijo mayor y hermano varón único.

Su estimación y admiración por el padre tienen a nuestro ver manifestación óptima en este reconocimiento, hecho en los años viriles del Apóstol, rebasada ya la época de las pugnas iniciales y realizada la plena compenetración de padre e hijo:

"Y hay un hombre más liberal que yo: el que entre la injusticia de su patria y las víctimas de ella, se pone del lado de las víctimas. Así era mi padre, valenciano de cuna y militar hasta el día que yo nací".

Dedica estos versos a las hermanas queridas, con un cariño que algo tenía de sentido protector, de piedad casi paternal, de previsora prudencia, de delicadeza casi galante:

*A AMELIA y ANTONIA:*

*"Me han dicho que hay dos ángeles*
*Estremecidos,*
*Que habitan de pasada*
*Un pobre nido....*
*...¡No se corten las alas*
*Los angelillos,*
*Que cuando el cielo luzca*
*No podrán ya volar del pobre nido!"*

Y a su hermanita Ana:

*"Feliz es el momento en que recibo*
*Carta tuya; feliz es este día,*
*Porque en ti pienso y de mi amor te escribo...*
*...Escribo, guardo, pierdo,*
*Te quiero mucho, y luego me perdonas,*
*Y si a mi loco juicio fuera cuerdo*
*Pensar un triste ornarse con coronas,*
*Las más bellas serían*
*Las que tus lindas manos me darían,*
*Los más consoladores tus laureles*
*Al perdonarme por haber perdido*
*Aquél que, por ser tuyo, hubiera sido*
*El más bello papel de mis papeles.*
*Impaciente y estúpido el correo,*
*Lucha y vence mi amor y mi deseo.*
*Carta es mi carta, más si bien la peso,*
*Me une a tu imagen tan estrecho lazo,*
*Que es cada frase para ti un abrazo,*
*Y cada letra que te escribo, un beso".*

A estos versos, añade una post-data:

"Ana mía: perdona si mis versos son malos. Así brotan de mí en este momento. Yo no corregiría nunca lo que escribiera para ti. Díme, hermana amada mía: ¿Sería capaz Blanco de pensar y amarte así?".

Estos versos expresan cariño exaltado a la madre:

*"Madre del alma, madre querida,*
*Son tus natales, quiero cantar;*
*Porque mi alma, de amor henchida,*
*Aunque muy joven, nunca se olvida*
*De la que vida me hubo de dar.*

*Pasan los años, vuelan las horas*
*Que yo a tu lado no siento ir,*
*Por tus caricias arrobadoras*
*Y las miradas tan seductoras*
*Que hacen mi pecho fuerte latir.*
*A Dios yo pido constantemente*
*Para mis padres vida inmortal;*
*Porque es muy grato sobre la frente*
*Sentir el roce de un beso ardiente*
*Que de otra boca nunca es igual".*

A manera de más o menos oportuno paréntesis, nos permitiremos recabar la atención del lector hacia un peculiar matiz del epistolario familiar y amistoso del Maestro: nos referimos a una aparente denotación cuasi-erótica que parece traslucirse aún en los afectos que menos o ningún vínculo guardan con el instinto genésico. Un "superfreudiano" o un pan-sexualista (recuérdese que este dictado fué repelido por Freud) trataría sin duda de contemplar la influencia más o menos remota de la libido en la exteriorización de las demás afecciones sentimentales, algo así como si en aquélla se verificase a perpetuidad una subconsciente y buída transubstanciación instintiva que no desvirtuaba ni mixtificaba la genuina connotación emocional, sino que sólo impartía mero ademán insólito a su expresión externa.

Sin embargo, nosotros preferiríamos otra interpretación. Los versos y cartas de Martí a la madre, a las hermanas y a algunos amigos, transparentan sin duda en su forma verbal una cierta vibración ajena al verdadero tono afectivo que expresan (filial, fraterno o amistoso); pero no porque la libido influyera en el sentimiento del hijo, del hermano o del amigo, sino más bien porque él llevó al amor sexual una exaltación emotiva que mucho tenía a veces de sumisión de hijo, de sentido protector fraterno, de lealtad amistosa recta y limpia. En muchas de sus exuberancias amorosas, hubo algo de obediencia callada y devota de hijo que obedece el dictado augusto de la madre, como en su amor a Carmen Mantilla; o algo de pulcra lealtad amistosa, cuando no cariñosa previsión de hermano mayor frente al destino de la hermana pequeña, como en su casto beso a la Niña de Guatemala.

Podríamos aún reducir los términos, y decir que Martí llevó su amor filial y fraterno, o simple y únicamente su *amor doméstico* (amor de hogar en que se refunden el amor del hijo y del hermano) a todas las tonalidades afectivas que van desde el amigo a la mujer amada.

¿Razones? Difícil es elucidarlas. Podríamos recordar, empero, brevemente, los versos por él tachados en el poema "Hierro":

*"Cuán pobre a mi avaricia parecía*
*El amor de mi hogar!...*
*..."Sin que jamás los labios ardorosos*
*Del enfermo voraz...*
*Su sed fatal de amor apacentasen".*

¿Cabría suponer que esa "sed de amor" doméstico y "avaricia de amor de hogar" subsistieron insatisfechas siempre hasta que con él se extinguieron en Dos Ríos? Cuando él habla y actúa en lances amorosos, ¿no obra a veces a modo de hijo sumiso ante la madre, de hermano previsor y cariñoso junto a la hermana chica, como si quisiera compensar en aquel amor de mujer dilecta el cariño doméstico que le fué negado en su niñez y adolescencia? ¿Qué raro, pues, sería entonces que indistintamente hablara, escribiera o actuase en amores, como hijo o hermano varón único, constituyendo esta tendencia psíquica una condición virtual, aunque todavía no hubiese querido a amante o novia alguna; y que en lógica secuencia, por natural correlación mutua de emociones, existente asimismo en latencia mucho antes de haber amado eróticamente, se dirigiese a la madre y a la hermana con palabras que a veces se coloraban de tenue barniz galante? Y si, al cabo, para él los amigos buenos eran no más "hermanos" —hermanos menores a veces, hermanos en la patria— (1) ¿podría extrañarnos que su elocución al dirigirse a ellos tuviera algo de afección doméstica, es decir, en consecuencia, aparente reminiscencia erótica? Esta última le iba al amigo fraterno, no directamente, como si amor y amistad se comunicaran por vía inmediata, sino a través del hogar mismo, a través del amor doméstico frustrado o reprimido en la niñez y adolescencia, pero siempre vivo, "sediento" y que estuvo, sí, como supusimos antes, en íntima función con la emoción erótica.

El caso de Martí, hijo varón único entre varias hermanas, no es el contemplado por Adler en su "Conocimiento del Hombre"; pues el adolescente cubano no se sintió en ningún momento preterido por la preferencia de los padres hacia las hermanas, ya que si éstas últimas eran bienamadas de los padres, también lo era en grado igual José. De todos modos, aún partiendo de la inviable hipótesis de que el adolescente Martí hubiese confrontado la situación descrita por Alfred Adler, la resultante en el mozo nunca fué el repliegue amargado en sí mismo, ni en el yo resentido y egoísta; sino en todo caso la reacción posible según la cual en el adolescente "se convierten las circunstancias en un acicate tan violento que el muchacho opta por emprender las mayores hazañas". En efecto, el muchacho Martí optó por emprender faenas sumas de liberación patriótica y humana. ¿Sería por ello dable suponer la existencia de un resentimiento causado por hipotética preferencia de los padres hacia las hermanas? En realidad, no nos autorizan a aprobar teoría semejante las manifestaciones de cariño agradecido del hijo hacia la madre abnegada y las hermanas, ni el reconocimiento pleno que Martí hiciera de las altas virtudes justicieras de D. Mariano.

Tampoco el caso martiense corresponde al previsto por Adler, cuando se refiere al Hermano Mayor. Según el mencionado autor, "encontraremos en el hermano mayor rasgos que le caracterizan como "*guardián del orden*". De más está decir que mal pudo serlo un mozo revolucionario, un subversor del orden existente en lo político e

(1) "No tengo más hermanos que los que me la aman".

inclusive en lo doméstico. Enemigo declarado del orden colonial, y por lo tanto en frecuente pugna con los padres que le exhortaban a abandonar actividades tan peligrosas para la vida del hijo y para la estabilidad del hogar, no es factible ver en el adolescente Martí un ejemplar del genuino "guardián del orden" adleriano.

"Tales personas (continúa el psicoanalista famoso refiriéndose a los hermanos mayores) tienen un alto concepto, no sólo de su poder personal, sino del poder en general". Nada, en suma, tan ajeno a Martí, que no tuvo gran *poder personal* sobre los suyos, ni pudo jamás jactarse de ello, ni mucho menos tuvo "alto concepto" del "poder general" del Estado español. "Para el hermano mayor es el poder algo muy natural —concreta el tratadista— y no hay que decir que tales individuos manifiestan por lo regular un rasgo conservador". Y nadie menos conservador que Martí en su ambiente, en su época y sobre todo en su edad, medios reaccionarios aquéllos en los cuales él fungió de subversor radical. Por otra parte, no era él quien habría de continuar —como suelen hacer los hijos mayores— la tradición de la familia, ni el trabajo sustentador del hogar, ni la condición de puntal económico de éste. (1) Por doloroso contraste, el deber primero de la patria se sobrepuso a la función habitual del hijo.

Recuérdese los versos premonitorios de Abdala, en los que el nombre de la patria "Nubia" puede ser sustituído por el de Cuba:

*"Mi madre llora... Nubia me reclama...*
*Hijo soy... Nací nubio... Ya no dudo:*
*¡Adiós! Yo marcho a defender mi patria".*

En consecuencia, trocó —en sublime renunciación— los deberes y derechos de primogenitura, no por un plato de lentejas al modo bíblico, sino por un caudal de propias lágrimas y sangre; en todo caso, allegó la primogenitura de hijo liberador de Cuba y el consiguiente derecho mayor de morir en el martirio por la redención del hogar unánime del pueblo.

Si alguna influencia tuvieron acaso las hermanas en Martí, no se tradujo en un sentimiento depresivo en el mozo, como tampoco en una manifestación de conservadorismo ni en un complejo de superioridad. En todo caso, el espectáculo del hogar pobre y de las hermanitas bienamadas, sólo influyeron en inspirarle un mayor sentido de la responsabilidad y del deber: conciencia de la responsabilidad familiar y del deber doméstico que su precocidad apostólica e intensa extraversión humanitaria dilataron a proporciones nacionales, en las que la patria fungió de verdadero y definitivo hogar, la responsabilidad familiar se sublimó en patriótica y la conciencia doméstica en social.

En el regazo de la Madre Patria, se sintió entre los demás cubanos, tal vez, un poco de Hermano Mayor, con todo lo que el buen hermano mayor entraña de previsión, de amor acendrado a los suyos,

---

(1) En vano la madre le escribía: "Esta protección y amparo que de ti esperaba era porque consideraba que la necesitaban tus hermanas, porque ni la situación de tu padre ni su carácter podían dársela, pero ya mi ambición se acabó".

de cariño preferente a los más débiles y pequeños —siempre defendidos frente a los "hermanos" más poderosos y sin escrúpulos—, de sentido de la responsabilidad creciente y de conciencia del deber ahincado en la carne y el espíritu.

Careció, empero, de los resabios, privilegios y conservadorismos que afean a muchos "hermanos mayores"; porque él fué, en realidad, tan sólo, el mayor de todos en su plena dación de sí a los demás, y el mayor en claridad íntima, en el amor y en el sacrificio.

*C) Personalidad y universalidad:*

*El "yo" superior al servicio del "no yo".*

Ostwald señala la precocidad del "tipo romántico", afín al extravertido de Jung.

La precoz personalidad de Martí, como antes dijimos, se manifestó en los caracteres de sus primeros años de adolescencia. No obstante su profunda preocupación por el redor de su hogar y de su patria, la indudable y profunda personalidad del Apóstol se imponía, impartiendo a sus inclinaciones rasgos excepcionales, sobre todo si se les compara con las inclinaciones a la diversión y al pasatiempo características de los jóvenes de su edad. Así como en muchos adolescentes el espíritu de imitación priva sobre los rasgos sobresalientes de la personalidad original, en cambio Martí, a pesar de su profunda y medular preocupación por el mundo circundante, ya en sus años adolescentes destacó en vivo altorrelieve espiritual los rasgos de una personalidad de excepción, respecto a la cual lucían secundarias las tendencias de imitación a los demás, típicas de la psique adolescente. La fortaleza de su personalidad se tradujo, asimismo, en fortaleza de ánimo y valor a toda prueba. No quiere esto decir que fuese el prototipo del muchacho bravucón o peleador, sino la gran alma de temple capaz de afrontar "situaciones difíciles que requerían algo más que la fiereza de la sangre o la presteza de los puños", como expresara luego con hondo sentido autobiográfico respecto a un héroe de "Amistad Funesta".

No fué un muchacho más, como otros tantos de los diferentes grupos convecinos. Impuso su saludable personalidad a otros adolescentes, no con sentido autoritario o dominador, sino con el suave y constructivo influjo de la persuación emocional y del esclarecimiento lógico o evidenciador. Es así cómo en él prevalece su personalidad sobresaliente en relación con los demás muchachos, sin que por ello quepa decir de imposición ni tiranía.

La personalidad de Martí, ya en edad temprana, estaba tan ungida de valores morales y lógicos de poderoso universalismo: es decir, de tantos contenidos esenciales a la vida moral, intelectual y material de nuestro país, de América y del mundo; era tan impregnada de unanimismo su psique individual, que, al privar su personalidad sobre las de los demás, no hacía más que hacer prevalecer los valores universales en ella implicados, aunque no siempre sentidos ni puestos en práctica por los otros individuos. En otras pala-

bras, al triunfar en esas asociaciones juveniles la personalidad de Martí, en realidad triunfaba la de la colectividad, percibiendo al individuo martiense en sus contenidos espirituales más válidos y por ello más universales.

Podemos afirmar que la influencia superadora que Martí ejerció sobre los muchachos de su edad y de su grupo, no es más que un anuncio simbolizador de la influencia organizadora y edificante que habría de ejercer más tarde en el grupo mayor de la nación y del Continente. Ni en los núcleos juveniles de su adolescencia, ni en los de su patria y América, pravaleció jamás su Yo individual en cuanto éste se opusiera e impusiese a los demás circundantes; sino que su Yo prevaleció siempre en cuanto supo develar en los demás sus mejores contenidos y en cuanto despertó en las conciencias individuales dormidas la visión y la práctica del "deber ser" unánime: de las directrices de conducta más válidas en todos los hombres, en el espacio y en el tiempo. De ahí que Martí, a pesar de su joven edad, tuviera cabal noción, no sólo de los contenidos ciertamente universales de su Yo, de su personalidad, sino también, y por la misma razón, de su deber inexcusable de realizar esa personal influencia edificante y redentora. Desde temprano, en su conciencia se irguió flameante y enérgica la percepción de su deber para con los demás partícipes de la sociedad. Bien pronto, se supo a sí mismo un predestinado al beneficio de ésta, por sobre la felicidad propia, y al sacrificio propio en aras de la redención de los más del mundo.

En suma, el desarrollo psicológico y de su natural destino "no le vuelve egoísta —lo decimos con palabras de Jung— sino que esa *individuación* se limita a buscar la plenitud de su peculiaridad", y en definitiva a *"liberar el sí-mismo"*.

Martí dijo cosa análoga: "intégrase el ser con esa vida ajena, como se vierte uno de sí mismo en una atmósfera de extraña alegría: al fin, *en irse de sí mismo* consistirá en su día todo el vivir".

## CAPÍTULO IV

# MENDIVE. PADRE ESPIRITUAL

A) Pre adolescencia de Martí.—1862.—Ideas suicidas del adolescente MARTI.

B) Relaciones espirituales entre maestro y discípulo.

C) Maestro y discípulo, ambos patriotas y poetas.—Armonía fecunda.

### *A) Pre-adolescencia de Martí.* 1862.

Si nos decidiéramos a forzar un tanto la general escala cronológica de las edades, o si en esta etapa concreta de la vida martiana nos aventurásemos a sustituir la escala cronológica por una valoración biológica o funcional de la edad del individuo Martí, bien podríamos, en razón de su precocidad, suponer como año de pre-adolescencia el 1862, cuando apenas cifraba en los nueve. Tomamos esta fecha como punto de partida, por ser la que marcó un hecho aparentemente sin trascendencia, pero de sustancial significación en la estructuración espiritual martiense. En ese año el padre de Martí obtuvo, tras largo tiempo de cesantías, un empleo en la Capitanía Pedánea de Hanábana. Martí acompañó a su padre por unos días en aquella región, de frecuente aspecto y contenido bucólicos.

La psique de Martí se relaciona entonces de modo vital con la naturaleza —tendencia de la edad, que señala Aníbal Ponce—, y aquélla le determina un cálido interés por el exterior viviente, por cuanto en redor se anima y mueve, por las bellezas del mundo y sus fenómenos. La naturaleza libre le parece más hermosa después de haber tenido que ceñirse él a las labores didácticas del Colegio "San Anacleto". Por mucho que el escolar ame sus estudios, el contraste con éstos hace más bellas las vacaciones en el campo, y el campo más bello.

Porque, aún en la aludida edad, no sólo es digna de mención su capacidad de percepción del bien y del mal, de la fealdad y la belleza, de la verdad o la mentira, de la justicia o la opresión; sino que en él existe, en lúcida vivencia, la captación de los valores concretos y sensibles, más que nada los facilitados por la naturaleza y la contemplación de la misma. En directo y deleitoso contacto con ella y sus vivientes misterios, el muchacho siente que se le despiertan anhelos de explorar cuanta belleza natural ve, de indagar sus secretos y

allegar el conocimiento objetivo de la cautivadora realidad circundante. Estudia con avidez apasionada, en un ansia inagotable de conocimientos y de investigación, esa "naturaleza viva" que también tanto amara Goethe.

En esta relación de la psique con la naturaleza, se le van afirmando en la inteligencia rasgos donde alternan como dijimos antes caracteres en apariencia contrapuestos. Su personalidad y la conciencia de la misma; su sentido de la reflexión subjetiva aparejada a la sensibilidad más fina; su capacidad de intuir y abstraer los valores espirituales, al cabo se complementan con una ardiente preocupación por las cosas externas y reales, por los casos concretos y específicos de su redor, por las circunstancias materiales biológicamente imperativas o económicamente apremiantes que condicionan su vida social e individual.

En Hanábana, es cierto, disfruta los placeres bucólicos que le proporcionan su bonito "gallo fino", su caballo al que cuida como a "puerco cebón", sus paseos, reconfortadores de cuerpo y de alma, sus conversaciones y cordialidades con los trabajadores y los esclavos de la labor agrícola; pero también allí sufrió tal vez el primer gran dolor por el dolor del prójimo, la primera gran cólera por la injusticia ensañada en un humilde, la primera gran rebeldía ante la opresión de que era víctima una raza esclavizada: presenció allí el brutal "boca-abajo" asestado a un negro infeliz, así como otros tantos abusos de los mayorales, mandones y demás criaturas denostables del despotismo colonial. Tal vez desde entonces, se hinca en la carne de su espíritu —como una espina de aquellos zarzales, hecha luz; como uno de aquellos persistentes "guizazos" de las guardarrayas, hecho punzante estrella; ortiga de la noche y de los sueños— la idea obsesiva e inicial de luchar infatigablemente por la redención de una raza oprimida, por la libertad de un pueblo sojuzgado, por la justicia plena entre los "pobres de la tierra". Fué aquél, tal vez, el primer intenso sufrimiento asimilado por su sentido de la solidaridad humana que diría Duguit, por su instinto gregario, por su conciencia social en formación progresiva. Ese gran "trauma" psíquico, tal vez determinó el esclarecimiento abrupto y súbito desvelamiento de la tremenda tragedia social presenciada y vivida por el mundo. Ciertos golpes físicos, ciertos "shocks" morales, obran a veces con análoga eficacia esclarecedora, a modo de roturadores de almas, de parteadores de ideas, de método catártico para las íntimas verdades no reveladas aún a la conciencia.

Después de sus cortas vacaciones en el campo libre e incondicionado, Martí retorna a la ciudad, cuyo ambiente colonial y sumiso le parece aún más sórdido. Vuelve al Colegio "San Anacleto", y en este plantel se destaca por sus excepcionales dotes y personales convicciones. Mientras algunos amigos dilectos opinan a favor de los elementos esclavistas del Sur de los Estados Unidos, durante la Guerra de Secesión, José Julián se produce fervientemente a favor de los del Norte antiesclavistas. Estudia. Lee. Gana premios diversos. Se destaca su personalidad, sin perder la atracción peculiar, entre los demás del grupo, que si bien al principio creyeron ver en el brillante

compañero al rival que habría de opacarlos y desdeñarles, por fin dieron en cordializar con el amigo que no se envanecía de sus triunfos, sino que sabía inclusive ponerlos al servicio de los otros y hacer de sus éxitos, no motivos de distancia entre él y los alumnos menos aventajados, sino un nexo más de estimación admirativa de éstos hacia él.

Sin embargo, sus tempranos lauros intelectuales no habrían de prolongarse mucho en aquella época, pues el padre fué de nuevo cesanteado. El hogar se tornó más pobre y angustioso, y no se pudo seguir costeando la educación del chico. Un compadre de la familia, Don Francisco Arazoza, facilitó a José Julián la continuación de los estudios en el Colegio "San Anacleto". En 1866, gracias a los esfuerzos y ayuda de Arazoza, ingresó en la Escuela Superior y Municipal de Varones, que dirigía el maestro ejemplar Mendive.

Desde entonces, a las enseñanzas de éste en el aula, se suman las que Martí deriva de sus copiosas lecturas en la biblioteca del mentor, que en realidad llega a quererle y tratarle como a hijo. Después nos referiremos a la significación concreta de aquel maestro en su genial discípulo.

Éste realiza con brillantes notas sus exámenes en el Instituto de la Habana. Preparado por Mendive, se presentó a oposiciones a diversos premios, ganando los de Aritmética, Gramática Latina y sobre todo, el Primer Premio de Gramática Castellana frente a un rival después ilustre, José Antolín del Cueto, quien muchos años más tarde habría de citar aquella derrota como alto galardón. De la victoria del joven Martí se hicieron eco los periódicos "El Siglo" (junio de 1867) y "El Eco de la Habana" (junio 19 de 1867), para orgullo y satisfacción de sus mayores.

El padre fracasa en un negocio de canteras, como en un leve anticipo de lo funesta que habría de resultar esa mera palabra en la familia; le es negada una capitanía de partido por él solicitada, pero más tarde es nombrado para la celaduría de buques de Batabanó.

....................................

Estalla la Guerra de 1868. Martí manifiesta de modo explícito y radiante sus sentimientos patrióticos. Publica un soneto inspirado de rebeldías, "10 de Octubre", en "El Siboney". Advienen hechos de pugna irreductible entre cubanos y españoles, como los del Teatro "Villanueva" y el tiroteo de los voluntarios al Colegio de Mendive. Fué entonces que se produjo el acto heroico de la madre, "la matrona fuerte", que "a la boca de la muerte" vino a rescatar al hijo de las balas y "del sable del español". Aquel gesto épico de la madre fué recordado siempre por Martí, que lo consagró en unos versos célebres.

Publica "La Patria Libre": en este periódico, ven la luz el poema "Abdala" y un vibrante artículo titulado "La Patria". En "El Diablo Cojuelo" publica irónicas columnas, como las de "Yara o Madrid".

Los trabajos periodísticos de Martí hallan eco hostil en D. Mariano. Sobre todo "Abdala" alarma y enoja grandemente al padre,

que castiga al hijo con dureza. José, fuése en busca de consuelo a casa de Valdés Domínguez.

También el mismo Mendive, sorprendido por la energía patriótica del mozo, trató de modificar o atenuar sus ímpetus rebeldes: tanto que éste sintió por unos momentos entibiársele el afecto admirativo por su padre espiritual:

"Señor Mendive: Yo no sé que un padre generoso tenga que recordar a un hijo que le adora sus deberes. Por eso me asombró tanto su recado, cuando a cada instante daría por Ud. la vida".

Empero, Mendive fué detenido por las autoridades españolas, y entonces Martí, desafiando los peligros y suspicacias de los voluntarios, va a visitarlo a la prisión, y consuela y acompaña con frecuencia a Doña Micaela Nin, la abnegada compañera del preso insigne.

Se acrecen entonces las ideas y actividades revolucionarias de Martí, y el padre, deseoso de frenarlas a tiempo, hace ingresar al mozo en la casa comercial de Don Cristóbal Madan.

Según el Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda, documentado exégeta del Apóstol, mucho antes, en 1866, el padre había empleado al chico de dependiente en una bodega. Aludimos a un pasaje del distinguido martiólatra: "Pepe —piensa el padre...— tiene buena letra, suma y resta bien: nada más indicado, pues —¡ya tiene 13 años, y es tiempo se deje de sueños y haga algo práctico!—, que trabaje en un comercio".

Pero, según parece, fué en el establecimiento de Don Cristóbal Madan donde Martí llegó a trabajar más consistentemente, si bien durante un tiempo comprendido entre seis y ocho meses. Trabajaba intensa y extensamente, entregando a D. Mariano el producto de su tarea diaria. Sin embargo, no por ello se hacía más acreedor a la benevolencia del padre, que le reprimía con acritud su vocación cultural y literaria y que inclusive le castigaba con dureza sus manifestaciones patrióticas. Ya el Grito de Yara había servido de motivo central para desavenencias irremediables. Ahora, el famoso incidente de la tarde del 4 de octubre de 1869, con los voluntarios españoles, exacerba en el padre (español y temeroso de las represalias gubernamentales) la voluntad de sofocar sin contemplaciones en el hijo la vocación separatista.

No tiene siquiera el consuelo de las palabras reconfortantes de Mendive, que en mayo había sido desterrado a España, acusado de infidencia. A su vez, en el hogar, una mayor distancia entre los espíritus se ensancha, como una herida. El adolescente la estima incurable, como su sentimiento de soledad, de desolación, de incomprensión por los demás. Acorralado contra una situación que cree insoluble, escribe a su maestro:

"Trabajo ahora de seis de la mañana a ocho de la noche y gano 4 onzas y media que entrego a mi padre. Éste me hace sufrir cada día más y me ha llegado a lastimar tanto que confieso a Ud. con toda la franqueza ruda que Ud. me conoce, que sólo la esperanza de volver a verle, me ha impedido matarme. La carta de Ud. de ayer me ha salvado. Algún día verá Ud. mi diario, y en él, que no era un arrebato de chiquillo, sino una resolución pesada y medida".

Entre tanta circunstancia sórdida: entre los castigos del padre o la melancólica reserva de la madre y la amenaza brutal de los voluntarios enemigos, sus nervios se resienten, se torna hipersensible y cualquier palabra o gesto lo hiere hasta la médula. Llora quizás a ratos, y se exterioriza entonces en plenitud, con toda su manifestación sintomática, en tal oportunidad propicia, la tipicidad de su temperamento esquizotímico. Sabemos que estos biotipos, según Kretchmer, (a pesar de las variantes que en sus clasificaciones incluye el medio tropical, y de los tipos mixtos harto frecuentes) en general manifiestan una peculiar psicoestesia y estado de ánimo, o proporción psicoestésica, que se traduce en la hiperestesia de individuos comúnmente pálidos, nerviosos, excitables, plenos de vida interior, con frecuencia espiritualistas y aún de tonalidad romántica, como se denota en el adolescente Martí. Su "tempo psíquico" o curva de elasticidad temperamental revela un modo de pensar y sentir proteiforme, y —para decirlo con palabras de Kretchmer— "fino espíritu, capacidad de abstracción, idealismo, serena energía, tenacidad"; por lo que la personalidad martiana puede ser en algún sentido reencontrada entre los grandes "revolucionarios, grandes figuras de inexorable energía sistemática... que a veces coparticipan de un misticismo metafísico". Tampoco sería difícil señalar en la estructura somática de Martí, sobre todo en la de su adolescencia —a pesar de que aún en esa edad el biotipo no está concluso— la condición asténica o, si se quiere, leptosomática. Sigueax le llamaría "tipo cerebral", opuesto al "digestivo", "muscular" y "respiratorio".

Por último, su psicomotilidad se demuestra, sobre todo en esta oportunidad, inadecuada al estímulo: reacciona casi a saltos más allá del hecho originario —el castigo paterno—, sobrepasándolo en su dimensión y grado real. Su "tensión convulsiva" o "delicada susceptibilidad" que dice el investigador de los biotipos, se produce hiperestésicamente, hiperbólicamente si se quiere, frente a la incomprensión, la dureza o la injusticia. Mientras otros muchachos sufren sin gran quebranto los denuestos y castigos de sus mayores, él reacciona en forma desusada ante el maltrato explicable o no del viejo celador. Así le vienen a la mente, a la imagen, casi a la acción, propósitos suicidas, que no habrían tenido justificación en otros tipos de temperamento y de adolescente, pero que en el muchacho José Julián eran harto previsibles. Podríamos, pues, inferir, que el intento suicida comentado se debió, más que al carácter ríspido del padre o a la rudeza hipotéticamente extraordinaria del castigo, a la causa mayor que fué la extrema sensibilidad del artista adolescente, su temperamento susceptible en grado excepcional.

Por otra parte, ante el padre conservador y adusto, y la madre tantas veces silenciosa y ensombrecida por el temor y la miseria, reprime sus sentimientos e ímpetus más generosos y se le frustran los ademanes acariciadores en su primer impulso. Se ahoga con lo ubérrimo de sus emociones reprimidas. Le golpean lo interior del pecho sus apasionados afectos imposibilitados de expresión normal en los familiares íntimos. Se va sintiendo aislado, desterrado en sí, sin

contornos afectivos en el redor. Temperamento extravertido demasiado poderoso, no obstante, es incapaz de introvertirse definitivamente al modo de los caracteres endebles cuando chocan con un medio rudo. Por ello, su desesperación se manifiesta en una rebelión profunda no tanto contra su medio como contra su yo. La auto-destrucción le parece la vía mejor para resolver la contradicción irreductible entre él y su circunstancia externa. En la intención suicida del adolescente Martí, influye, pues, en parte al menos, el medio moral o material donde le tocó vivir, rodeado de pobrezas y miserias que fuerzan a los padres a ser poco afectuosos a veces.

La madre, sensible y fina de espíritu, pero sin preparación cultural; y el padre tosco y hermético, a pesar de su bondad esencial y de su cabal virtud, perfilan el cuadro un tanto sombrío y poco propicio a las exaltaciones imaginativas y emocionales del brillante adolescente, y muy propicio a su depresión espiritual.

Necesitaba con urgencia expandirse en otros espíritus afines, confiarse a ellos, decirles sus sueños y aspiraciones, y que ellos le comprendiesen y animasen, y sobre todo respondiesen a su ternura con la ternura. *Tal deseo se frustró en Martí.* En consecuencia, la tentativa de suicidio en él, evoca en nosotros la necesidad y el deber de eliminar, mediante afectos familiares, los complejos iniciales de los adolescentes allegados a nosotros, en sus primeros impulsos de auto-destrucción. Con amor familiar es cómo mejor se orientan hacia la normalidad y el bien las delicadas reacciones de los adolescentes del tipo martiano, animados de fe y de vagas ideas religiosas, dinamizados por concepciones abstractas o difusas y emociones férvidas a ellas aparejadas. Si, frente a un adolescente de este tipo extremo, se levanta el frío y severidad excesiva de un hogar doloroso, se hace inminente la reacción auto-destructiva. (1).

Ratificando que el único recurso para contrarrestar estos impulsos suicidas es el amor hogareño o de los seres más afines, Martí sintió que se le frustraban esos ímpetus al recibir una carta afectuosa de su padre espiritual —he aquí el amor de familia en su más alta acepción—: su maestro Mendive. El cariño de éste fungió de amor paterno y lo sustituyó en verdad, a fin de impedir el suicidio del hijo. Tal vez sin esta sustitución del padre espiritual en lugar del biológico, el suicidio habría sido inevitable.

De aquí una razón más para aseverar la influencia poderosa de aquel maestro en el discípulo. No sólo contribuyó en el aula y con sus enseñanzas a la integración de la personalidad del alumno, sino que éste llegó inclusive a deberle algo más objetivo y total: la vida. En definitiva, puede una vez más decirse que, al menos en este período crítico, la escuela sustituyó al hogar, el maestro fungió de padre y, padre al fin, le otorgó por segunda vez la vida.

---

(1) "Sólo es de padres la contínua ternura con que ha de irse regando la flor juvenil" (J. M.)

*B) Relaciones espirituales entre maestro y discípulo.* (1)

En términos generales, es dable discurrir sobre las recíprocas influencias de Maestro y alumno. Si bien es cierto que en la generalidad de los casos el mentor influye y determina en la formación espiritual del educando, otorgándole sus propios caracteres cuando no desviando la psique juvenil hasta obligarla a hacerse acorde con las del educador: tal no fué el espectáculo habido en las relaciones de Martí y su Maestro, sino que en realidad existió entre ambos una pulcra afinidad espiritual y armonía creadora perceptible al instante.

La escuela de Mendive fué para el estudiante adolescente un segundo y verdadero hogar, donde encontró muchas de las ternuras, sentimientos afines y de compenetración con el ideal patriótico, en varia ocasión negados en el hogar paterno. La escuela de Mendive fué el complemento de ese hogar, cuando no su válido sustituto.

No se crea, como aducen algunos biógrafos, que Mendive le moldeó la mente a Martí. Éste, a la inversa, no hizo más que afirmar y desarrollar sus cualidades cerca del buen Maestro. Tal vez, si no se hubiera relacionado con Mendive en aquella escuela casi hogareña, las aptitudes y directrices fundamentales del Apóstol no se habrían desarrollado, habrían permanecido estacionarias e infecundas o, por lo menos, sin aquel sumo dinamismo iluminador y creador de raíces de sus años maduros.

Es por ello viable afirmar que, en todo caso, Mendive contribuyó al fortalecimiento y proyección práctica o activa de las potencias espirituales martienses, que sólo esperaban el contacto estimulador del maestro ejemplar para descubrirse a sí mismas y darse enteras a la gran obra unánime de la educación y reinvindicación de un pueblo. La personalidad martiense existía ya en sus aristas raigales, antes de crecer y medrar a la sombra generosa de su maestro. Éste no hizo más que darle el estímulo, el abono, la humedad de espíritu, el calor y luz de la palabra vigilante, en cuyo ambiente hubo de producirse el saludable despertar de un espíritu superior.

El propio Martí lo dice (Cita del Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda):

"Yo nací de mi mismo y de mí mismo brotó a mis ojos, que lo calentaban como soles, el árbol del mundo. Ahora cuando los hombres nacen, están en pie junto a su cuna, con grandes y fuertes vendas preparadas en las manos, la filosofía, las religiones, los sistemas políticos. Y lo atan y lo enfajan y el hombre es ya por toda su vida en la tierra un caballo embridado. Yo soy caballo sin silla. De nadie recibo ley, ni intento imponerla. Me salvo de los hombres y les salvo a ellos de mí. Venzo a la preocupación, que viene de afuera y la ambición que viene de adentro".

(1) No establezco la distinción filosófica entre alumno y discípulo, que observa el Dr. P. N. González Veranes.

*C) Maestro y discípulo: ambos, patriotas y poetas. Armonía fecunda.*

Mendive no sólo influyó en el enaltecimiento espiritual del adolescente como maestro, sino por afinidades mutuas, pues Mendive era también patriota y poeta.

Como patriota, Mendive ratificó los sentimientos libertadores del muchacho, incitándole a superior actividad y esclarecimiento. Como poeta, el temperamento fino y delicado a la vez que virilmente enérgico de Mendive, constituyó un estímulo superior para el espíritu soñador, idealista y diáfano del discípulo; estableciéndose entre ambos una profunda armonía, en la cual no había relación de causalidad o de imposición del Maestro sobre el discípulo, sino más bien una perfecta sintonización de ondas psíquicas.

Es ya todo un símbolo la circunstancia de que en 1853 (año del nacimiento de Martí), Mendive publicara en la Revista de La Habana sus primeras poesías patrióticas y rebeldes. Del mismo modo, el maestro Mendive poseyó en grado sumo, como lo poseía el discípulo y hubo de poseerlo con carácter cimero el Apóstol revolucionario, un cabal sentido de simpatía hacia los "pobres de la tierra", con peculiaridad los niños menesterosos.

No obstante las precedentes observaciones, reconocemos que tal vez hemos teorizado en demasía sobre la existencia de una semejanza global entre la mentalidad de Mendive y la de su alumno, como causa de que en Martí no se creasen ni deformasen cualidades *en* la escuela, sino de que en ella se ratificasen y desarrollasen. Sin embargo, tal vez no huelguen del todo la hipótesis y las observaciones.

Quizás tal armonía se debió en forma capital a la fina percepción psicológica con que todo maestro de la calidad de Mendive se percata de la fisonomía y dirección general del espíritu adolescente, a fin de estimularle y acrecerle su personalidad, nunca para mistificarla o torcerla hacia otros rumbos, aunque éstos sean estimados excelentes por el educador, pues "ser maestro es ser guía —ha dicho óptimamente el Dr. Arístides Sosa de Quesada—, es hacerse cauce de la torrentera, es canalizar los ímpetus de la infancia o de la adolescencia". Mendive percibió, con claridad intuitiva de buen maestro, hacia qué nortes concretos se polarizaba, perfilándose, la personalidad del alumno Martí. Anticipándose a las corrientes pedagógicas modernas, no hizo más que adaptar su capacidad a los rasgos y moldes específicos otorgados por la psique del educando, a fin de ser el propio maestro el amoldado y orientado por las cualidades capitales del discípulo y así favorecer el auge de éstas, su proceso alumbrador y actividad liberadora. Mendive actuó, más que como maestro, como padre verdadero. (1). Después de todo, tal vez hayamos incurrido en una redundancia, sobre todo, si pensamos que en todo padre cabal debe haber algo de maestro en funciones y que en todo maestro genuino existe una vibrante e indeclinable raíz paternal. De todos modos es notorio que Martí fué, en la casa de Mendive, más que el discípulo, un familiar, un hijo casi. Del mismo modo, el ambiente característico, transido de alta espiritualidad y cultura de la casa de Men-

(1) Para Martí, el maestro es "padre de hombres, que goza en sacar vuelo a las alas del alma".

dive, contribuyó a estimular y acendrar las dotes artísticas del mozo. En aquella casa celebraban tertulias animadísimas hombres connotados por sus prestigios en las letras, las ciencias y las artes, o por su nombradía patriótica, moral o social. En esa atmósfera de lucidez y finuras culturales, como en medio propio respiró y se nutrió el temperamento de Martí. Mendive, sabiéndole alma afín, le dictaba páginas selectas y sus versos mejores, en los cuales el maestro pulsaba (en tono armonizado con el tono espiritual de Martí) aquellos motivos que mejor resonancia habrían de tener en la sensibilidad y previa simpatía del discípulo.

Es así cómo Mendive cantaba la naturaleza, el amor, la confraternidad humana, motivos espirituales misteriosos y más de una vez románticos, a Dios y la devoción divina.

Esta creciente afinidad de maestro y discípulo, aumenta en proporción directa a la también creciente disparidad entre Martí y su padre, y entre éste y el Maestro. Tanto más se refugia Martí en Mendive, en cuanto el padre se muestra indiferente u hostil a su vocación artística y revolucionaria. Tanto más va a buscar hogar en su escuela, en cuanto en el propio hogar hay más rigidez de escuela tradicional que de regazo amoroso y comprensivo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El padre insta al hijo a abandonar sus sueños de cultura y de libertad, a fin de que se ciña a labores prácticas productoras del pan cotidiano.

Se hacen ásperas las relaciones entre la aspiración espiritual del hijo y la preocupación material del padre. Mendive ofrece subvencionar los estudios de Martí y su sustento. Al cabo de largas dudas y discusiones, el padre accede y Mendive obtiene, del Director del Instituto de Segunda Enseñanza, el ingreso de Martí en el plantel referido, tras brillantes exámenes. La madre de Martí se sintió halagada con los triunfos intelectuales del hijo, y el padre más dispuesto a ceder en las aspiraciones de éste. Es así cómo Mendive, no sólo con su aporte espiritual, sino con el económico mismo, contribuyó a que Martí tomara la senda a que estaba destinado.

Cualidad fundamental del carácter de Mendive, coincidente con una de las aristas más evidentes en Martí, fué la armonía inicial al menos, a pesar de sus ulteriores dubitaciones— entre sus palabras y sus actos, entre su prédica cívica y moral en la escuela y su conducta impecable y enaltecedora en la vida cotidiana y pública.

Esta circunstancia contribuyó a la devoción que los discípulos todos profesaban al maestro ejemplar. Martí fué sin duda el más devoto de los alumnos. Más que como efecto, como coincidencia, revélase significativo el hecho de que Martí, maestro de todo un pueblo, se hizo acreedor en grado sumo a la devoción de éste, entre otras razones por la de su austeridad y pulcritud, por la de una perfecta coincidencia entre su catequesis ciudadana y su comportamiento de patriota, entre su ideario humanísimo y su actividad de hombre universal.

No se crea, sin embargo, dado el anterior bosquejo de la espiritualidad de Mendive, que éste haya sido un espécimen idealístico de hombre ilusorio o soñador, sin ningún vínculo fecundo con la reali-

dad de las cosas o del mundo. Todo lo contrario, y a pesar del ambiente romántico de sus versos, de sus páginas en prosa y de sus mismos principios patrióticos, Mendive supo dar a sus ideas y a su conducta una envidiable solidez práctica y objetiva, tal como hubo de suceder más tarde en aquella milagrosa síntesis de espíritu y mundo que fué José Martí; si bien debemos apuntar que en Martí fué mayor la consistencia del ideal independentista, pues todos conocemos las desilusiones y los desfallecimientos que los años trajeron al educador, mientras los años sólo consiguieron afianzar y ahondar en su educando las raíces revolucionarias y libertadoras.

*D) Ideas pedagógicas de Mendive.*

Para ratificar el carácter práctico adjunto a la espiritualidad de Mendive, transcribiremos algunos de sus pensamientos más significativos:

"No haya temor de que para expresar mi pensamiento ponga en juego los gastados resortes de que por desgracia se hace uso con tanta frecuencia, aún tratándose de cosas tan serias como lo es la educación; semejantes medios podrán servir de aparente justificación a los que, educados en el repugnante tráfico de la lisonja, se complacen en hacer gala de una conducta que contrasta lastimosamente con los resultados prácticos de sus vidas como maestros y educadores... Convencido como estoy de que el espíritu de la época, por más que otra cosa se diga, es eminentemente práctico, habré de procurar cuanto en mis fuerzas esté, imprimir en la enseñanza que haya de darse a los niños que vengan a recibirla, un carácter diametralmente opuesto".

Al igual que los pedagogos contemporáneos, Mendive tuvo como maestro de escuela la preocupación que Martí poseyó como maestro de pueblos: hacer de la educación, de la enseñanza y de la prédica (desde la cátedra del aula, desde la cátedra de la tribuna o de la columna periodística) un medio activo para mejorar en lo espiritual y en lo material las clases populares, objeto éstas, y en lo principal el niño pobre, de la preocupación solícita del maestro de escuela y del maestro de continentes.

Mendive consideró, en relación con las clases humildes, que:

"Todo el bien que se hace a esa clase es un deber y no una concesión". "Cuando se piensa que todo lo que sea alejarla de los centros de degradación en que se ve sumida, es atraerla a la ilustración, al progreso, a la luz, al movimiento, para colocarla a nuestra propia altura, entonces no es posible desmayar en la tarea, porque fuera hacer *traición a las más íntimas convicciones*".

De ahí que el mayor esfuerzo de Mendive como maestro sea, tras la mesa de pino de la escuela (y también el de Martí sobre el pedestal educador de su tribuna) eliminar del niño y del hombre maduro "todas las sospechas y aún todo el odio de que se halla poseído, merced a los ejemplos de caridad, mansedumbre, de amor, que envueltos en el saludable manjar de la enseñanza podamos proporcionarle, con

el objeto de que ese niño, ese hombre, al volver al seno de la patria con toda capacidad de espíritu y de materia, pueda ser, a su vez, no una sombra que lo ofusque sino una estrella que lo ilumine".

Y Martí ratifica:

"Pero a esto viene la piedad social y el interés social...: a poner brazos largos a los que los traen cortos; a igualar las probabilidades de esfuerzos de los hombres escasamente dotados; a suplir el genio con la educación". "Y como no hay nada más temible que los apetitos y las cóleras de los ignorantes; como en ejército de fieras de los bosques quedan trocadas, cuando pierden el miedo que las enfrena, las grandes masas adoloridas, ineducadas, envidiosas y deseadoras de las grandes ciudades, es consejo de higiene nacional, y elemental precaución pública, sobre ser dulcísima obra que consuela y engrandece al que la hace, y suaviza y eleva al que la recibe, promover y por todas las vías auxiliar una verdadera, útil, aplicable educación pública".

.....................................

De más está decir que todo este concepto de la moral, de la justicia y del bien, estaba vinculado, para Mendive (maestro) como para Martí (discípulo, y maestro luego), con un íntimo y acendrado espíritu de religiosidad, de creencia en la divinidad, que ningún nexo tenía con el fanatismo desorientador ni con una fe ciega e incondicional, dados los fundamentos racionales que Mendive y Martí inspiraron a sus intuiciones religiosas. Si Mendive aspiró a educar a los niños a través de una influencia religiosa viabilizadora de su buena conducta como estudiante y de la mejor asimilación de sus enseñanzas escolares y éticas, es notorio que Martí, en su labor educadora de pueblos y de continentes, también dió superior dinamismo religioso y cristiano a sus enseñanzas de civilidad, de americanismo, de hombredad en su sentido unánime en el espacio y en el tiempo. Si Mendive pensó, para mejor llegar con sus enseñanzas al espíritu del niño, "antes que todo formar corazones religiosos, por ser esto, en mi concepto, la base de todo progreso moral";

Martí pensó también en Dios como sumo animador de la bondad humana en sentido absoluto, afirmando que la idea de Dios coincide con la idea del Bien. Y así como Mendive enseñó a los alumnos de su escuela a condicionar y limitar su fe con el conocimiento científico, oponiendo

"al fanatismo el libre uso de la razón, único medio de llegar a la verdad sin violentar de un modo lamentable la inteligencia del niño en su natural desarrollo";

también Martí enseñó a los hombres de todas las escuelas y de todas las doctrinas a fundar sus convicciones en la razón y en la objetividad de las cosas inteligibles o demostrables. Recordemos su insistencia en la creación de una enseñanza práctica y científica, así como su famosa pugna con la Iglesia intolerante, en defensa de una religiosidad inteligente y de acuerdo con los imperativos de los tiempos nuevos, tal como se evidenció en su defensa del sacerdote socialista y un tanto libre pensador, Rev. Padre Mac Glyn. Él lo dijo: la

fe "debe ser de tal manera amoldada a la inteligencia, que sea razonable; y cuanto pretende hablar en nombre de Dios, ha de traer de la razón sus credenciales".

En suma, tanto Mendive como Martí parecieron anticiparse a "un Nuevo Humanismo en un régimen de masas como propósito educativo", hoy propugnado por Bartolomé Oliver: esta novísima "teoría pedagógica, apuntalada en el descubrimiento de "la realidad con que hay que contar", sabrá poner en función de esta misma realidad los valores, hábitos, convicciones, creencias e ideas que configuran nuestra personalidad. Tratará de despertar la sensibilidad espiritual, la energía moral, la conciencia social en términos de "elevación y distancia". Se comprometerá a poner el valor del saber y de la cultura, no tanto en sus resultados como en su espíritu y su método: desear la ciencia y la cultura, más que como índice de hechos, como estimulantes de potenciales y de energía creadora capaz de dejar huella y rastro perdurables de su acción".

.....................................

Por otra parte, Mendive dió a sus discípulos, en particular a Martí, el ejemplo más alto e incitador a la emulación: el de su propio holocausto a sus ideas morales y patrióticas, a pesar de sus ulteriores dudas y desilusiones.

Don Rafael María Mendive, como dijimos en páginas anteriores, fué hecho prisionero a causa de los acontecimientos habidos en el Teatro de Villanueva en enero 22 de 1869; acusado de infidente, fué desterrado a España en mayo del año referido, y en abril del mismo sus bienes le fueron embargados. La parábola de luz comenzada en la escuela, se cerraba ante los ojos devotos del discípulo en una óptima lección de sacrificio Esa enseñanza de abnegación hubo de ser reeditada, sobre páginas sumas y legendarias, por el propio Martí.

Según antes apuntamos, el 10 de octubre de 1868 Carlos Manuel de Céspedes y otros patriotas cubanos habían hecho resonar en los ámbitos de la Demajagua la clarinada insurrecta: una gran vibración de rebeldía recorrió la Isla y prendió sus ardores en el corazón de los cubanos, de los jóvenes sobre todo. Una vez más en tránsito del hogar a la escuela, es decir, del ambiente misoneísta a los anhelos radicales de independencia, Martí hubo de confrontar la antítesis del padre conservador y el maestro afín a sus ideas. "El Grito de Yara" fijó, pues, un punto de coincidencia creadora entre el maestro Mendive y el discípulo Martí, si bien tal vez no lo hizo el Zanjón...

## Capítulo V

## SUEÑOS DE ADOLESCENTE

Rasgo característico del psiquismo superior del adolescente Martí, fué sin duda la temprana capacidad de expresión poética, literaria y periodística. Cartas, versos, páginas nos quedan de aquella edad suya que nos maravillan por la pureza de su lenguaje, la elegancia y belleza de su estilo y la brillantez auroral de su elocución.

Momento culminante de su inicial vida literaria, como anotamos ya en capítulo precedente, fué su colaboración (coadyuvada por el amigo fraterno Valdés Domínguez) en el periódico humorístico "El Diablo Cojuelo", que se imprimía en los talleres del "Iris", Obispo 20 y 22, y que fué por primera vez publicado el 19 de enero de 1869. Martí escribía el artículo de fondo y eran colaboradores el Dr. Joaquín Núñez de Castro, Antonio Carrillo y otros patriotas notables.

Poco después, Martí publicó otro periódico, "La Patria Libre", que contrastaba con el anterior por la superior calidad, seriedad y médula, y donde salió publicado el vibrante poema dramático "ABDALA", que definía sus ideas políticas y esbozaba un indirecto pero inconcuso llamamiento a los sentimientos patrióticos del pueblo cubano.

Como dijimos en otra oportunidad, las cualidades épicas, ejemplares y limpias del abnegado Abdala, no son más que fiel trasunto de la conciencia que el adolescente poseía de la calidad y norte de sus sueños liberadores y humanísimos.

Martí expresaba en forma simbólica su rebeldía, su protesta, como antes dijimos. No sólo era "la incomprensión de los adultos" de la casa la que motivaba su inconformidad, sino también la "tiranía y despotismo" de los adultos del gran hogar estatal, vale decir, de los gobernantes españoles, para quienes los cubanos eran de espíritu imberbe en el orden político, adolescentes todavía. Por lo menos y con el fin de gozar mejor de los privilegios abusivos de la colonia, los magnates políticos de allende y aquende el mar Atlántico fingían creer en la insuficiencia moral y material de los cubanos para ser libres y aún para gozar de simple autonomía. Había una cierta circunstancia paralela entre la adolescencia de Martí como causa posible de la subestimación indudable a que eran sometidos en su hogar sus pensamientos liberadores y literarios, y la juventud de la nacionalidad cubana tomada como pretexto por la metrópoli para juzgar a Cuba "inmadura" para la libertad. Se equivocaban las auto-

ridades españolas en relación con la insuficiencia cubana, pues ya la conciencia nacional se había gestado poderosamente, sobre todo con motivo de la guerra del 1868, por lo que en puridad de verdad era el nuestro un "pueblo precoz", un pueblo alerta, con indubitada personalidad propia y sentido entrañable de la misma, peculiarmente si se le comparaba con tantas otras regiones atrasadas de América; y de modo análogo Martí no era un "muchacho" corriente como todos los demás y como sus padres creían al principio, sino que su personalidad estaba ya en plena formación en varios respectos, manifestándose por lo menos en el orden artístico como el típico —y a la vez excepcional— "adolescente precoz".

Su precocidad artística le permite traducir a producción estética sus "ensueños"; y, a la vez, sus ensueños tienen mucho de ese carácter "contrariante" que ciertos tratadistas encuentran en las reacciones del niño y el adolescente cuando éstos afrontan una situación ingrata. En Martí se conjugan en cierto modo el "contrariante" y el "soñador", pues su ensueño no es tan vago, difluyente e irreal como en otros sujetos de su edad —particularmente los "introvertidos"— sino que tiene fundamento más o menos realista, en viva función de los sentidos y del poder razonador.

Su ensueño tiene siempre un pie sobre el mundo circundante, y del contacto con la tierra se alimenta, en función viva con su espacio y sobre todo con su tiempo. Ante el doble y en esencia único espectáculo del exiguo amor en el Hogar y la injusticia en el Estado, su espíritu choca con el medio hostil y se le hace "contrariante"; y es precisamente el "ensueño" el medio e instrumento de contradecir y superar la circunstancia adversa El "ensueño" es entonces el arma del rebelde en formación progresiva. Su "ensueño" es el presagio del machete mambí.

Como enunciamos en el Capítulo IV, el biotipo martiense es incluído entre los esquizotímicos. Y es en el temperamento esquizoideo donde se produce con preferencia el "ensueño" como manifestación de adolescencia, según Aníbal Ponce, lo que viene a ratificar ante nuestra tesis la condición de Martí como genuino "soñador", si bien sus sueños distan de ser lo difusos que quisieran sus panegiristas místicos, para asumir en cambio contornos harto afines con lo fáctico, ya en la edad adolescente. En la madurez martiana, el sueño tiene un matiz definidamente social y revolucionario. El sueño le persiste, pero con sangrante raíz en el subsuelo. Tiende a poner puentes para la marcha humana hacia un mundo mejor, no por ideal menos factible. El mundo marcha hoy hacia mundos parecidos a los que él soñó en su madurez. Por lo menos, no los hemos vivido todavía: son tierras de promisión —en términos seglares, de justicia social y libertad— que él presintió pero que aún no hemos palpado. Empero, lucen con nitidez en las perspectivas de las cosas futuras. No se las puede llamar "ensueños", sino "porvenir mediato", que es ya el tránsito visible entre el sueño y la realización vigente. Por ello el de la madurez martiana, a pesar de tener resonancia y raíz de adolescencia, como casi todos los sueños, tuvo un vivo comercio con las innegabilidades de la realidad, presente o futura. Él dió a la tierra sus

esperanzas y esfuerzos de esclarecimiento, de mayor número de soles, de dignificación integral; la tierra le otorgó una como transfusión de sangre hermana, de palabra puntual, de visión profética. Capitán de las proas y los astros, supo conducir a puerto su navío sin perderse un solo guiño de las estrellas. Las contó una a una, no desvaneciendo la mirada en el cielo vacío, sino mirándolas reflejarse en aquellas aguas mismas donde practicaba sondeos y medidas acuciosas.

La capacidad de ensueño propia del adolescente, le perdura en lo hondo y críptico de su subconsciencia en forma virtual, aún en la plena madurez. A modo de íntima resurrección de luces aparentemente extinguidas, los "ensueños" a veces surgen y deambulan por su emoción y sus ideas, por sus poesías y trabajos artísticos sobre todo. También nos dan la vibración de su pulso secreto y cálido, cuando habla de la patria, de la libertad, de la justicia. Pero ya entonces en realidad no se llaman "ensueños". Se llaman profecías.

Hacia la realización o viabilización al menos de éstas, se lanzó desde temprano con obstinación de obseso, con prisas de fiebre, como si conociera a cabalidad el poco tiempo que su vida le depararía para realizarlas; porque "duran pocos los cuerpos en que se alojan las estrellas —dijo—; porque la grandeza, luz para los que la contemplan, es horno encendido para quien la lleva, de cuyo fuego muere".

## Capítulo VI

# EL PRESIDIO POLITICO Y EL SENTIMIENTO SOCIAL DE LA ADOLESCENCIA

A) Inicio del apostolado.

B) Martirologio.

C) En "El Presidio Político" se revelan las directrices fundamentales de su vida.

D) El Presidio: escuela de dolor. "Esta es una fea escuela".

### *A) Inicio del apostolado:*

El 4 de octubre de 1869, dió comienzo a una etapa culminante de la adolescencia de Martí. En ese día celebraban los españoles una fastuosa revista militar. Terminado el evento, una parte de aquélla pasó ante la ventana donde conversaban y reían, sobre motivos diversos, Martí, los Valdés Domínguez, Manuel Sellén, Santiago Balbín y Atanasio Fortier. Los suspicaces soldados creyeron que las risas eran de burla contra ellos, y, conocedores de las simpatías de los jóvenes por la causa revolucionaria, provocaron un grave altercado y más tarde forzaron un registro con el objeto de encontrar documentos que facilitaran violentas represalias. En la mesa de estudio de Fermín Valdés Domínguez y Martí, hallaron panfletos revolucionarios, así como la copia de la carta que ambos amigos dirigían a un compañero indigno de serlo por su traición a la causa cubana: Carlos Castro y de Castro. La carta decía al joven adicto a la Metrópoli:

"Sr. Carlos de Castro y de Castro.

Compañero: ¿Nos has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú, como se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del Sr. Rafael María Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta".

Firmaban:

José Martí, Fermín Valdés Domínguez.

La carta y los demás documentos comprometedores fueron esgrimidos por los españoles, quienes exigían el encarcelamiento de am-

bos amigos, así como de Balbín, Sellén y Fortier, acusados de infidencia.

Poco después, Fortier recobró la libertad; no así los demás presos, cuya situación se complicó de manera grave.

Con motivo de su prisión, Martí demostró, no obstante su juvenil edad, un valor personal, un aplomo de espíritu, una pasmosa conciencia de sí y de su situación, una cabal percepción de su misión ciudadana y de las circunstancias del ambiente, que pronto habrían de asombrar a sus propios adversarios.

Pero cuando fué perfecta esa comprensión de la situación en que se hallaba y de cuáles eran sus circunstancias morales y materiales frente a sus implacables enemigos; cuando su valentía física y espiritual arribó a calidades insólitas, sobre todo si se tiene en cuenta lo juvenil de sus años, fué durante el famoso proceso que culminó en Consejo de Guerra, celebrado el 4 de marzo de 1870, contra los jóvenes patriotas y no menos monstruoso que aquel otro de qué fué digno precursor: el proceso que causó la muerte de 8 estudiantes en el 1871. Durante aquél se evidenció el propósito de condenar con preferencia a Martí y a Valdés Domínguez.

Martí fué especial objeto de la sevicia pseudo-legal de los opresores del país, contradiciéndose éstos impúdicamente en sus alegatos y razones jurídicas, en su objeto de hacer recaer en el joven Apóstol la penalidad más dura. Fué así cómo en Valdés Domínguez, su edad sirvió para atenuar la pena de seis meses de prisión, mientras José Martí que era más joven que su amigo, fué víctima de la condena arbitraria de seis años de presidio.

Durante el juicio, se suscitó ante los jueces asombrados una escena sorprendente, en la cual ambos amigos acusados, Fermín y José, reclamaban cada uno para sí el honor mortal, o por lo menos erizado de peligros, de haber escrito la célebre carta al compañero apóstata. Fermín asevera que él es el autor de la carta y que Martí es inocente. Martí se levanta con vibrante impulso, afirma la inocencia completa de Fermín y se acusa a sí mismo como el autor único del histórico documento. Al mismo tiempo, ante los jueces irritados y perplejos, pronunció un valeroso y caústico discurso, señalando y denunciando con pasmosa valentía e impavidez los errores, crímenes y aberraciones de la Metrópoli.

*B) Martirologio.*

Fué conducido al Presidio a cumplir la condena monstruosa, en 21 de marzo de 1870.

Después, en un hacinamiento de hombres, de adolescentes y aún de niños, de criminales empedernidos y prisioneros políticos y sociales, vivió los momentos culminantes y decisivos de su adolescencia, tal como se revela en el trágico y hermoso relato de su "Presidio Político", que señala el comienzo decisivo y más rotundo de su gran misión social y humana.

Vestido con el tosco uniforme de presidiario, rapados los cabellos, pendiente la cadena nefasta de la cintura, y el grillete clavado con llagas a su pie derecho, el adolescente empieza ya, cuando otros jóvenes apenas si sienten otra preocupación que la de los placeres, fiestas y goces sensuales, a sufrir como hombre maduro los pesares todos de un pueblo y a saberse, con mayor o menor consciencia, centro vital de su redención futura.

Las cadenas dejan en su pierna y en su tobillo cicatrices perdurables; en la región sexual, un penoso sarcocele.

Fichado con el número 113 de la Primera Brigada de Blancos, el precoz Apóstol y ya incipiente mártir marcha con la teoría trágica de los penados hacia el infierno (más que medioeval, cavernario) que eran las canteras de San Lázaro.

Quien posea fortaleza bastante en su corazón para contemplar, a través del cristal fidelísimo de unas páginas acusatorias, todo lo que hay de horror en la maldad humana, todo lo que hay de crimen y de oprobio en una tiranía, todo lo que hay de regresión brutal en una Metrópoli obtusa: que lea, si puede con los ojos desiertos de llamaradas y lágrimas, las dolientes, las magistralmente desordenadas e hipnóticas, las caóticamente alumbradoras clásulas del "Presidio Político".

¿A qué repetir la expresión de dolor del adolescente más que por la tortura de la propia carne, por el desgarramiento sangrante de toda su patria; y aún más que por el martirio de su patria cubana específica, por lo que tal vergüenza sangrante de las canteras significaba para la humillación de la dignidad humana en su más universal sentido?

Ya otros historiadores y biógrafos se han detenido en el análisis minucioso del "Presidio Político". Nosotros, ante la descripción martiana, soberbia y dolorosa, más que las torturas que se hacía sufrir al hacinamiento de niños y ancianos, criminales vulgares y condenados políticos, nos limitaremos a señalar el extraño valor personal y la serenidad insólita en un adolescente con que éste afrontó la situación nueva: su amor universalista, inspirado de ideas metafísicas, teológicas a veces, teosóficas las más, cuando no reminiscencias de doctrinas brahmánicas o hindúes; y sobre todo su preocupación generosa y altruísta por el dolor de los otros más que por el propio, creando así un paso previo e ineludible para su posterior entrega activa a la causa del dolor de los postergados y de los humildes, de los oprimidos y de los "pobres de la tierra".

### *C) En "El Presidio Político" se revelan las directrices fundamentales de su vida.*

En una temprana edad, cuando las cosas tienden a ser contempladas en un aspecto específico y personalista, Martí percibe todo aquel suplicio de su carne y de su espíritu desde un punto de vista ecuménico y humanitario, muchas veces desde una perspectiva tan

universal que linda en lo cósmico: o bien, si se quiere, con una proyección de franco sentido panenteísta y panteísta.

En una edad de concreciones egocéntricas, el Apóstol supo afrontar la vida y sus miserias "sub-specie aeternitatis", con una percepción metafísica inclusive, cuando no religiosa, de los hechos específicos a los cuales se engarfiaban con dolor nervios y venas.

En esa apasionada proyección patriótica de Martí en su pueblo, existía algo de la "participation mystique" de que nos habla Lévy Bruhl.

"El Presidio Político" contiene, pues, directrices fundamentales del alma del Apóstol, que más tarde habrían de prolongarse y acrecerse a través de su vida en pleno. Podemos suponer que el "Presidio Político" orientó la dirección nacionalista, patriótica, sentimentalmente política e independentista del Apóstol.

Es preciso poner de relieve la circunstancia de que todos aquellos dolores físicos y morales sufridos por el ser individual de Martí, no pudieron (pese a las características un tanto intuitivas, sensuales y egoístas de la edad), afectar lo que en el alterador había de humanidad integral y eterna. Es decir, Martí, hombre unánime ya en la edad de las reacciones específicas o a lo más difusas, no supo odiar a los que le maltrataban la carne y el alma, pues que tal odio contra sus torturadores habría sido una reacción del individuo amenazado en sus instintos de conservación; sino que, reteniendo un sincero y unánime amor a la humanidad (a la cual, aunque no lo merecieran, pertenecían sus inquisidores), nacióle en lo más alto del corazón un odio fecundo y creador a la injusticia y a la maldad como valores negativos y universales.

Es así cómo, desde sus días juveniles, supo amar la equidad más que a los propios seres buenos y en consecuencia más aún que a aquellos seres que eran buenos con él (de ahí que subordinara a los seres queridos a la lucha por el triunfo del bien); y supo con validez odiar la maldad y el error más que a los propios agentes de la injusticia o la mentira, a quienes compadeció como a enfermos irresponsables, aunque éstos mismos fuesen los autores de sus llagas y cicatrices. Es así que el *Presidio* le conmueve hasta los más profundos subsuelos de su espíritu, afirmándole con raíz de dolor sobre la tierra trágica, iluminándole con su sombra y con su obscura sangre.

Se le abren los aterrados ojos comprensivos sobre la realidad viviente, la vida le entrega sus médulas más profundas. El mundo es visto entonces a través de las rejas y barrotes de su cárcel, como encuadrado por la más verídica red de meridianos y paralelos: aquella red de entrecruzadas líneas irrompibles que son la ambición de los hombres y las implacables ansias de explotación y poder de los hombres peores. Y a través de la ruptura de sus rejas, de las rejas todas de la Metrópoli mediante una lucha liberadora, aspiró a salvar al mundo y a Cuba de todas las redes opresoras o en pugna con la integral dignidad humana.

*D) El Presidio: escuela de dolor. "Esta es una fea escuela"* (carta a la madre).

Peculiarmente, se vió a sí mismo como personificación (dualidad muy frecuente en la adolescencia) de la patria sojuzgada y del futuro liberador de la misma. Se sentía (soñaba) héroe rescatador del pueblo, y el pueblo mismo en rebeldía. El cuerpo sufridor (representativo del de todo un país explotado) se le hace magro y ligero, a la vez que su espíritu (significativo de toda el alma nacional, unida y fuerte en su rebelión) se le vigoriza y esclarece. El dolor físico le es motivo de afirmación espiritual, y es así que, al saberse mejor por la pena, goza con su sufrir y ama la amargura propia. (1). Como si fuese objeto de una revelación divina, se olvida de su cuerpo y se da entero y gozoso, tal un predestinado bíblico, a la causa de todos, a la causa inclusive de la reivindicación material de todos, que es por su universalidad y por su sentido moral y justiciero la más espiritual de las causas.

La afrenta a algunos cubanos le parece una afrenta a la Humanidad, al Hombre, es decir, a su Creador mismo: Dios. Por ello, no tanto en representación de los cubanos como de la humanidad: no tanto en representación de la Humanidad como de los valores morales y eternos del Hombre: no tanto en representación del Hombre como de Dios, se yergue contra la maldad significativa de valor negativo universal, contra los hombres malos e injustos, contra sus exponentes los gobernantes españoles típicos. Va del todo a la parte, en clinamen deductivo, y no viceversa. Mientras otros son los que, escarmentados por su egóista sufrimiento, amplían a normas genéricas su odio por los torturadores individuales, trocándolo por inducción agrandadora en odio general a los hombres injustos y a la injusticia en sí; en cambio Martí, como si obrara a través del newtoniano *sensorium Dei,* combate el coloniaje español, no como respuesta personal a los dolores personales experimentados, sino por saberlo contrario a los principios del Bien Supremo y a los designios de Dios.

Si antes había sufrido acerbamente ante el espectáculo del dolor ajeno, de la injusticia sufrida por el prójimo, de los alaridos exhalados por el negro a quien vió crisparse de angustia en el "boca-abajo" de Hanábana, ahora experimenta en carne propia el zarpazo de la opresión despótica. Ve que, en lo profundo del dolor y de la humallación, se vincula fraternalmente con el negro esclavo que gime bajo el látigo del mayoral, él que deja girones de su piel en el palo del guardián feroz o en el grillete iluminado por su sangre. Aquel dolor sin medidas le dejó llagas sombrías en sus tobillos, y también en su espíritu nuevas llagas sangradoras de luz, cicatrices de voz nunca restañada, estrellas de bordes siempre húmedos. Aquellas heridas en el cuerpo y en el espíritu no sirvieron para alentar odios hacia ciertos hombres culpables, sino para avivar el amor a la razón y a la justicia; en todo caso, para estimular la "santa indignación" que la tor-

---

(1) "Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, la única verdadera".
"El sufrimiento tiene sus goces".

peza y la maldad provocan. De todos modos, fueron huellas que ni el polvo del camino ni las aguas de las vivencias nuevas pudieron borrar jamás. El mismo dijo de las páginas de su "Presidio Político": "Dolor infinito debía ser el único nombre de estas páginas.

Dolor infinito, porque el dolor del presidio es el más crudo, el más devastador de los dolores, el que mata la inteligencia, y seca el alma, y deja en ella *huellas que no se borrarán jamás"*....

Por ello pudo explicar Enrique José Varona:

"El niño se hizo hombre en el dolor inmerecido y en la ignominia injusta, y el hombre comprendió su vocación irrevocable y se sintió profeta... Su espíritu entra desde entonces en ebullición, desde entonces comienza su labor perenne, su incesante actividad, el batallar que no habría de encontrar descanso hasta la hora suprema de la final y gloriosa batalla".

## ISLA DE PINOS

El adolescente Martí fué en definitiva indultado de los seis años de prisión, siendo transferido a la Isla de Pinos. Esta conmutación de la pena se debió a Don José María Sardá y Gironella, "al que Hernández Catá —citamos palabras del Dr. Waldo Medina— no por mero elogio lírico atribuyó el singular título de ser "el primer español, después de su padre, a quien Martí debía verdaderamente gratitud", y además la vida— —añadimos nosotros—, pues poca distancia había entre el Presidio Político y la huesa. Y el Dr. Medina continúa aludiendo a "aquel Don José María Sardá, que obtuvo el indulto del Apóstol y su destierro a la Isla de Pinos, donde le recogió y albergó en su hogar... y como si no fuese bastante limpio ejercicio de bondad, consiguió el perdón total de esa pena a base de que el joven desterrado fijara su residencia en Madrid... Fué sin duda muy comprometida la conducta de Sardá al gestionar y obtener tan señalado beneficio para el criollo revoltoso; ocupaba lucrativa y privilegiada posición como contratista de obras de importancia de un gobierno intolerante y en guerra cruel con el nativo". Y, por último, refiriéndose al ambiente que pudiéramos llamar social que rodeaba al viejo Sardá, el Dr. Medina expresa que "a la finca El Abra —opulenta colmena de laboreo por esclavos— llegaban a menudo generales, tenientes gobernadores, oidores y altos funcionarios de la inquieta colonia, para pasar semanas de asueto reparador. Doña Trinidad Valdés, esposa criolla de Sardá, trajinera y amable, atendía a los "señores" de la Habana"...

A pesar de estos visitantes, sin duda poco propicios a halagar al joven exilado, éste disfrutó días de enriquecedor reposo, de soledad aleccionadora, de iluminador silencio, en la casa, más que fraterna realmente paternal del español memorable. "Los meses de 1870 que Martí permaneció en el hogar acogedor de don José María Sardá —dice el Dr. Joaquín Martínez Sáenz— sirvieron para modelar, casi de modo definitivo, su carácter y sus proyecciones de libertador y de maestro. Octubre y noviembre, dos meses favorables para la meditación

y el estudio, dieron la obra más grande que un joven pueda escribir: "El Presidio Político en Cuba", que con sus escenas de la vida real de aquella época, asombró a los propios españoles y justificó la rebeldía de la juventud contemporánea. Pero no sólo fué la inspiración y el acopio de datos y de energías para escribir tan formidable obra lo que Martí recogió en la finca "El Abra". Fué algo más. Sus lecturas de aquellos días imprimieron un sello característico en sus manifestaciones posteriores, en sus conceptos fundamentales y hasta en su estilo de escribir y de decir"... Estos conceptos ratifican los del martiólatra Don M. Isidro Méndez, para quien "El Presidio Político" sustenta "todos los amarres de sus pensamientos", asegurando que "todo cuanto agrega en la continuación de los días, es lo consonante, lo que pueda agrandársele o matizársele". Y fué en la Isla de Pinos —como antes apuntamos— donde Martí comenzó a planear in mente formas y contenidos sustanciales, y a seleccionar datos decisivos para elaborar después y publicar en España la obra cimera de su adolescencia.

La maduración de esa obra de crítica rebelde, de acusación implacable, de desenmascaramiento a una tiranía, de clamor insuperable por la justicia, de admonición suprema a los ideales de la libertad: esa obra de llama, de grito, de pelea, de gemido y canto de batalla, le nace al espíritu en la quietud alumbrada de las noches pineras, bajo el brazo hipnótico del silencio cuajado de músicas sin formas, entre la calmada muchedumbre de recuerdos que nos da la soledad. Tuvo, sí, que nutrir con el silencio de algún plenilunio —como con un pezón de estrella— el acerado grito de rebeldía que habría de estallar en las páginas de su libro. Tuvo que acompañar con su soledad la masa creciente de sus anhelos de lucha y reivindicación; e inspirar atmósfera de quietud a su capacidad de acción, como el más enérgico de los estimulantes para romper la quietud esclava de su pueblo. De esa armonía de contrarios, le nace el pensamiento y posibilidad sustantiva de la obra.

Los rasgos difusos, exaltados al vacío, ilusorios y más o menos "yoístas" del adolescente, si antes habían empezado a sufrir lima y cincel precoces, en este involuntario exilio de dos meses y días reducen con célere eficacia sus atributos en beneficio de una mayor capacidad de reflexión, de emoción contenida, de palabra certeramente apuntada. Se le burila y aclara el espíritu en este silencio capitalizado, con rapidez mayor que durante todos los años de la ciudad bulliciosa de miserias. En esta soledad tersa y limpia, como una pista, parece que su espíritu puede ir mucho más de prisa en búsqueda de sus más altas integraciones posibles, y que sabe marchar más seguro hacia sí propio que en la ciudad, obstaculizada ésta donde quiera por las vallas de las voces, por el muro de las luces y colores, por la zanja innoble de tanta injusticia y clamor desesperado.

Así, empieza tal vez a calcular los astros que nacerán y morirán antes de que sus sueños de libertad se cumplan, mientras contempla cómo en torno al reloj de sol instalado por Sardá frente a su residencia, el sol describe vueltas trabajosas como en una noria cósmica. Y mientras observaba el laboreo melancólicamente bullicioso de los es-

clavos y trabajadores en las hortalizas, arrozales, cafetales, cañaverales y sembrados en general, así como en el buen tejar y horno de cal allegados por el catalán emprendedor, medita quizás sobre modos de vida más justos en que la esclavitud sea excluída, y excluída sobre todo "la miseria odiosa" de "los que hacen la labor". Los diálogos con el negro calesero de la familia, durante sus breves paseos al pueblo vecino, le afirman su simpatía por la raza irredenta. Y una vez que había terminado sus paseos meditativos, lentos, interpolados de pausas que empleaba en contemplar a un trabajador negro o blanco curvado sobre su faena, o sólo en perseguir sobre el adusto silencio del cenit una idea sin forma, un concepto evasivo, una imagen que rehusaba entregarse íntegra, mientras él acariciaba el pequeño eslabón del grillete que tuvo en presidio y que luego transformó en sortija, como si aquella frotación mágica pudiese conjurar y reducir imágenes e ideas a su servicio pleno; una vez que, limpio y pulcro en el vestir, había saludado a los dueños de la casa, o terminado sus largas lecturas de la tarde, se recluía en la habitación amorosa y modesta, colocaba su traje en el armario contiguo, apagaba la luz del quinqué de bronce, y permanecía luego largo rato en la cama insomne, dando vueltas todavía al anillo de hierro fabricado con el fragmento de grillete, como si éste fuese alhaja aladinesca de poder bastante para detener los sueños, corporizar ideas, materializar esperanzas, y dar voz y color y aroma a las palabras de justicia, de libertad y de decoro humano. Como si acudiese al llamado del anillo simbólico, era el sueño, el buen sueño reparador y amigo, el que poco a poco iba posando sus plantas de niebla y de mudez sobre los párpados del adolescente, mientras la media luna sonreía con su dentadura enormemente pulcra de esclavo alegre, y mientras en su torno tintineaban de claridad las campanitas festivas de las estrellas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El 15 de enero sale deportado a España en el vapor "Guipúzcoa". El dolor se queda en el hogar de donde parte. Doña Leonor llora tan amargamente el alejamiento forzoso del hijo, como ante los peligros que su vida corría en el hogar, en Cuba, en el ambiente insurreccional que supo crear entre sus amigos y admiradores, y en el ambiente hostil y rencoroso que, para honra suya, supo también crearse entre los enemigos de la cubanidad. De todos modos, consuela a la madre la idea de que el hijo habría de sentirse más seguro, feliz y saludable en la libertad del destierro. También lloran sus hermanitas queridas. El padre, buen español al cabo, trata de disimular bizarramente su dolor, y con palabras de exhorto reflexivo encubrir el sollozo reprimido apenas por el gesto hidalgo y la palabra tal vez severa. El adolescente, siente la secreta angustia del que a su edad por primera vez se aleja del hogar, del que por vez primera queda irremediablemente sujeto a las contingencias de la vida y las individuales capacidades de sí propio.

En la sombría cárcel, en las canteras, entre el horror del mundo físico y moral de tanta miseria y duelo, tenía, no sabía por qué, la íntima sensación de que no había roto con el hogar querido, que no

estaba completamente desvinculado de sus familiares. Sus padres podían ir a verle, y llorar con él sobre sus carnes torturadas. Parecía que el fétido Presidio mismo era algo así como una prolongación deforme y teratológica del ambiente humilde del hogar, tal vez porque tenía la secreta convicción de que la patria —con todos sus infortunios— era la dimensión suprema de su casa pobre y dolorida; o que ésta, con todas sus sombras y pesares, era la síntesis atenuada, en pequeña proporción moral y material, de las sombras y pesares de la nación cubana. Por ello, en cualquier parte de Cuba que permaneciera, en la prisión tenebrosa o en la Isla de Pinos alfombrada de árboles y techada de sol, se sentía más o menos como en casa, o al alcance fácil de la misma, que es como decir en el portal o dintel de ella. Quizás en los mismos países americanos, como hermanos que eran de Cuba, por ser de nuestra misma sangre y tradición casi familiar de amor a la libertad, y porque física y espiritualmente eran como grandes prolongaciones continentales de la tierra cubana, aún en cualquiera de sus ciudades distantes pudo sentirse como si estuviera respirando atmósfera y luz de Cuba, es decir, sombra y claridad de su propio hogar. Pero en cambio, Europa, el cruce simbólico del Atlántico —aquel enorme foso ahito de terror y agua que parecía circuir y aislar irremediablemente la fortaleza medieval de España—: todo aquello sí lo desvinculaba y alejaba radicalmente de sus padres, de sus hermanas, de su ambiente doméstico y nacional, unimismados cada vez más a medida que aumentaba la distancia. Al posar sus pies en tierra europea, sintió que de verdad había levantado irremediablemente sus pies del suelo patrio. Sintió sin duda la soledad angustiosa, la sensación de aislamiento total y gélido, la impresión de encontrarse trasplantado a un mundo muy lejano de la tierra. Se supo abandonado a sí y a sus individuales fuerzas y eficacia. Se sintió por primera vez, de un modo integral y absoluto, dependiente y responsable de sus actos morales y materiales, señor y fiscal y juez de sus destinos. Fué aquél un retoque de madurez para el carácter adolescente. Pero la situación inédita no le compelió, como suele en otros sujetos, a replegarse en sí y a buscar en la realidad introspectiva consuelo y sosiego para sus inquietudes; sino que se dió con energía a adecuarse al ambiente inestrenado, a domar la nueva circunstancia, a conquistar en fin la súbita y desconocida condición vital. Estimulado por la situación nueva, él, buen temperamento extravertido, cobra energías mayores de la novedad ambiental en que aparece su vivencia; y se lanza con denuedo al comercio y mutua posesión de su personalidad y su mundo circundante.

Sea cual sea su nuevo redor, lo sabe mundo humano. A este, pues, se enfrenta en sustancial fidelidad a la unanimidad del hombre. Recordemos que, para Spranger, "*fidelidad* es tanto como *voluntad de comunidad*... de una comunidad permanente y firme, asegurada por la constancia y la dirección del valor".

## Capítulo VIII

# ESPAÑA

A) La nostalgia: Ratificación de su fe patriótica.

B) Vida madrileña.

### *A) La nostalgia.— Ratificación de su fe patriótica.*

El ímpetu universalista de sus ideas tiene entonces en este viaje a otro continente, su primera realización. Atraviesa casi todo un hemisferio, gracias a la bota de las siete leguas del "Guipúzcoa", que pisa blandamente el mar con sus suelas de espuma y le desvela mundos nuevos —el Viejo Mundo— a los sentidos.

El viaje forzoso a España sitúa a Martí en una diferente perspectiva que, sin embargo, no le varía en sustancia las fundamentales directrices de su espíritu, sino que se las afirma y ratifica. Vive por primera vez esa emoción patriótica y nacionalista que es "la nostalgia". En tanto otros cubanos (inclusive los de cierta madurez de cuerpo y de alma) y sobre todo los jovenuelos que iban a un país extranjero cualquiera y a España en particular, sentían que con la distancia se les congelaba la fe patriótica, la conciencia de la nacionalidad y el amor por Cuba, de tal modo que muchos de esos viajeros (algunos ilustres) pronto se hacían más españoles que los españoles mismos en sus sentimientos antirrevolucionraios, antiliberadores y anticubanos; en cambio Martí, (bien lejos de estos "snobismos" propios de quienes por ser cubanos a medias son accesibles a perder su efímera mitad de cubanidad) con la distancia sintió vigorizarse la proximidad espiritual a las esencias de la cubanidad más viva, se sintió más amoroso que nunca de su patria lejana y, a la vez que se acercaba a España y la conocía mejor, por ello mismo se supo desvinculado irreconciliablemente de sus gobiernos inmorales y despóticos.

La lejanía de Cuba contribuyó a enraizarlo más en la cubanidad verdadera. El conocedor acercamiento físico a España, determinó su total separación política e ideológica de la misma. He ahí una bella lección para los que, apenas traspasadas nuestras aguas jurisdiccionales, adoptan espiritualmente la ciudadanía que les marca la etiqueta de sus baúles.

El conocimiento progresivo de España, le afianzó en la convicción de que nada era posible esperar de la Metrópoli.

La idiosincracia de muchos españoles, la terquedad obtusa de la generalidad de sus gobiernos, la suspicacia anti-americanista en general y anti-cubana en particular con que aún los gobiernos sedi-

centes liberales rehusaban toda idea, no ya de libertad absoluta, sino aún de autonomía o de gobierno a medias liberal para las colonias antillanas; este convincente acervo de evidencias relativas a que nuestro país sólo podía esperar de España más cadenas y a que una más larga permanencia de Cuba en la Colonia sólo significaba la progresiva e inevitable corrupción y desintegración económica, social, moral, política y biológica de nuestro pueblo; esta demostración de que en Cuba el problema no consistía en elegir entre el bien perfecto (la libertad) y el mal absoluto (el coloniaje) sino en decidirs entre una muerte segura (la colonia) y una vida dura y riesgosa (la libertad): es decir, entre dos males de los cuales el de la libertad era el menos mortal o virulento; toda esta estructura compleja de observaciones inmediatas y de constataciones directas, persuadieron a Martí de una vez por todas sobre la validez de sus ideas, ya concebidas y hasta maduradas al calor de la patria y del hogar lejano, y a la sombra esclarecedora del "Presidio Político".

*B) Vida Madrileña.*

En Madrid, confraterniza con varios exilados cubanos, en cuyos grupos prevé, discute y conspira. Da clases particulares para ganarse la subsistencia, y traduce al inglés. Trabaja con intensidad, pero la mayor parte de lo que gana la invierte, antes que en objetos de utilidad inmediata, en cuadros pictóricos. Visita bibliotecas y museos. Asimila a los clásicos. Contempla y observa.

Se le redondea el espíritu, suma las facetas de su alma, se le robustecen las aristas menos rotundas y va limando las excesivas.

Publica en 1871 su folleto "El Presidio Político". Colabora en diferentes diarios, como "La Soberanía Nacional", "La Discusión" y "El Jurado Federal". Es hostilizado por los reaccionarios y polemiza con algunos de los más acerbos, como Leopoldo de Alba Salcedo. La pugna intelectual le apuntala de aceros el carácter. Se matriculó en la Universidad Central por la Enseñanza Libre y se inscribió en El Ateneo, institución propicia a los estudiantes pobres. De las asignaturas de Derecho por él matriculadas, fué suspendido en Economía Política, "acaso la materia que más conocía (dice Don M. Isidro Méndez) aunque no de la ortodoxa que los exámenes exigían".

Vive con pobreza, rodeado de las mayores penurias y necesidades. Si fuésemos a dar crédito a la teoría de Adler, pensaríamos que las miserias morales y materiales sufridas por Martí en su niñez y en su adolescencia, pudieron crear en él un "complejo" típico, que más tarde habría de tomar la forma de un carácter eminentemente capacitado para el control y dominio espiritual de hombres y muchedumbres, y sobre todo las formas de una definida hostilidad contra un régimen injusto que en la colonia hizo posible, con sus humillaciones y despotismo, los "traumas" dolorosos de su psique.

Esta su condición impugnadora de la tiranía ibérica, tomó superior incremento con motivo de la noticia del fusilamiento, en la Ha-

bana, de ocho estudiantes de Medicina, a quienes Martí —agobiado y enardecido por el dolor— dedicó su célebre oda "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre".

Como una manifestación de lo inútil que era ya, entre tanto crimen y oprobio, esperar ninguna reivindicación cubana de parte del Gobierno peninsular, se instaló la República en España y ésta confrontó el dramático problema de las colonias de Ultramar con la misma indiferencia, contumacia y espíritu reaccionario que los gobiernos de la Monarquía.

Para hacer al mismo tiempo una impetración de justicia y libertad y una acusación enérgica contra la injusticia y el despotismo imperantes en la Antilla, aún bajo el pendón de la República, Martí publicó su magnífico folleto "La República Española ante la Revolución Cubana", fechado el 15 de febrero de 1873. Era la protesta adolescente—en cuyas aspiraciones y previsiones de libertad había mucho de "ensueño"— frente al estímulo acerbo de la Metrópoli inmodificable. El amor frustrado y la frustrada esperanza nacidos con la República española, dieron la energía suma a su "protesta" contra la invariable tiranía, y al vigilante sueño de una Cuba mejor.

## Capítulo IX

## VIDA EROTICA

A) Los amores de Aragón.

B) Dignificación martiana del amor.

C) Psicología de la vida amorosa martiana

D) La juventud martiana y América.

### *A) Los amores de Aragón.*

Martí y Valdés Domínguez —cuya amistad se acrece en España— decidieron trasladarse a Aragón, a fin de proseguir sus estudios; y allí, al mismo tiempo que la cultura y el conocimiento, naciéronles los primeros amores, atributos supremos de la adolescencia culminante y de la juventud. Obtiene el traslado de matrícula a la Universidad Literaria de Zaragoza, en cuya sala obtiene notorios éxitos.

Sobre todo, se relaciona y cordializa con el pintor Gonzalvo, con el poeta Marcos Zapata, con el notario López Bermúdez y con su patrón Félix Sanz. Hospedados en el hogar de éste, Martí conoce y aprende a amar a Zaragoza y a Aragón, con sus inmortales tesoros y monumentos artísticos, legendarios e históricos. Durante sus años en España, obtiene dos títulos universitarios y una vasta cultura literaria y estética. Antes que nada, Martí aprende en Zaragoza los goces espirituales del sentimiento amoroso, por él apenas experimentados. En casa de Don Félix conoce a las dos hijas de éste, encantadoras muchachas con las cuales al instante se vinculan con los más finos y deleitosos nexos, Valdés Domínguez y Martí.

Tal vez la hermosa y perdurable experiencia erótica vivida por Martí en España, influyó en su sensibilidad y en aquel alto y puro amor que sintió por Aragón y por España, aún en los momentos en que su lucha contra la Metrópoli se hacía más sañuda e implacable. Es posible que la felicidad y belleza de aquella primera experiencia amorosa determinara en parte siquiera la cortesía exquisita con que Martí siempre trató al bello sexo, así como la confianza y devoción que las mujeres profesaron al joven Maestro.

Aquellos amores felices le inspiraron una superior energía psíquica, evidenciada con los éxitos obtenidos en sus exámenes univer-

sitarios y en los medios intelectuales más connotados de España. La felicidad y normalidad de su primera experiencia erótica, determinaron en la fortaleza, salud y normalidad de su psiquismo y en la cabalidad de su conducta amorosa posterior.

Ama, estudia, escribe, concurre al teatro y a tertulias, admira las bellezas arquitectónicas y naturales del país, cordializa con sus más nobles espíritus: de esta manera, a través de tan magna perspectiva de fundamentos espirituales y de vivencias enaltecedoras, se depura el espíritu del adolescente, su psique se energiza con una intensidad estimulada por los motivos circundantes (entre ellos los eróticos) y en consecuencia la personalidad se le perfila de modo definitivo sobre un presagio de universalidad.

*B) Dignificación Martiana del amor.*

Poseyendo Martí un cabal temperamento artístico, es dable afirmar, desde puntos de vistas freudianos o de cualquier otro tipo, que su energía sexual incluyó caracteres superiores a los del común de los hombres, (1)

La mujer implicó siempre para él una importancia extrema, inspiradora y dinamizadora de ideales y triunfos en la actividad viril. Es así que no dudó en afirmar que "sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre".

Versos, páginas en prosa, cartas, alusiones diversas y esporádicas: momentos culminantes de su producción literaria, nos muestran siempre el mismo fervor a él inspirado por la feminidad; si bien podríamos suscribir una observación del Dr. Andrés de Piedra Bueno: "Amaba la mujer, cuando en realidad amaba el amor".

Su drama "Adúltera", propende a condenar el amor impuro, al mismo tiempo que a exaltar a los grandes espíritus capaces de sacrificio por un sentimiento noble y dignificador. Si nos atenemos a lo que el propio Martí dice de las experiencias personales que le motivaron esta obra dramática, es indudable que poseyó particularmente en sus años de adolescencia la más elevada interpretación de la conducta amorosa.

Otros sucesos de índole amatoría o sexual ocurrieron en la vida de Martí, al extremo de que llega a concebir una cierta vanidad masculina que le sugiere los un tanto ingenuo títulos de algunas obras irrealizadas: "Mis Mujeres", "Mis Conquistas", etc.

Permanece siempre en él un alto concepto del sexo femenino. Por ello aseveró: "A Dios gracias el cuerpo de las mujers se hizo para mí de piedra. Su alma es lo inmensamente grande y si la tienen fea bien pueden irse a otro lado a brindar su hermosura". Sensible, empero, a los encantos del cuerpo, dice: "El deseo me sube al cerebro como vino: Ciega y afiera". Pero él sabrá dominar en nombre del espíritu esos primeros impulsos del amor, generados casi siempre (aunque purificados muchas veces luego) por una impresión física.

De ahí que, no obstante su sensibilidad ante los atractivos corporales de la mujer, sepa reprimir sus impulsos primeros de conside-

(1) Según *Iwan Bloch*, "la mayoría de los artistas y poetas fueron de naturaleza eminentemente sensual".

rarla como presa posible, dado que sabe la culpabilidad en que incurre el hombre que, para satisfacer su vanidad erótica, sacrifica a ella sin amor ninguno los sentimientos de una mujer. Se sabe capaz de inspirar emoción cierta a las jóvenes a quienes se dirige. "Si yo quisiera —dice— yo troncharía esos lirios, pero luego de troncharlos dirían de mí lo que las flores dicen del huracán; y las gentes al ver el inútil estrago me maldecirían como el huracán es maldecido". Cree —sabe— que ningún hombre tiene derecho a lastimar, por el placer de un fugaz momento, los afectos femeninos, frustrándolos o engañándolos. "No se tiene derecho, so pretexto de ser galante, para ser vil", y juzga tan delincuente al engañador como al reo de un delito común." Hay tanto derecho para robar un alma como para robar un reloj".

Es de este modo que Martí, enaltecedor sumo del amor verdadero, condena el amor de índole material, al que llama repugnante; "casi siempre es frío, brutal y carnal".

Así se explica la conducta de Martí ante la mujer fascinadora que le inspiró su drama "ADULTERA". Él mismo nos lo dice en uno de sus papeles íntimos, publicado por el Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda. "A los diez y ocho años de mi vida estuve, por las vanidades de la edad, abocado de una grave culpa; lo rojo, brilla y reluce, y vi unos labios muy rojos en la sombra; pero interiormente iluminado por el misterioso concepto del deber, llevé la luz a las tinieblas y vi de cerca todos sus horrores. Entonces espantado pensé en todo lo que habría que sufrir un alto hombre si con él se intentara lo que con otro hombre había osado yo pensar..."

Tal nos denota, no sólo el levantado concepto que Martí poseía de la conducta amorosa, sino también el sentido moral y humanitario que le hacía proyectarse con simpatía en las demás criaturas, para sentirse en ellas y al mismo ritmo posible del corazón de ellas. Sentido espiritual del amor y noble interpretación de la conducta amorosa, en relación con la más cabal práctica de la moral y del altruísmo humanitario: he ahí típicos rasgos de la psicología de la adolescencia.

El drama "ADULTERA", fué comenzado en 1872, en Madrid, terminándolo en 1874.

La experiencia amorosa que, según parece, lo inspiró, dejó sin dudas perdurable rúbrica en su alma. Si quisiéramos tener breve noción de cómo influyó aquel pasaje de su vida en la estructuración moral e intelectual de ésta, no más tenemos que escuchar al personaje del drama, Gressermann, quien con la voz de Martí explica:

"Es el hombre en la tierra dueño de sí mismo, y es —sin embargo— su mayor trabajo serlo, que el hombre es el mayor obstáculo del hombre. Y desde que lo fuí, desde que empeñé esta lucha que dura en esta tierra toda la vida y ¡quién sabe cuántas vidas en otras!— nunca creí en la paz, ni en el contento, ni en más felicidad que ESTE INTIMO REGOCIJO QUE PRODUCE VER FELICES A OTROS.

"Ponen las almas fuertes a los humanos pies calzado de espinas; púsemelo yo, y anduve sin errores por la tinieblas de la vida. —Luz se llama el extremo del camino,— dolor la senda que a él conduce,—

amigo del dolor, que es fiel amigo, miré al Sol, sentíme fuerte, anduve, y la luz fué mi compañera y el Sol altivo brilló en mí.

"Engendro raquítico es en lo común el hombre. Yo me alcé de mí por encima de mi propio poder. Ni ambición —que es miseria:— ni soberbia —que es pequeñez— ni gloria — que es mentira, — tuve yo. Tuve que al abrir los ojos, vi error; — tuve escasez, ruda y amorosísima maestra — tuve que me oprimían, y como el fuego comprimido estalla más violento, creció el fuego — abrasó mi corazón — encendió mis ojos — vi!".

Es así cómo el amor reprimido le dió origen a meditaciones altas y generosas. Tal vez ése sea un nobilísimo atributo de la adolescencia: la de que el amor frenado por la razón se canalice, no en neurosis ni histerias, en despechos ni actitudes amargadas u hostiles ante la humanidad; sino en una altruísta preocupación humana y humanitaria. Es posible que sea la adolescencia —por lo menos, en el caso martiano, y en tantos otros casos "martianos" como él excepcionales— la edad más propicia para esta suerte de sublimaciones más o menos freudianas de la libido conscientemente reprimida. En esa alquitaración espiritualísima de su ímpetu sexual domado, quizás se dibujen muchas de sus más puras ideas estéticas, algunas de sus cimeras concepciones morales, más de uno de sus quintaesenciados pensamientos políticos y sociológicos. La libido reprimida por la consciencia ética y reflexiva: podríamos tal vez indagar en ella una por lo menos de las más enérgicas fuentes de su generosa espiritualidad y límpida preocupación humana

El amor sexual reprimido por la conciencia moral y reflexiva, le genera por sublimación un nuevo ensueño estético: el drama "Adúltera", en el cual de nuevo —como en la generalidad de los ensueños— torna él a reencarnar, siquiera sea en algún sentido, al héroe de la obra, Grossermann: el Alto Hombre. En boca de éste vibran por lo demás alquitaradas expresiones martienses de moralidad, de amor humanitario, de justa y reflexiva calibración de los destinos humanos.

¿Podríamos entonces considerar que hay en Martí una especie de narcisismo literario que le orienta al espejo biográfico de sus propias páginas? No lo creemos. Martí adolescente no se propone ni con mucho hacer autobiografía en sus producciones. Sucede, a lo sumo, que en algunas expresa sus ensueños, en la generalidad de los cuales —como antes se elucidó— el soñador revitaliza al héroe. Por soñador, y no por narcisista, hace Martí la historia de su alma y de su sangre en obra artística. Por ello, afirma que "el único drama que sobrevive es el que está inspirado directamente en la vida".

Antes reiteramos que el ensueño es una reacción-protesta frente a un amor frustrado o reprimido. El amor amistoso doliente, le provoca tal vez en parte su novela "Amistad Funesta", donde él parece reeditar al místico y generoso Juan Jerez que "sacaba de los espectáculos que veía en sí mismo, y de los dolores y sorpresas de su espíritu", sus mejores cristalizaciones estéticas. Más claramente se denuncia a sí propio en un protagonista de la novela, cuando sorprende en su "carácter una extraña y violenta necesidad del martirio", porque "él necesitado de darse, que en su bien propio para nada se que-

ría, y se veía a sí mismo como una propiedad de los demás que guardaba en depósito, se daba como un esclavo a cuantos parecían amarle y entender su delicadeza o desear un bien''. En viva ''proyección sentimental'' (con permiso de Lipps), desvela en el héroe de la narración cualidades y aún hechos anecdóticos bien conocidos en el narrador:

''Desde niño empezó a dar señales de ser alma de pro. Tenía gustos raros y bravura desmedida... Una vez, con unos cuantos compañeros suyos, publicó en el colegio un periodiquín'', etc.

Más representativo que las demás producciones literarias de su adolescencia, es sin duda su poema ''Abdala'', en parte compensación soñadora —por así decirlo— de su amor insatisfecho a la patria y al hogar, según expusimos en capítulo precedente, y en cuyo héroe también vive el aliento de su autor.

El amor, cualquier forma de amor, el Amor mismo, con mayúscula —síntesis y abstracción universalizadora de todas las demás formas de él: del amor sexual o amistoso, humanitario, o filial, fraterno o gregario,— cuando adviene ante su espíritu en condición frustrada o limitada, se le sublima a formas de belleza perdurable, a realizaciones concretas de valor.

Tal vez otros artistas hayan derivado sus creaciones sumas, no del amor reprimido, sino del amor satisfecho y venturoso, como hemos reiterado en nuestro libro ''Notas para un Sistema de Estética''. Pero tal no es el caso de Martí. Su figura luce con dramatismo intenso, con un profundo patetismo que a veces linda con el desesperado gesto romántico, precisamente porque toda su conducta transcendente —como revolucionario, como líder continental, como literato— parece haber su manantial hirviente en un gran amor doloroso y hacia cuya satisfacción plena se dirige con ímpetu avasallador su obra de pensamiento, emoción y militancia.

¿Qué es toda su labor vigilante y creadora sino el producto directo o indirecto de un gran amor universal al bien, a la libertad, a la justicia, a la verdad, a la belleza; Amor de amores y hecho suma de amores, que, siempre limitado por la realidad, siempre frustrado por la vida cotidiana, siempre insaciado o inconcluso, da origen al ensueño de un poema, de un ensayo, de una obra de bien? Muchas veces ese amor frustrado se compensa en obras que ninguna apariencia guardan con el amor ni con la frustración del mismo. Muchas veces se trata de un artículo de crítica o de exaltación, de un poema introspectivo o de un estudio económico y social, que en su aspecto y contenido poco dicen de su secreta fuente pasional y dolorosa. Sin embargo, debajo de toda la reflexión materialista o filosófica, crítica o poética, literaria o economística, se puede presentir la directa o indirecta, mediata o inmediata presencia de la fuente capital de sus sueños: el amor, el gran amor que en el hogar ingente de la patria, de la humanidad y del universo, permanece en él siempre tan insa-

tisfecho, frenado o reprimido como aquél que casi en su niñez le hizo una vez decir:

*"Cuán pobre a mi avaricia parecía*
*el amor de mi hogar"...*
*"sin que jamás los labios ardorosos*
*...su sed fatal de amor apacentasen".*

Y hacia la satisfacción de una infinita sed de amor, se dirigió la plenitud de su vida y de su obra, tanto en la madurez como en la adolescencia. Hacia la satisfacción de su amor al hogar, a la mujer, a la patria, a la humanidad, a Dios.

Ese ensueño enorme que es la obra de su juventud y de su virilidad, tiene en realidad sus raíces en la adolescencia, y en el amor reprimido a su hogar y a su patria sobre todo. Pudo la edad adulta complementar esos sueños de vigilia con facetas apuntaladoras y objetivas, realistas y materialistas en más de un caso; o alumbrarlos con reflexión y prueba experimental; o recortarles los bordes difusos o frondosos en demasía; o añadirles facciones y suturas redondeadoras y perfeccionadoras del conjunto: pero siempre la capacidad de ensueño subsiste muchas veces como fondo tenaz e indubitado de algún proceso intelectivo, emocional o práctico, y sobre todo como prolongación secreta e imperceptible —como una raíz profunda— del ensueño de su adolescencia.

Su vida es, por ello, un angustioso trajín por realizar sus sueños, es decir, por satisfacer el insatisfecho amor. No pudo jamás, como hizo Fausto, detener el tiempo ante la obra acabada para exclamar su satisfacción total de sí; sino que vivió y murió persiguiendo inútilmente el "minuto hermoso" en que pudiera ver completa su obra entre los hombres, en que pudiera saberse satisfecho de sí, y su amor satisfecho.

No se estime, empero, que al cabo hayamos venido nosotros a dar razón alguna a quienes enjuician a Martí como a soñador iluso o fantaseador desvinculado de la exigencia factual. El más materialista y calculador de los hombres puede, y aún debe, soñar, si bien con un sueño estimulador para la misma gestión realista y útil a su dinamismo. Citemos, en tal respecto, las palabras de un pensador marxista nada menos, Aníbal Ponce ("Humanismo Burgués y Humanismo Proletario"): "Ningún marxista es completo —ha dicho Lenin— si no sabe soñar". Contra los que alardeaban de su parsimonia y de su sentido de lo concreto, Lenin recordaba lo que había escrito Pisaref a propósito del desacuerdo entre sueño y realidad. "Hay desacuerdo y desacuerdo —aseguraba—. Mis sueños pueden aventajarse al curso natural de los acontecimientos o bien pueden ir por caminos que el curso natural de los acontecimientos no podría andar jamás. En el primer caso, el sueño no es nocivo; puede inclusive fomentar y fortalecer la energía del hombre que trabaja... El desacuerdo entre sueño y realidad no es perjudicial siempre y cuando la persona que sueña crea seriamente en su sueño, considere atentamente su vida, compare sus observaciones y sus castillos en el aire, y trabaje concienzudamente en la realización de su fantasía". Por ello, "en el realismo so-

cialista, el sueño no es una fuga de la vida; es una manera de prolongarla bajo otros aspectos, de amarla también bajo nombres distintos''.

Y si el sueño es útil y aún exigible a un materialista consumado, con mayor razón es explicable en el fondo de la obra espiritual y militante de Martí, que no fué ni con mucho un adepto de la escuela marxista ni un materialista filosófico.

Martí fué un soñador: pero no un soñador místico y romántico, como pretenden algunos exégetas, sino un soñador que, en vez de huir de la realidad en búsqueda de gratas fantasías, trató esforzadamente de acercar los sueños a la tierra, atarlos a las raíces de la vida, y hacerlos vida misma con sangre y carne de realidad.

### C) *Psicología de la vida amorosa martiana.*

Sin pretender para nuestra hipótesis validez alguna, sólo a modo de curiosidad teorizante sugeriríamos que la vida amorosa martiense podría ser ponderada desde algunos puntos de vista freudianos (por lo demás, harto discutidos y discutibles); ya que, como expuso en su libro ''Mujeres de Martí'' el Dr. Gonzalo de Quesada y Miranda, es viable suponer que quien admiró en la madre altas cualidades de carácter y espíritu, llegó inconscientemente, desde la infancia y a través de la adolescencia, a hacer de la imagen materna un arquetipo sumo de mujer al cual habrían de sentirse aproximados los tipos femeninos que después él amó con preferencia. La mayor parte de las mujeres amadas por Martí (como Carmen Zayas Bazán, Carmen Mantilla o Rosario de la Peña) poseyeron carácter íntegro, valeroso, enérgico y hasta heroico. Tal vez la búsqueda constante de una mujer capaz de adaptarse al paradigma de la madre, contribuyó a la aparente inestabilidad y aún volubilidad de esa fiel búsqueda angustiosa, muchas veces frustrada por la realidad.

Harta vez, tras conocer a una mujer que en apariencias reunía las cualidades fundamentales exigidas por aquel ideal erótico inconsciente, y al ser más tarde frustradas con dolor tales esperanzas, reemprendió nuevas interrogaciones amatorias, por lo que éstas a la primera mirada ofreçen un aspecto de donjuanismo. Empero, como en el caso de Amiel descrito por Marañón, eran esas nuevas conquistas una expresión de ''supervaronil'' fidelidad a un solo y exclusivo tipo de mujer ideal, con angustia buscado y en general ausente de la realidad cotidiana. En ese paradigma de mujer ideada o presentida, mucho había también de ensueño. Tal vez en ella trataría de encontrar la compensación o equivalencia del amor feliz o felicidad amorosa que el hogar de la niñez no pudo depararle. Tal vez la búsqueda subconsciente de esa equivalencia al hogar de los primeros años, influyó en que indagase involuntariamente en la mujer deseada algunos rasgos maternos típicos.

Así se integra su ensueño de amor erótico, con vagas raíces de lágrima y niebla en el hogar. Pero en ese ensueño ya él no es el héroe: su centro focal es la Mujer.

## LA JUVENTUD MARTIANA Y AMERICA

A fines de diciembre de 1873, sobrevinieron hechos que culminaron en la agonía de la efímera República Española. Son disueltas las Cortes. Una feble esperanza—sueño de libertad— se frustra por completo. El General Pavía preside lúgubremente el desmoronamiento de las libertades ibéricas. Pelean por ellas con fiereza los aragoneses y muchos mueren en las barricadas heroicas.

Cuando se verifica una velada destinada a allegar fondos para las familias de los inmolados, la fina silueta de Martí se levanta para exaltar sus memorias y para realizar un épico himno a la libertad y al decoro humano. Fué aquél su responso a una esperanza fallida.

Parte Martí desde Zaragoza hacia la capital hispana. De vuelta, realiza brillantísimos exámenes.

Se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras. Estudia a los grandes filósofos antiguos y modernos. El pensamiento se le prestigia e ilumina, a la vez que cobran ser intelectivo sus creencias en Dios y en el más allá, a menudo interpoladas de indudables reminiscencias de filosofía oriental.

El 24 de octubre de 1874 se graduó de Licenciado en Filosofía y Letras, con superiores notas y felicitaciones de los miembros del Tribunal y de sus compañeros.

Tiene ya conciencia de que posee las armas necesarias para la gran pelea por la libertad, a que está predestinado. Pero saberse apto para la lucha definitiva, le implica el deber ineludible de partir hacia ella. El adolescente ha evolucionado hacia la juventud y recibe el llamado indeclinable. Obedece su orden imperativa. Sabe que ahora, propietario de juveniles medios de acción práctica, su destino está en la lejana América: en la patria lejana. Del ensueño de la adoslecencia ha pasado a la etapa ejecutiva, actuante, de la juventud.

De nada vale que traten de retenerle en España los encantos plásticos de la ciudad: la hospitalidad cordial de sus moradores, la belleza recordadora de sus campos, el hechizo cuajado de músicas e historia de sus calles y palacios, la magia de luces y rumores de sus iglesias y catedrales, las horas de bullicio y placer en teatros y tertulias, o la súplica lánguida de Blanca de Montalvo, su dulce y postrer amor en la siempre bien querida Zaragoza. (1). El hogar pobre y necesi-

(1) Porque "los hombres capaces de hacer cosas universales, no deben consagrar su tiempo a, ni perder fuerzas en pasiones personales y pequeñas".

tado, urge su presencia. También le necesitan la patria sojuzgada, la América irredenta: su hogar unánime. Él, simple y naturalmente, *cumplió con su deber y obedeció a su sino.*

Valdés Domínguez y Martí marchan a Francia, admirada desde antes por Martí a través de las enseñanzas liberales de Mendive.

Ama a Francia en todo lo que posee de grande, de glorioso, de libre, de bueno y de bello: a sus filósofos y artistas, a sus poetas y a sus novelistas, a sus grandes amantes...

Desde el Havre, cerca del viejo mar lleno de arrugas y rezongos, Martí se despide de Valdés Domínguez y de la Europa Continental; y el buque inicia la laboriosa marcha, con su delantal de espumas.

Al pasar por Southampton, en adiós definitivo a la añeja Europa, dice el Apóstol:

"Vi una dulce muchacha, nos quisimos, nos dijimos adiós para siempre".

Con esa joven de la "luminosa media hora", Martí se despide de cuanto ama bajo el cielo europeo: *ella* representa, en las neblinas perennes de Southampton, todo lo que hay de bello, de amable, de luminoso en el consternado suelo europeo. El barco se balancea y rumiando espuma y sal se aleja, y Élla —sobre los grises muelles de Southampton, de la Europa cada vez más lejana y pequeña— se afina y se borra en la niebla y en el espíritu, mientras a la par aumentan en color, línea y volumen las perspectivas de la América hacia cuyas costas musicales marcha. Del buque, a lo lejos, se ve sólo el humo, como si se quemara el mar. Es la llama del amor y de la guerra que se va al Nuevo Mundo.

Va Martí en búsqueda de nuevos amores: sobre todo, del gran amor lejano y eterno de Madre América. Ella será el amor definitivo de su vida. Los amores de su adolescencia: de España, de Europa, de todas las mujeres de aquella feliz edad, permanecerán siempre en su recuerdo como una gran niebla cruzada de luces: como un gran sueño híbrido de penumbras y de soles puros. Todo, en realidad, un sueño ideal de adolescente poeta —con perdón de la posible redundancia—.

El gran amor de América le llama con voz cálida e imperativa de amante celosa. América es entonces el amor pleno y radiante de la juventud, toda llama y vibración de vida, sin nieblas ni penumbras de quimera. Es amor a la madre y amor a la esposa...

Ama entonces —amará siempre— a América con un gran amor de la razón y de la sensibilidad, con transportes de pasión y lucidez de intelecto, con inquietud de flama y estabilidad de astro diurno.

El viaje hacia América en 1874-75, se realiza en su iniciada juventud. (1) La juventud que ama para fecundar, que sueña para hacer obra de objetividad sanguínea.

---

(1) En este caso, nos permitimos atenernos fundamentalmente, no a la juventud biológica (en la cual vivía tiempo hacía ya, gracias a su precocidad, Martí) sino a la juventud cronológica, la generalizada por la escala de las edades.

Un férvido impulso de joven le impele, no sólo a amar los valores insaciablemente, sino también a realizarlos. Si antes sus afirmaciones se realizaban en "la forma del *no* que rechaza", ahora, ya en la iniciada juventud, "el *no* de la emancipación se convierte en el *sí* de la seria información vital".

Lleva en sí su sino, y bajo el índice ineluctable de éste vislumbra la imagen del futuro, "visión fantástica y embriagadora" cuyas facciones capitales son las de América.

En y con América, ama juvenilmente, esclarecida e impetuosamente, a la mujer, la belleza, la justicia, la libertad. Con América —con la edad juvenil, grávida de futuros—, ama para crear, piensa para acometer empresas, sueña para acortar las distancias entre lo ideal y la verificación tangible. Sobre América, en definitiva, su vida inicia la plenitud.

"América es el Continente del porvenir", auguró Hegel.

Porque, en realidad de verdad, y al igual que entonces, América simboliza la juventud del Mundo.

# INDICE DE MATERIAS

Contenido | PÁGINA